

El hijo zurdo

ROSARIO IZQUIERDO



℄

Editorial Comba

EL HIJO ZURDO

ROSARIO IZQUIERDO


Editorial Comba

Cinco años saltando a las letras hispánicas
2014 – 2019



Colección Narrativa

Imagen de la portada:
Grabado de Rafa Forteza

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Rosario Izquierdo, 2019
© Editorial Comba, 2019
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria

ISBN: 978-84-949623-7-0

Para Sole y Susana.

Para las mujeres que fueron niñas en las escuelas franquistas

1

Mi hijo pequeño es zurdo, como yo. Cuando lo descubrí, esa coincidencia me pareció un motivo de celebración. Algo singular nos unía, veíamos la realidad desde ese lado oscuro. Fue oscuro para mí porque así me lo enseñaron, pero no iba a ser oscuro para él. Yo haría de su siniestra perspectiva un lugar luminoso desde el que participar en el mundo. La idea de tener algo que construir a partir de su zurdera me hizo disfrutar más que el simple descubrimiento. Esa idea me fortaleció. Durante días estuve diciéndome que tenía un hijo zurdo. No se lo conté a nadie, tampoco a su padre. Podría decir ahora que lo hice por no señalar al niño, pero no hubo estrategias pedagógicas ni nada parecido detrás de esa decisión. Su hermana Inés lo descubriría pronto, el padre seguramente tardaría y era casi seguro que no le iba a importar, vería en ello otra molesta similitud entre el niño y la madre. Era capaz de interpretar mi irracional pero sincera emoción como una tontería. Y yo no quería que nada parecido nublase la alegría de mi descubrimiento.

Había pasado el tiempo de querer saber y contar todo. Ya no era casi una niña, como cuando nació Inés, y comprendía que no hay necesidad de compartirlo todo con un marido. Guardo como un secreto precioso aquellos ratos a solas con mi hijo, cuando la niña estaba jugando en la calle o en casa de alguna amiga. Me es fácil volver a verlo, delgado, ágil, los ojos como piscinas oscuras y relucientes, el cabello alborotado como los rotuladores y los lápices de cera que se desperdigaban encima de la mesa, de fondo el sonido de los dibujos animados japoneses en la tele, que él miraba a ratos, cuando no se concentraba en las figuras de sus álbumes para colorear. Algunos contenían los mismos personajes que esos dibujos animados —*Goku, Oliver y Benji, Sakura*—, cuyos ojos eran también como piscinas nocturnas, iluminadas por ráfagas de luz.

Me he ejercitado en recuperar aquellas tardes, a las que nunca vuelvo con tristeza ni con nostalgia sino con un instinto de animal que busca cobijarse del frío y cuando encuentra un foco de calor ahí se queda, reconfortada por haber hallado un punto al que poder regresar una y otra vez. No encuentro ni busco en ello felicidad o consuelo, tan sólo calor primario. La *Bola de Dragón Zeta*, mi hijo Lorenzo y su hermosa concentración en manejar la mano izquierda sin salirse de los bordes ni emborronar demasiado el papel. Yo enfrente de él y en la misma postura, de rodillas en la silla, los codos sobre la mesa, en un álbum ya usado que acaba de prestarme, coloreo otra figura y hago esfuerzos por no mirar cómo se mueve su mano sobre el papel. Porque, cuando la miro, veo en la mano de Lorenzo mi propia mano de niña.

No recuerdo exactamente qué dibujos coloreaba yo cuando tenía su edad, pero sigo escuchando las palabras que pronunciaban otras cuando mi mano se activaba. Así no, miradla, es zurda —*zurdita*, decía mi hermana—, ¡eso no se hace! Rara, torpona, zocata, siniestra, chota...

Chota, esta última palabra sonaba a algo maloliente y sucio, parecía que la pronunciaran con más saña que las demás.

Lo hacían las profesoras de la escuela de niñas, y antes lo había hecho mi madre. A mi madre no le gustaba que yo fuera zurda, lo consideraba una especie de castigo de dios. Una parte del doble castigo que, sin merecerse, dios le había enviado. Su cruz, como decía. Ella había esperado con fervor, cuando estaba embarazada de mí, un hijo. Conforme ya con que la primogénita fuera María del Pilar, dócil y rubicunda, hecha a su medida, consideraba que en su tercer embarazo — pues el segundo se malogró, y era de un niño— le correspondía un varón. Había redoblado sus visitas a la iglesia, convencida de que sus rezos serían atendidos. Me imagino sus torpes negociaciones con las imágenes de esos santos y vírgenes cuyas estampas llevaba en el bolso. Arrodillada murmuraría: Ya me has hecho pasar el martirio de perder un varón, y puede que éste sea mi último embarazo, virgencita concédeme...

Diría palabras así cuando acudía al templo en días laborables, fuera de la vista de sus amistades católicas, rompiendo la costumbre de ir solamente los domingos, creyendo por eso más pura su fe. Me has dado mucho, Señor, Virgen del Carmen, del Rosario, de las Angustias o los Dolores —cualquiera de esas vírgenes a las que veneraba—, sólo te pido una cosa más... Un hijo varón. Como sus amigas, como su cuñada. Centraría sus oraciones únicamente en el sexo. Me esperaba varón y lo de la zurdera ni lo consideraba, era una posibilidad remota, pues no había antecedentes en la familia, como luego tantas veces ha repetido. Yo iba a ser el hijo diestro que de tantos malos ratos vendría a compensarla. Cuando le daba uno de sus ataques de nervios por cualquier otro motivo y al pasar casualmente a mi lado me veía usar la mano izquierda, solía atizarme un cate espontáneo, haciendo que cayera lo que yo estuviera usando en aquel momento, un lápiz, una tijera o esos cromos de colores con los que jugaba. Era cuando le gritaba a mi padre: ¡Mira tu hija! ¡Es chota, es chota! ¡Eduardo, por Dios, prohíbele de una vez que escriba con la mano izquierda!

En vez de calmarla a ella mi padre venía a calmarme a mí, que lloraba escandalosamente ante esos ataques incontrolados de mamá, pues tendría menos de cuatro años. Tranquila, tranquila, decía él acariciándome la cabeza. Eso no es malo, no tiene ninguna importancia. Y a ella le decía: Cálmate, Celia, me llevo a la niña un rato, luego hablaremos tú y yo.

Vivíamos en las afueras. Mi padre me cogía de la mano y me llevaba al campo. Si hacía buen tiempo nos íbamos caminando hacia el río, donde él dejaba que me quitara los zapatos y metiera los pies en el agua. Él mismo me había enseñado a leer y a escribir a la edad de cuatro años, y no había ido dando a nadie la noticia de que yo escribiera con la mano izquierda. Cuánto he agradecido esa prudencia suya. En el río, aquellas tardes cálidas de primavera o de otoño, con las plantas de mis pies rozando la suavidad de las piedras y el limo resbaladizo deslizándose entre los dedos, se me olvidaba que yo era zurda, chota, desviada, y que eso parecía doler a mi madre. Era posible que al volver a casa ella me sonriera o incluso me diera un beso, y luego, con cara de estar pidiendo perdón pero a la vez con firmeza, pusiera un lápiz en mi mano derecha y me dijera al oído, para que no la oyera él: Inténtalo. No te será difícil. Tú eres lista.

Todo esto empezó a suceder con más frecuencia cuando por fin me mandaron a la escuela de niñas y allí inmediatamente dieron quejas de mí. Ser zurda no es algo que puedas disimular en una escuela, y parecía cobrar mayor gravedad ante el gran crucifijo que dominaba el aula y la fotografía del hombre al que las maestras y mi madre llamaban *caudillo*, vigilando a las chotas del mundo.

No había otra más que yo en aquella clase, aunque sí en otros cursos. Éramos cuatro o cinco en total, las zurdas de la escuela de niñas. La educación obligatoria empezaba a los seis años pero en esa escuela se podía ingresar antes, si la familia lo solicitaba. Mi hermana ya había cumplido nueve años y mi madre pretendía que yo entrara como ella, con cuatro años. Había sido un disgusto para mi madre el no poder llevarnos a una escuela de monjas, debido a la oposición de mi padre, quien se mantuvo firme en eso como no lo hizo en otros asuntos.

Era la mía una madre sin ocupación alguna y sin vocación de madre —si es que existía algo parecido a esa vocación que yo creía ver en otras madres—, con una mujer que trabajaba interna en casa para que ella pudiera estar volcada en cuidarse el cabello y la piel, ir de compras y hacer vida social con las esposas de otros médicos.

Pero mi padre quería retrasar ese momento todo lo posible.

¡No entrará con cuatro, entrará con seis! O en todo caso con cinco. Ya veremos.

Se escuchaban sus discusiones a través de las puertas. Me hacían asimilar la natural división que había en la familia: de un lado estaban mi madre y mi hermana, y del otro mi padre y yo, separados por puertas invisibles pero recias. Simple cuestión de afinidades. Ellas iban juntas a misa, se atusaban, disfrutaban con las compras, salían a merendar a casas de otros médicos. Creo que desde los cinco años empecé a negarme a acompañarlas, pero todavía tuve que hacerlo un tiempo hasta que me dejaron por imposible, como decía mi madre. Me gustaban las tardes sin ellas, con la tata Adela o con mi padre cuando no estaba de guardia, él y yo en su despacho lleno de libros, la luz repartiéndose entre la actividad de mi mano izquierda y el silencio de su lectura o el martilleo hipnotizador de la máquina de escribir. Ése es otro de los focos de calor a los que regreso periódicamente.

Las maestras de la escuela de niñas daban hostias conscientes, premeditadas, que se veían venir. Mi madre solamente gritaba y tiraba de un cate el lápiz que yo sostenía, sin hacerme mucho daño. *Cate* era una palabra que ella usaba mucho. Lo presentaba siempre como una bofetada leve, una hostia suave, blanda, que se daba sin querer y que no debía hacer daño, no debía tenerse en cuenta, no merecía la pena siquiera hablar de ello. Yo me llevaba más cates que María del Pilar. Los temía no por el dolor, que en verdad era leve, sino por la sorpresa que suponían: al ser tan espontáneos llegaban sin previo aviso y me asustaban, sacándome repentinamente de mis estados de concentración.

Más de veinte años después, cuando observaba a Lorenzo usar con libertad la cera y los *rotus* de colores con la mano izquierda, algo se activaba dentro que me procuraba un alivio inexplicable, como si el gesto natural del niño estuviera recomponiendo fracturas interiores que me habían dividido tiempo atrás. Esos momentos, en apariencia intrascendentes entre una madre y un hijo, eran solemnes para mí. Como una niña me dejaba contagiar por la seriedad de Lorenzo cuando hacía esfuerzos por no salirse del contorno del muñeco, y mantenía yo un gesto igualmente reconcentrado y serio, coloreando a mi vez. Por mi cuerpo ascendía una ola de calor que me reconfortaba. La diferencia era que yo lo hacía con la mano derecha, a pesar de ser tan zurda como él.

No podía él tener conocimiento de cuánto me aliviaba su zurdera, escozores, grietas que nunca parecían cerrarse. Aunque intentaba vivir atenta a lo presente, centrada en la familia y cursando una carrera universitaria, a veces acudían de golpe la escuela oscura y húmeda, la muerte de mi padre, el embarazo prematuro y la boda casi obligada, la falta de entendimiento con mi madre.

Mamá, venga, tranquilita, ya *pazó*, decía el niño con su ligero ceceo, tirándose a mi cuello para abrazarme, las veces que me sorprendía en la cocina o en mi habitación, cuando me sobrevenían los llantos. Eran las mismas palabras, dichas en el mismo tono, que él oía de mí siempre que se caía o se daba algún golpe y yo inmediatamente lo calmaba, acogiéndolo en mis brazos. Las decía como si él tuviera mi edad y yo tuviera la suya, y así me hacía sentir también.

Su hermana Inés ofrecía mientras tanto un cariño sosegado. El padre, absorbido por trabajos interminables, cada vez más complicados y misteriosos para mí, oscilaba entre apenas dejarse ver por casa y acaparar a Inés con un afecto que parecía mayor que el demostrado por el niño. Puede que yo calculase mal los grados de cariño y de tiempo empleado con el hijo y la hija. Pero creo que no. Sé que viví aquel desapego, y que dolía. Son cosas que suceden, no tienen un porqué, por más que una procure buscarlo. Después ella volvía a mí, cuidaba de su hermano, lo distraía de nosotros cuando era preciso, intuía como nadie las distancias, los fuertes vaivenes.

Yo intentaba a duras penas conseguir equilibrios, a base de resistir. Recordaba aquello de que el matrimonio es una carrera de fondo, todas esas frases hechas. Nunca pretendí que hubieran nacido para salvarme a mí de cualquier miedo. Procuré no agarrarme primero a ella ni después a él como si fueran botes salvavidas.

Inés había nacido a mis diecinueve años, traída por una corriente mutua de pasión y simpatía, por fuertes deseos sexuales. Lorenzo nació cuando yo tenía veintidós. Lo trajo la rutina a una familia en funcionamiento, una familia amable, que parecía no haberse desgajado todavía.

Intenté ser una madre diferente a mi madre.

Mi padre hacía ya tiempo que no estaba, lo perdí antes del embarazo de Inés.

Él era la única persona que podría haber comprendido mi emoción al ver dibujar al niño con la mano izquierda, el único a quien de verdad hubiera merecido la pena contárselo.

Yo era todavía, a pesar de todo, una madre llena de ilusiones sobre el futuro.

2

Los chicos están sentados juntos en la comisaría de la Policía Nacional. Esta vez sólo son dos, aturdidos bajo la luz cenital y helada. No hablan entre sí.

En la esquina más alejada de la dependencia se ve llorar a una mujer con signos de haber sido agredida en el rostro, que a duras penas intenta ocultar. Una agente va metiendo datos en el ordenador conforme la primera responde a sus preguntas.

Hay dos policías más, trabajando en sus mesas.

La otra madre está sentada. Yo permanezco de pie. No hablamos entre nosotras, pero nos hemos mirado en más de una ocasión. Las dos parecemos un poco resacasas y llevamos ropas que están fuera de lugar, o tal vez no lo estén en una comisaría a las siete y media de la mañana. Cada una de nosotras habrá salido de la cama tras haber dormido poco y se habrá vestido de prisa, sobresaltada por los teléfonos de antes del amanecer. Yo llevo los pantalones ajustados que me puse anoche para salir con Gloria, lo que tenía más a mano, para una noche que salgo y me arreglo un poco. Por arriba, un jersey muy usado y el abrigo negro de paño, que mantengo abrochado a pesar del calor que hace en la comisaría. Ella viste un chándal gris y calza zapatillas cerradas de andar por casa. Me llaman la atención sus grandes pendientes de argollas, demasiado aparatosos para dormir con ellos, y me sorprende que se haya detenido, antes de salir, en ponerse pendientes en lugar de zapatos. Está lloriqueando y murmura algo sobre un trabajo al que tiene que marcharse ya, como si pretendiera influir con sus ojos algo hinchados sobre la decisión del policía más joven, que es quien toma notas de lo referente a los *rapados*. Así los ha llamado cuando hablaba con el compañero. No es de por aquí el muchacho, me he fijado en su marcado acento del norte, pero hago esfuerzos para no distraerme en detalles que no importan y por fin me concentro en aquello que hay encima de la mesa: los documentos nacionales de identidad junto con las armas requisadas. Un puño americano, además de un cuchillo de quince centímetros de longitud y cuatro centímetros de hoja. El policía mide, repite las medidas en voz alta y después apunta escrupulosamente.

Se les acusa de agredir a otros jóvenes durante la noche y de tenencia ilícita de armas, pero finalmente no ha habido denuncias en firme, señoras, nos aclara a las madres. Después los mira a ellos y les habla como si no estuviéramos presentes. Otra vez os libráis, pero ya os conocemos, cabrones, y si seguís liándola se os va a terminar la buena suerte, hostias.

A continuación, Lorenzo y yo estamos cruzando la ciudad en un amanecer de lluvia fina que empapa de lágrimas los cristales del coche. La poca gente que hay fuera parece apartarse a nuestro paso, como si supiera de dónde venimos y qué sucede dentro del vehículo. Cada vez que miro a mi hijo por el espejo retrovisor acelero un poco más, aunque esos gestos de fuera me

recuerdan que debo contenerme. Él consigue mantenerse sentado con cierta dificultad en el asiento trasero, la cabeza dirigida hacia arriba, intentando contener la hemorragia de la nariz con los pañuelos de papel que le he dado.

Parece que sangras menos, ¿verdad? Pero de todos modos vamos a ir al hospital.

¡No! ¡Como me lleves a un hospital, me escapo y no vuelvo!, grita Lorenzo con voz estrepajosa. Y es lo primero que dice, después de todo. Como si ahora mismo le fuera posible escaparse, como si de verdad quisiera irse para no volver.

Más que la sangre de la nariz me alarma el ojo inflamado que le desfigura las facciones. Entonces cambio de dirección y enfilo silenciosa el camino a casa. Él tampoco habla. Pienso que es una suerte que sea domingo y apenas haya tráfico, me salto dos semáforos, ya llegamos, no quiero detenerme entrando en el garaje, por eso paro allí mismo, me bajo, llamo al timbre y vuelvo al coche mientras se abre la puerta de casa detrás de mí.

¿Qué ha pasado, mamá? Al levantarme he visto que no estabas, te has dejado aquí el móvil y..., viene diciendo Inés, sofocada. Me limito a señalar la parte posterior del coche y dejo que ella hable, elevando la voz. ¿Otra vez? ¿Otra vez el niñato? ¿Otra vez este puto niñato de mierda? ¡Esto no puede ser, no puede ser, mamá!

Ayúdame a sacarlo, Inés. Esta vez parece que ha sido peor.

No sé cuándo mi hijo y mi hija dejaron de quererse. Puede que no haya que buscar momentos puntuales sino aceptarlo como algo gradual, suponer que requiere de tiempo el desapego. O puede que se quieran todavía de alguna manera que no soy capaz de advertir. Cada vez que los veo discutiendo me vienen a la cabeza imágenes incompatibles con esos momentos: Inés y Lorenzo jugando y persiguiéndose, atentos frente a la tele, leyendo cuentos y descubriendo lugares juntos, cuando viajábamos. Todo aquello sucedió, y me hace bien recordarlo. Es como la sensación balsámica después de un ataque fuerte de tos que te ha dejado exhausta hasta que cede y el pecho se va abriendo, un vapor de eucalipto caliente que te abre las vías respiratorias, recordar los momentos en que parecía que aquello no iba a tener un final. Recordarme manteniendo, durante años, una idea romántica sobre la familia.

Hasta que te das cuenta de que no es así. Había dejado de serlo cuando todavía lo querías creer, habían sucedido ya los desengaños y tú haciendo equilibrios con ese fardo sobre la cabeza, sin ver que ibas por el borde de un precipicio. Pero tu hija y tu hijo se querían, todavía jugaban juntos. Eso era lo que te hacía avanzar con el fardo, mantener a raya el vértigo sin ser consciente del borde ni de la profundidad. Ahora sientes a veces que estás abajo ya y que no puedes llegar más abajo, hasta que de nuevo remontas. Eso es todo.

Qué asco, mamá. ¿Por qué lo traes aquí en vez de llevarlo al hospital?, pregunta Inés sin esperar respuesta. Ojalá lo metieran en la cárcel. Cabronazo...

Entre las dos sacamos a Lorenzo del coche. Hoy no se resiste, y tampoco responde a los improperios de la hermana. Se deja guiar por nosotras, un brazo alrededor del cuello de cada una. Sujetamos su cuerpo avanzando a duras penas.

Inés querría de mí actitudes tajantes, pero creo que comprende estas rendiciones mías. No seré yo quien eche leña al fuego, no voy a utilizar palabras dañinas contra él, y menos cuando está así. Lo dije el otro día: No quiero convertir la casa en un continuo campo de batalla.

Creo que tampoco ella ha podido abandonar del todo la mirada protectora y vigilante sobre el hermano menor.

Cuidado, el escalón, oigo que le dice ahora en voz más baja, delante de la puerta. Lorenzo la mira mientras exuda alcohol y quién sabe qué otras sustancias ácidas, da un pequeño traspiés y continúa mirándola. Dirige hacia su hermana el ojo indemne.

¡Al sofá!, ordeno yo.

Lo tumbamos y él deja que le quitemos la cazadora y las botas pesadas, sin voluntad, como si no pudiera con su cuerpo. Cerca del ojo ha salido un hilo fino de sangre que yo no había visto y que durante el trayecto se ha ido secando sobre la mejilla. Tráeme la manta, Inés, un barreño con agua templada, otro con agua fría, jabón, una toalla limpia ¡y el botiquín!

Inés tiene a veces el semblante sereno que yo veía en su padre al principio de todo. Pero no me recuerda a él. Ella es mejor que él, y mejor que yo. Esa manía de decir que tienen que recordar a alguien, de adscribir a la hija y al hijo como si quisiéramos negar el monstruoso acto de libertad que es nacer, impidiéndoles que rompan el cordón. Decir a quién se parecen como si no doliera romper ese cordón y lo accesorio fuera lo importante. A quién se parece el hijo que duerme en el sofá después de haber agredido a los hijos de otras madres, a quién su hermana que trae el botiquín y enciende en la cocina el hervidor de agua para que yo pueda tomar un té.

La casa está en silencio. Una luz clara, de domingo lluvioso, entra por las ventanas. Se escucha el borboteo del agua en la cocina. Desde el salón veo a Inés allí, colocando sobre la mesa la tetera y las tazas. Es ahora cuando me quito el abrigo y me acuerdo otra vez de respirar, con las manos frías puestas sobre las sienes de mi hijo, que no las rechaza y va acompasando su respiración a la mía. Me dicen mi madre y mi hermana que tenga cuidado con él, pero a mí no me da miedo, sé bien que no va a agredirme. No preguntéis a una madre cómo puede saber eso. Si él fuera malo yo lo sabría, sería capaz de reconocerlo. No quiero estar cegada como otras ante las miserias de sus hijos.

La gente no distingue el *ser malo* del tener problemas. Pero no es igual.

Cuando comienzo la cura, Lorenzo ya se ha quedado dormido.

3

Llegó la mujer y no eligió el diván, sino la silla. Dijo no saber para qué había venido, por qué estaba aquí *en realidad*. Mencionó su nombre y su primer apellido casi en un susurro, como si hubiera gente en la habitación que no debía enterarse, como si fuera más íntimo el nombre propio que lo que había venido a contar en voz alta.

Dijo que tenía una hija de la que quería hablar, y la envolvió con una nube de palabras amables, *juegos, inteligencia, cocina, empatía, flores, bizcochos recién hechos*. Desde que era una niña habían cuidado juntas las plantas del jardín. Desordenadamente habló de la lactancia, que duró un año, y muchas veces pensaba que ése había sido el mejor año de su vida. Habló de cómo un cuerpo que aún estaba creciendo fue capaz de alimentar a otro que acababa de llegar, y de crecer con él. Dijo que aquello agrandó el espejo de la infancia y que en ese espejo se había mirado de frente, junto a la niña que mamaba de ella, *antes de ser capaz de*. A menudo las frases quedaban inconclusas. Por ser madre muy joven no creía ella que hubiese madurado, más bien que se había infantilizado, porque dejó de escribir versos y comenzó a escribir cuentos para su hija que empezó a publicar poco más tarde. Todavía llevaba un diario irregular desde entonces, algunos de cuyos tramos habían podido ser como un refugio mientras que otros, los más, le devolvían reflejos que no hubiera querido recibir. Un diario *insuficiente*, un diario *inoperante*, dijo, textos incapaces de ofrecer poco más que un consuelo engañoso, que algunas veces la habían alumbrado pero en otras fueron lanzados con rabia al fuego de la chimenea. Un diario que ha empezado a destruirme, dijo. Se recordaba muy joven mirando cómo ardía su letra en el fuego, sintiendo por sí misma una *compasión mezquina*.

De cómo cuidaban juntas los arriates también habló, de regaderas y macetas grandes y manitas que se hundían en la tierra y que a pesar de su pequeñez eran firmes, constantes. Tocaban los esquejes, los capullos, las flores, la tocaban a ella. Más de una vez, al hablar de la niña, dijo *fuerza, poder, energía* y palabras parecidas; dijo *tierra*, dijo *leche*.

En ocasiones retomaba los susurros para confesar que había vivido mucho pero no había perdido la timidez, y a lo mejor por eso algunas veces se sentía así, joven, como si le quedara todo por hacer, con la virginidad de la juventud, una pureza que ella no comprendía cómo podía quedarse dentro.

A ratos se callaba bruscamente, se levantaba y miraba por la ventana, como buscando ayuda en el exterior.

Repetía: No sé bien por qué he venido. Y tampoco sé por qué estoy contando esto, por qué hablo de mi hija. Desde luego, mi hija no necesita ayuda. Es ella la que ayuda en todo caso, es mi hija la que me da lo que yo no puedo darle. He dejado de dárselo, he dejado de dárselo. Y se

echaba a llorar.

Explicó que había crecido escuchando decir a su madre que las mujeres son más malas que los hombres por naturaleza, por eso desde niñas emplean tretas y artimañas para conseguir lo que quieren, tretas que ellos, por ser *más nobles*, nunca usan.

Ella llegó a creerse esa verdad o, por lo menos, no se había detenido a cuestionarla hasta que fue madre de esa niña y no vio maldad en ella; y el tiempo, según decía, confirmó que no había maldad en ella. Ni trampa ni cartón, porque es auténtica, dijo.

Tuvo que suceder eso, que naciera esa niña, para que ella aceptara que las verdades de su madre definitivamente no le servían.

Habló en más de una ocasión de desaprender. Dijo que la maternidad temprana hace que tu infancia vuelva a ti como ella imaginaba que volvía un *boomerang* lanzado con mucha fuerza, porque aún no te ha dado tiempo a digerir esa infancia, no la has analizado todavía y el cuidado de tu hija te la devuelve con una claridad dolorosa, hace que regrese veloz y a veces te da en la frente. Aquí, entre los ojos, dijo. Y tienes que desaprender.

Esa primera vez no habló de los hombres de su familia más que para mencionarlos: apenas dijo sus nombres.

No se detuvo en el hijo.

Continuamente volvía a la madre.

Su madre se había construido una visión inamovible del mundo alrededor de esas premisas y parecía sentirse cómoda en esa lógica, que era como un vapor que siempre había empapado sus pensamientos y acciones, eso dijo también, *un vapor que ha empapado*.

Antes de marcharse esa primera vez, pronunció literalmente, entre otras, algunas frases de su madre:

La nobleza y la honestidad son propias de los hombres.

Si va mal tu matrimonio será que algo has hecho tú para que vaya mal.

Ha sido una pena muy grande tener dos 'hembras' y ningún hijo varón.

Mira cómo el mío no fue tan mal.

Si él actúa así, será por algo. Por algo que tú has hecho o por algo que no has sabido hacer.

Las mujeres somos peores. Ellos, a nuestro lado, unos desgraciados.

Por lo menos la mayor ha hecho las cosas como Dios manda. Ese consuelo me lo llevaré a la tumba.

De un hombre cualquier mujer puede hacer lo que ella quiera, lo que a ella le dé la gana.

Son buenos, son todos unos calzonazos.

Armas. Armas de mujer.

4

He vuelto a fumar. Casi nadie se ha dado cuenta, ni falta que hace. Lo había dejado hace dos años por la presión de Inés, cuando ella cumplió dieciocho y se tomó su mayoría de edad como el mandato de salvarme de algo.

Te acercas a los cuarenta, mamá, ya va siendo hora.

Me dolían las toses de invierno, golpeaban desde dentro contra las costillas, me arañaban la garganta, pero no quería dejarlo. Dejar de fumar por un dolor, por estar *llegando a los cuarenta años*, cuando además todavía me quedaban dos para llegar, no me parecían motivos suficientes. No estaba yo dispuesta a esa renuncia después de tantas otras, a dejar el hábito que me mantenía anclada de algún modo en la inmadurez, en la juventud luminosa. Cómo le explicas eso a una hija empeñada en que lo dejes.

Ella no se conformaba con que saliera al jardín para hacerlo, ni con que rebajase la frecuencia. Quería que lo dejara de golpe. Para sentirse orgullosa de mí, decía. Porque era la decisión más importante que yo debía tomar. Porque mi padre, su abuelo, se había muerto joven por culpa del tabaco, y ella no quería que yo me muriera.

Era cuando Lorenzo estaba dejando atrás los quince años y comenzaba a colgar esos símbolos confusos en las paredes de su habitación, calaveras, banderas con cruces no siempre gamadas pero como si lo fueran, fotos de músicos rapados gritando en locales oscuros y humeantes. Ya cada vez eran menos sus abrazos espontáneos. Se dejaba abrazar él por mí.

Querida, ya he tomado decisiones muy importantes en mi vida, pensaba yo esa vez, el día después de nuestra última conversación seria sobre el tabaco, mientras expulsaba el humo lentamente en el jardín. Bajar a desayunar un sábado al jardín sin sentir nada parecido a una amenaza. Qué acto de libertad me parecía. Portar alegremente la bandeja de madera con zumo de naranjas dulces, tostadas y café, un libro y cigarrillos, después de haber dormido toda la noche a pierna suelta atravesada en la cama, sin desear en esa cama la compañía de nadie.

Querida Inés: haberme divorciado de tu padre ha sido la decisión más importante y mejor tomada de mi vida, pensaba en ese momento, mientras apuraba el café y encendía un cigarrillo. ¿Y también quieres que me olvide de fumar? Déjame ir por partes, ¿no?

Me gustaría haberle hablado así la noche antes, pero hay cosas que no puedes decirle a una hija. Haber dejado a tu padre con firmeza y en el momento en que fui capaz, a tus diecisiete años y a los catorce del niño.

Son edades difíciles. ¿Estás loca?

¡Piensa en tus hijos! ¿Qué te pasa?

Era lo que decían mi hermana y mi madre desde la distancia, a través de aparatos telefónicos

poco frecuentados por nosotras, canales de comunicación débiles como sus capacidades de escucha, aunque con una tecnología capaz de recoger con precisión el tintineo de sus pulseras (oro las de mi madre, plata las de mi hermana). A veces hablábamos las tres a la vez, ellas juntas desde la casa recién redecorada de María del Pilar, informándome con detalle del color del sofá nuevo y de las cortinas, de la buena calidad y fácil limpieza de la tarima flotante que acababan de instalarle. La función de manos libres del teléfono multiplicaba esos sonidos frívolos, tan suyos.

Ése no era buen momento. Nunca era el momento de hacerlo, ni siquiera de pensarlo. Yo tenía que aguantar y buscar soluciones, repetían sus voces al otro lado, como ecos leves. Cuando oía las pulseras agitándose me las imaginaba recién salidas del gabinete de estética, relajadas después de sus masajes y sus limpiezas de cutis, y yo como ese absceso molesto que iba a devolverles el espejo cuando volvieran a mirarse y no podría extraerles ninguna esteticista.

Tenéis teorías para todo, pero sólo yo puedo decidir el momento para tomar esta decisión, y el que elija será el adecuado, les contestaba, animándome a mí misma ya que ellas no lo hacían.

Sin embargo, cuántas veces pienso que debería haberlo hecho mucho antes, que me equivoqué creyendo que *aguantaba* por el bien de mi hija y de mi hijo. Sigo sin comprender qué me paralizó, por qué aquel conformismo, qué clase de familia creía yo estar procurando a Inés y a Lorenzo en los últimos años de convivencia con su padre. Todas esas incógnitas domésticas siguen ahí, frescas, sin resolver. Lo cierto es que un año antes, cuando empecé a contemplar la salida del túnel conyugal —lejano punto de luz, distancia inalcanzable—, no hubiera podido creer que llegaría una mañana como ésa, en la que yo estuviera desayunando sola en el jardín sin ver mi vida como una ciénaga de arenas movedizas que intentaba tragarme.

El aroma húmedo que se elevaba desde la tierra formaba a mi alrededor una nube de hierba flotante y café negro, trayéndome la impresión de haber vuelto a una casa añorada, después de largos años de abandono forzoso. No había llegado a abandonar la casa, pero aquella mañana me di cuenta de que la casa había dejado de oprimirme: se había abierto al mundo, y yo también me había abierto al mundo.

¿Fue *bueno* quedarme embarazada de ti con diecinueve años? Tu abuela se ha recreado en lo negativo de esa situación. Sé que hubiera preferido que yo me fuera a abortar y no le dijera nada, pues la ignorancia no habría alterado así sus aficiones religiosas. No digo creencias, sino aficiones propias del ambiente social en el que se movía, al que pudo acceder gracias al matrimonio con el médico. Relaciones sociales nada más. El *qué dirán* que tanto rechazo provocaba en mi padre.

¡A Londres te tenía que haber mandado!, ha dicho algunas veces; y he llegado a pensar que, si ella me hubiera mandado, yo habría ido. Me doy cuenta de que mi madre hubiera preferido que me fuera a Londres sin contarle nada, como hicieron la sobrina de su amiga Conchitina y tantas otras de las *mejores familias* de la ciudad. Se lo conté porque necesitaba que lo supiera, que me dijera qué tenía yo que hacer, en la confusión que trae el resultado positivo de la prueba de embarazo cuando tienes diecinueve años recién cumplidos y eso no entraba en tus planes. Pero una vez que cometí la torpeza de contárselo no iba ella a mandar a la chota a ningún sitio, sino a imponerle una boda rápida y medio clandestina. Claro está que esa boda fue planteada porque él tenía terminada la carrera de derecho, trabajaba en otra ciudad como flamante abogado y era hijo de los Gómez-Frías. Otro gallo habría cantado si el embarazo hubiera sido del chico sin apellidos compuestos y *sin futuro* con el que yo había *tonteado* en los años anteriores.

Ten mucho cuidado de con quién te juntas ahora que empiezas en la universidad, me advirtió sin cariño cuando salí de casa para venir a estudiar Filología en la ciudad vecina.

Entre los Gómez-Frías y ella, viuda, prepararon algo discreto para casar a la hija del médico venido a menos con el hijo del abogado ido a más. Aceptamos, aunque no deseáramos esa boda impuesta, y tampoco quisimos celebraciones. El asunto fue orquestado con rapidez, sin tiempo para que nadie reflexionara mucho. Me negué, eso sí, a un traje blanco. No quise colas ni velos: fue un vestido sobrio y corto, azul claro, que disgustó a mi madre y a mi suegra. Rodrigo y yo bromeábamos diciendo que aquello parecía uno de esos matrimonios morganáticos del Antiguo Régimen, que unían a un hombre de rango social superior con una mujer de rango inferior. Yo, que memorizaba todo lo que cayera en mi mano sobre la zurdera y sus derivaciones, le había contado a Rodrigo que esas uniones eran conocidas como *matrimonios de la mano izquierda*, porque el hombre ofrecía a la mujer la mano izquierda en el altar, durante la ceremonia. Él contestó que iba a ponerme el anillo en la mano izquierda porque su dedo anular era el único que tenía una vena conectada directamente con el corazón. Creo que esas chorradas fueron lo más cercano al romanticismo que nos dijimos, entregados como estábamos al *aquí te pillo aquí te matosin* demasiada palabrería.

No éramos él y yo un noble y una plebeya, pero sabíamos que a nuestros padres los diferenciaba la cantidad de dinero que habían conseguido. El suyo mucho más de lo que corresponde a un abogado de provincias. No imaginé entonces qué trapicheos podría haber tras ese caudal: tráfico de influencias, herencias de estraperlos mantenidas y acrecentadas de padres a hijos. El mío, *el médico de los pobres* como mi madre lo llamaba despectivamente, ateo discreto por las circunstancias, hijo a su vez de médico célebre y represaliado por el bando de los abogados idos a más, había llegado a cubrir con creces los caprichos de una mujer gastosa, buena casa en las afueras y otra en la playa, muebles caros, ropa y más ropa, sesiones y más sesiones en salones de belleza. No eran pocos, pero a mi madre le sabían a poco. Ella hubiera querido también una consulta privada en un gran piso del centro que doblase el sueldo del hospital y un marido que fuera con ella a la iglesia todos los domingos, y que además lo hiciera *con la cabeza bien alta*.

Le ponía miradas extrañas a mi suegro que me avergonzaban y me hacían mirar para otra parte. No quería enterarme de esas miradas entre mi madre viuda y mi suegro, como no quise enterarme de que me estaba metiendo de cabeza en esa familia.

Eres hijo de un facha, le decía yo a Rodrigo, entre polvo y polvo.

Eres hija de un rojo, me decía Rodrigo a mí.

Y nos reíamos. Nos quedábamos en la superficie de aquella broma insensata, sin pensar en los significados ni en las consecuencias que pudiera tener. Afloraron pronto, bajo la apisonadora de la vida familiar y cuando Rodrigo empezó a meterse en política. Antes de casarnos apenas habíamos hablado de política, salvo de forma superficial en alguna manifestación anti-OTAN a la que me acompañó para poder ligar conmigo, pero la semilla ya estaba germinando en él. Trabajaba en ese bufete de un amigo de su padre, parecía que hubiera nacido en el maldito bufete. No intentó adoctrinarme, sencillamente quería lo que su padre había tenido: una mujer que no pensara mucho, que se dejara llevar dándole hijos para perpetuar el apellido compuesto.

Para mi madre fue una gran noticia que mi suegro nos comprara una casa adosada con jardín en el Barrio Alto, y un alivio que todo sucediera fuera de nuestro entorno, en la ciudad de los

Gómez-Frías, en la iglesia y el restaurante frecuentados por los Gómez-Frías. Su iglesia, su ciudad, el cura de su confianza, esa comida en La Bota a la que sólo fue invitada la familia más cercana y Conchitina, íntima de mi madre. Sin dramatismos. Casamiento, café, copa, puro, unas risas y a otra cosa, con ese buen humor que exhiben los hombres como mi suegro, quien se empeñó en pagarlo todo.

Ese día durante la comida llegó a sonreírme mi madre con afecto, con sinceridad, éramos una novia y un novio jóvenes y fotogénicos, yo diecinueve sin que se me notase la barriga, él veinticuatro y con una carrera ya en marcha, tan prometedoras como la de su padre. Podría haber sido peor, podría haber sido peor, se dirían ella y Conchitina al día siguiente, de vuelta a casa.

Si fue acertada la decisión de que nacieras es una pregunta sin sentido, te miro y me recuerdas a la Atenea ojizarca que conociste conmigo cuando tenías doce años, segura de ti, capaz de todas las transformaciones, anticipándote a lo que está por venir. Quién soy para arrepentirme de esos ojos claros como los de tu padre.

Bueno, ya has comprobado que a pesar de todo dejé de fumar, creo que me acuerdo tan bien de ese desayuno a solas en el jardín, entre la nube de café y de hierba, porque después de terminar aquel paquete ya no compré más tabaco. Era la primavera del año 2000 y tú acababas de decidir que empezarías la carrera de psicología el próximo otoño.

El invierno anterior había tenido yo el primer ataque de bronquitis, ahora parecía que llegaba otro mientras tú presionabas, y me dije: ya está bien, al carajo el tabaco, si fui capaz de mandar al carajo el matrimonio después de autoimponerme disciplinas durante muchos años, también seré capaz de esto. Mírame. Dos años me he mantenido sin fumar mientras que tu hermano ha ido fumando cada vez más, y ojalá hubiera sido solamente tabaco. Dos años durante los cuales me he dado la orden de no debilitarme ni desequilibrarme por sus debilidades, por sus desequilibrios.

Pero después de la otra mañana en la comisaría, esta vez con armas, quién sabe haciendo qué cosas por la noche, en la calle, con el otro descerebrado que iba con él...

Te acordarás de que tomamos un té juntas cuando lo dejamos dormido encima del sofá, y yo te insistí para que no anularas los planes de irte a pasar el domingo con tus amigas, como tenías previsto. Vinieron pronto a recogerte en coche para ir a la casa de campo de los padres de Margarita. Ella y yo hablamos en la puerta con naturalidad. Las demás me saludaron sin bajar del coche mientras Margarita y yo nos besábamos y nos decíamos cosas agradables. Qué bien vais a estar hoy en el campo de tus padres con esta llovizna, me encanta el campo cuando llueve, dije yo, como si nada acabara de sucedernos.

No sé si esos gestos de normalidad que logro conseguir se deben a la hipocresía o a la desesperación, pero cada vez me hacen más falta.

Te veo guapa, Lola, dijo ella, y me alegré de haberme peinado y lavado la cara para recibirla. Hago lo que puedo, intento cuidarme un poco, Margarita, aunque he dormido regular. A veces tengo unos insomnios... Como si estuviera enamorada.

Nos reímos. Ella dijo que me veía *puesta a punto* para estar enamorada y para que alguien se enamorase de mí. Tú bajabas ya las escaleras y traspasaste el umbral hasta el porche donde yo me hacía fuerte, blindando la casa con el hijo herido dentro. Me diste un abrazo del que me separé pronto, diciéndote al oído que lo pasaras bien y no te preocuparas, porque las cosas se iban a arreglar. Quería hacer que olvidaras al hermano rapado que roncaba encima del sofá del salón y vieras que yo no estaba tan mal como creías. Creo que también te pedí, como acostumbro, que no

comentaras nada con ellas. Después me despedí con prisas de Margarita.

Con la excusa de tener que ir al baño, entré y cerré la puerta detrás de mí. Desde la ventana de la cocina, os miré. Tus amigas te recibieron con mucho cariño, reíais todas cuando el coche empezó a alejarse. Me serví otro té y entonces sentí más fuerte que otras veces esa punzada de querer fumar. Pensé en la madre del otro descerebrado, que olía a tabaco y tenía que irse a trabajar a las 7:30 de la mañana de ese domingo. Yo había imaginado en su presencia que limpiaba bares o naves industriales o vete a saber qué. Había observado sus babuchas, la había visto encender un cigarrillo cuando salíamos los cuatro de la comisaría. Igual que no nos habíamos presentado, tampoco nos despedimos, porque yo iba nerviosa, sujetando a tu hermano.

El otro, al que luego supe que llamaban *El Loco*, parecía guardar el equilibrio mejor que Lorenzo, claro que él no iba herido. Mientras dejaba a Lorenzo sentado en el asiento de atrás y él impedía que le pusiera el cinturón de seguridad, pensé que debería preguntarle a esa mujer si necesitaba que los acercase a algún sitio, pero al volverme vi que se dirigían hacia un extremo del aparcamiento y entraban ya en un coche descolorido. El hijo, desbaratado y fuera de sí, como si tuviera odio de sobra para el mundo entero, aunque sin fuerzas para mostrarlo como quisiera, iba farfullando en voz alta algo que ni ella misma entendería. Nos hicimos las dos un gesto silencioso de saludo en el semáforo, antes de alejarnos en direcciones contrarias. Se me quedó grabado ese gesto suyo cuando se recogió detrás de la oreja el pelo lacio que le tapaba la cara, dio una calada fuerte al cigarrillo y luego agarró el volante con fuerza y me miró como diciendo: la que nos ha caído encima con estos putos descerebrados.

Pensé que debía de ser algo más joven que yo, y que conservaba una belleza desacorde con aquello que parecía rodearla.

Mientras me acordaba de todo eso, tú ya te habías ido con Margarita y las demás. Me aseguré de que Lorenzo seguía durmiendo y salí a la tienda de Encarna con la intención de comprar un periódico y una barra de pan recién hecho, pero compré además un paquete de *Chester*, desandando ese camino de dos años sin fumar. No sabría decirte si fue una decisión premeditada. Me daba cuenta de que lo había sacado de la máquina cuando ya lo tenía dentro del bolso y estaba pagando el pan y el periódico. Encarna bromeaba con algo que comentaban en una tertulia de la radio, pero al ver que yo no le seguía el juego dijo: Vale, hoy no estás de humor. Si se dio cuenta de que yo compraba tabaco después de mucho tiempo sin hacerlo, no hizo comentarios. Llegué mojada a casa, porque no me había llevado paraguas y la lluvia arreció cuando salí de la tienda. En el salón se había asentado el olor hormonal y acre, casi agresivo, que rezuman los hombres jóvenes durante el sueño, después de haber pasado horas bebiendo y fumando. En la cocina me sequé el pelo con una toalla que olía a limpio, preparé otro té, puse la radio y fui capaz de comer un trozo de pan caliente untado con mantequilla. Luego miré el paquete que había dejado sobre la encimera, me acerqué, lo abrí y, temblándome las manos, encendí un cigarrillo con el ansia de quien se aferra a cualquier cosa que flote para no hundirse.

Al principio me dio un ligero mareo, como cuando tenía quince años y fumaba en una esquina del patio del instituto los primeros *Fortunas*, pero las últimas caladas trajeron algo de alivio, como cuando Lorenzo me decía de pequeño:

Mamá, venga, tranquilita, ya *pasó*.

5

Viernes. Por la mañana, Lola ha recibido una de esas llamadas perdidas que llegan a veces, el toque de atención de un número que no tiene registrado, pero cuyas cifras conoce bien. Son señales que no piden respuesta y tienen un gran poder sobre su estado de ánimo. Hoy no trabaja fuera de casa. De lunes a jueves cumple con sus horarios de oficina, pero se reserva los viernes, aprovechando la flexibilidad que ha conseguido en Fata y que esta mañana vuelve a agradecer. Decide a mediodía pasar por el mercado, animada por la idea de cocinar el guiso que su tata Adela le enseñó, el plato preferido de Lorenzo. Fata era una editorial pequeña que comenzó a crecer impulsada, en parte, por sus historias de *Valentina*, que desde el principio se vendieron bien. Le parece que hace mucho ya de eso. Se demora en elegir la ternera y las patatas, tomates maduros para guisar y recios para ensalada. Poco después de publicarse su libro más extenso, *Planeta Girasol*, cambiaron a un edificio más grande, y Lola explicó a su editora que necesitaba trabajar fuera de casa. Pasa por el puesto de las especias, compra laurel, tomillo y pimentón picante de la Vera. Quería un contrato, podría hacer un trabajo como lectora o correctora. Lorenzo tendría entonces tres años. Escoge también un vino de Rioja, aceitunas aliñadas, merluza para cenar. Deberías dedicarte a seguir escribiendo y dibujando en tu casa, protestó Gloria durante unos días, hasta que le habilitó un pequeño despacho y accedió a contratarla. Ahora hay cuatro personas más en nómina.

La despensa seguirá casi vacía, pero ella sale de allí sujetando las bolsas como si éstas contuvieran todo lo que ella y su familia necesitan ahora. Fuera del mercado, la luz del sol comienza a dejarse ver después de las masas de nubes que han ido alternando lluvias y tormentas durante la semana. Tiene bien contado el tiempo de las últimas lluvias, desde la visita a la comisaría. El ojo de Lorenzo ha mejorado mucho, la cara ha ido recuperando su contorno anguloso sin asomar apenas por la puerta de la habitación, adonde ella ha estado subiendo los primeros días para llevarle comida y hacerle las curas.

Abre la puerta de casa sabiéndolo arriba y grita ¡Hola, ya estoy aquí! sin importarle no recibir respuesta. La cocina soleada le devuelve el recuerdo de su tata en ráfagas de luz, el pelo recogido, las manos siempre limpias y nunca quietas, fregando, picando o amasando mientras canta una copla de posguerra, el delantal de cuadros verdes y blancos que le confiere autoridad cuando explica que las *papas* para ese guiso hay que cortarlas en gordo, que haga *croc* el cuchillo, sin pasarse con el laurel ni con el pimentón, pero tampoco quedarse corta. *Ay, ay, ay, ay, No te mires en el río...* Ahora que vas a vivir sola tienes que seguir comiendo bien, las comidas de tu tata, que te va a echar muchísimo de menos. Lleva haciendo este guiso desde entonces, cuando se fue de casa a los dieciocho años y solamente lloró porque presentía que no iba a vivir más con su tata.

Ahora piensa que siempre ha cocinado con ella, desde cuando, de niña, le acercaba el aceite y el vino blanco, o le batía las claras de huevo para un bizcocho y observaba en silencio su destreza al manejar cuchillos y cacerolas, temperaturas y tiempos, fuegos y aguas, disciplinada dueña de ese territorio en el que a la *zurdira* le estaba permitido manejar espumaderas y tenedores con la mano izquierda y al que tantas veces corría a refugiarse de los cates de su madre, hundiendo la cara en aquel delantal templado.

Dios no nos manda nada que no podamos aguantar.

Igual que las coplas populares cantadas por Adela en la cocina, frases como ésa eran un ingrediente más cuya esencia espesaba el humo de los guisos, y en mañanas como ésta toman cuerpo y salen de las cazuelas de la memoria con la inmediatez de un olor que regresa de muy lejos, acudiendo como un mantra de entonces a este tiempo más difícil que aquél, a este lugar que nunca fue presentido entonces. *Dios no nos manda nada que no podamos aguantar.* Lola corta en gordo las patatas —que reserva en agua para más tarde— y en fino la cebolla y la zanahoria, que agregará al aceite caliente de la olla después de haber dorado en él la carne. En la sartén pequeña tuesta ligeramente unas hebras de azafrán, que reserva para cuando se hayan esfumado los vapores del vino blanco. Agrega el caldo y cierra. Antes de que el ligero silbido de la olla a presión comience a gobernar la casa, saca de las bolsas la botella que ha comprado y se sirve un poco de Rioja en una copa de la cristalería que reserva para cuando hay algo que celebrar. La familia es una olla a presión, piensa. No, es mi cabeza la olla a presión. Primer trago, después de mover y aspirar lentamente el contenido. Mi cabeza, que se empeña en cocinar una mezcla de ingredientes que no acaban de ligar, sólo porque le enseñaron que es eso lo que hay que hacer. A punto de cumplir cuarenta años y todavía intentando hacer las cosas como me enseñaron, actuar como el mundo parece esperar de mí. Aceituna. Se trata de la familia, justamente eso es la familia a veces: individualidades, ingredientes únicos que nos empeñamos en mezclar. Por qué nos empeñamos en mezclarlos. Cigarrillo. Freír, dorar, evaporar, agregar, licuar, por qué empeñarnos en agregar. Tal vez sea el momento de desagregarnos. Ya salió el padre, que salgan ahora la hija y el hijo, que yo me quede sola y deje de echar humo por las orejas.

Lola saca del bolso el teléfono móvil y mira durante un rato el aviso de llamada perdida. Se recrea en el número de teléfono desde donde llegó esa llamada y en la hora exacta de la llamada, 10:45, cuando estaba escribiendo un relato compulsivo que no parece que vaya a cuajar. El corazón late fuerte al pulsar sobre la opción de *devolver la llamada*, y más fuerte cuando comprueba que ha sonado al otro lado el primer aviso, justo antes de colgar. Un aviso y no más. Otra *perdida*. Hacer saber que está ahí es suficiente, como hacen ahora las jóvenes con los chicos que les gustan. ¿Es esto una especie de adolescencia recuperada? No, eso suena patético. Con lentitud festiva observa cómo el sol atraviesa el cristal de la copa en sus manos, se la lleva a la boca, mira el rastro vinoso que ha dejado el trago en la cuenca de cristal. Piensa en el ojo de Lorenzo. Va bien, va mejor, y él también irá mejor. Estaba mejorando antes de *aquello*, la vida había sido un poco más tranquila en el último mes, algo bueno pasaba, tardes en casa estudiando, ¡estudiando!, Lorenzo estaba volviendo a estudiar, la pesadilla parecía suavizarse. Puede que la comisaría haya sido el último coletazo del monstruo, quiere pensar. Lola fuma el cigarrillo junto a la ventana abierta de la cocina, tras sintonizar una emisora de radio donde suenan las coplas de su tata. Inés ha avisado por teléfono de que se queda en la facultad y no vendrá a comer.

Más tarde hará que salga Lorenzo de la habitación usando una fórmula que suele dar resultado y consiste en llamarlo desde el salón con optimismo y seguridad, como cuando era un niño, como

si ella no tuviera duda alguna de que va a bajar. Subir antes a su cuarto y desde la puerta pedirle por favor que coman juntos hoy sería un fracaso ante ese hijo que últimamente se opone a cualquier demanda que ella exprese con ruegos, con blanduras. Es más fácil así, sin haberlo llamado desde que entró, haciéndole saber que estaba en casa por el saludo sin respuesta y la música tarareada en la cocina mientras subía el olor del sofrito por las escaleras, y ahora gritar, como algo no premeditado, mientras pone la mesa: ¡Baja a comer, Lorenzo, que se enfría!

Baja Lorenzo antes de que se enfríe el guiso, motivo suficiente para sentir de nuevo el calor interior. Ahí están madre e hijo sosteniendo las cucharas con sus manos izquierdas, comiendo el guiso caliente sin reñir ni discutir, en realidad sin hablar, esta vez con un partido de baloncesto de fondo. Treguas así son difíciles cuando Inés está presente. Le sabe mal sentirse aliviada por su ausencia, debería saber aprovecharla, hay temas pendientes que tal vez se podrían plantear ahora. Cuando se acuerda del cuchillo y del puño americano, la ternera mil veces masticada se le hace una bola en la boca. Mientras tanto Lorenzo traga frente a ella la carne, las patatas y el pan blanco sin masticar apenas. No es posible saber en qué parte del cuerpo almacena esas comidas deglutidas con ansia, que alimentan en él una figura angulosa como la de aquel músico y poeta *punk* al que se parece tanto, Eduardo Benavente, que murió un año después del primer Lorenzo y cuya música también habían compartido Lola y ese primer novio. *Me miro en el espejo y soy feliz. Y no pienso nunca en nadie más que en mí. Leo libros que no entiendo más que yo. Oigo cintas que he grabado con mi voz.* Tiene esa languidez que nace de estar solo, pensar y no contar, creerse autosuficiente, ser mudo y reflexivo, los pómulos marcados, el rostro enflaquecido en el que predominan la nariz y los ojos que poco se atreven a mirar de frente, como si no quisieran desvelarse, guardando para sí una expresión intensa capaz de golpear a quien la recibe, ojos grandes con miedo a mostrar lo que guardan, cruzados por algo parecido a la desesperación o tal vez al ingenio, a una vitalidad mal dirigida. *Encerrado en mi casa, Todo me da igual. Ya no necesito a nadie, No saldré jamás.* Piscinas encendidas, piscinas nocturnas. Eduardo, cantante y compositor del grupo *Parálisis Permanente*, murió a los veinte años. Para Lola fue como la segunda muerte de su primer novio, así lo recuerda ahora mientras observa al hijo mirar el baloncesto, callado, huidizo, flaco. En sus peores momentos le recuerda también al Robert de Niro de *Taxi Driver* cuando empezaba a perder la cabeza. Lleva un tiempo sin afeitársela. Le reconforta comprobar cómo el pelo ha crecido, negro y brillante, alrededor de la cresta corta, que se mantiene todavía algo más larga que el resto. Apenas se ve el extraño tatuaje que se hizo el año pasado, una bota *Doc Martens*, como él mismo explicó cuando ella le preguntó a qué venía tatuarse un zapatón como ése en la cabeza, que se dirigía desde detrás de la oreja derecha hacia la nuca. Quisiera acariciarlo. Le gustaba el nombre de aquel grupo y piensa que también ella estaba así entonces, en una permanente parálisis, como parece estar ahora su hijo. Lola llegó a estar convencida, cuando aún no había cumplido los diecinueve años, de que moriría pronto, mucho antes de los treinta. Imaginaba para sí misma sobredosis como la de su novio, infartos fulminantes como el de su padre, accidentes de coche como el que se llevó a Eduardo Benavente. *En el viejo matadero se oye un ruido chirriante, alguien hace horas extras, hay un fuerte olor a sangre. Un día cualquiera, en Texas, en Texas.* Piensa en contarle al hijo algo de eso, pero no sabe cómo empezar ni qué decir. El sol que ha salido después de los días grises sería un tema también absurdo, preguntar qué equipos están jugando o de qué torneo se trata tampoco le parece buena idea, a ella no le importa el baloncesto y no va a hacer el esfuerzo de demostrar un falso interés.

Nunca pudo terminar de ver *La matanza de Texas*, película en la que estaba inspirada esa

canción que en realidad tampoco le gustaba y que ahora vuelve caprichosamente. Podría preguntar también hasta qué hora ha dormido él hoy, si le duele algo, el ojo, la cabeza. Lo descarta por ser una atención que lo incomodaría. Otra vez se repliega en estas timideces, se apoca frente al hijo lacónico y huraño, no consigue ser la madre que oscuramente intuye que le gustaría ser, mantiene la parálisis para evitar conflictos. Pues cómo ser, entonces. Cómo debería ser la madre de este hijo. Se le ocurre que podría hablar de la noticia que ha visto en Facebook esta misma mañana y luego ha olvidado en el mercado de abastos: un grupo de jóvenes de tendencias fascistas ha quemado la noche anterior una casa ocupada por otro grupo de jóvenes de tendencias izquierdistas, en un barrio cercano al centro. Está segura de que Lorenzo debe de conocer a los pirómanos, pero se contiene, eso sí que traería conflicto, casi mejor sería lo del baloncesto. Además, Lorenzo no sabe, y Lola no quiere que sepa, que ella tiene una cuenta en Facebook. Inés le hizo abrirla hace tres o cuatro meses, una tarde en que llegó de la facultad y la encontró escribiendo documentos de trabajo en el ordenador. Con la misma seguridad que acaba de emplear ella para hacer que Lorenzo baje a comer, dijo Inés: Deja eso un momento, mamá, vamos a abrirte cuentas en las redes. Se negaba a entrar en Facebook, no comprendía su lógica, parecía limitarse a un exhibicionismo del que no quería participar. Rodrigo estaba todo el día poniendo chorradas por allí, lo sabía por algunas conocidas comunes que veían las fotos que él colgaba y luego se lo contaban a ella, conscientemente indiscretas cuando se encontraban por la calle, Lola qué tal cómo te va, por cierto el otro día vi en Facebook una foto de Rodrigo con... Esa gente que le habla en calidad de ex. Ser ex. Ex ser. Ella no quiere tener un exmarido ni ser la ex de nadie, exmujer, exmujer... ¿qué significa eso? Rodrigo se refiere a ella como *mi exmujer*, su exmujer, qué clase de significado retorcido tiene eso, ser todavía algo suyo, aunque se trate de una ex, y todavía peor que ser una exesposa: ser una *exmujer*. No ser ya ni *mujer* por no ser *su mujer*, ex ser, ser ex, entrar en el territorio incógnito de Facebook y tener que toparse con imágenes de él y de toda esa gente que había quedado atrás, en la otra vida, los ex de aquella ex vida de casada.

Inés mientras tanto iba abriendo la cuenta sin esperar su aprobación, informándola de que no tenía por qué agregar a nadie que no quisiera, de que podría acceder por ahí a prensa digital que le interesaba, información en tiempo real, contenidos literarios o académicos, cine, música. Nuevas urgencias. Agregar sonaba a *gregario*, seguramente era ése el objetivo final: que la manada de gente se fuera agregando de manera voluntaria, constituyendo un rebaño dentro de la red. Antes de digerir esos razonamientos, estaba ya incluida en ese rebaño cuyos porqués se le escapaban, y pronto comenzaría a asomarse para observar al resto del rebaño, avanzando lo suficiente como para hacerse con su lógica.

Un día encontró la cuenta de Lorenzo: L.G-Frías. Le sorprendió que hubiera conservado el apellido compuesto y que no pusiera en el perfil una fotografía suya sino de un perro de presa, sobre todo sabiendo que los perros le daban miedo desde pequeño. Leyó algunos de los contenidos accesibles publicados por su hijo, relacionados con alcohol, drogas y esos grupos de música violenta que iban a ver. Salían también algunos comentarios puestos por el *Loco*, quien se presentaba como tal y clamaba contra las guarras y los putos moros, con muchas faltas de ortografía. Su foto de perfil era él mismo bebiendo a morro de una botella de cerveza alemana, con la bandera española del aguilucho detrás. Por lo poco que pudo ver y leer, solían referirse a las chicas como *guarras*. Lola decidió no perder tiempo con aquello, pero esta mañana de viernes ha vuelto a asomarse a Facebook, por si Lorenzo había colgado algo desde la última paliza. Nada. O por lo menos nada que ella haya podido ver. Lo último compartido públicamente era de hacía

casi dos meses, el anuncio de la actuación de un grupo que se llamaba *La Guarra Civil*, como foto de perfil una cerda con labios pintados y tricornio, anunciando un concierto para esa misma noche en la *Sala Kaos*. Haciendo un cálculo comprobó que coincidía con la última madrugada en que Lorenzo llegó borracho y exaltado, rompió un jarrón con flores y las insultó a Inés y a ella cuando se despertaron y bajaron, asustadas por el ruido.

Tú que no has sido capaz ni de mantener unida tu familia, había dicho a la madre. Tú que te crees muy lista pero te follas a cualquier *pringao*, había dicho a la hermana.

Se le atraganta el último bocado de ternera al recordar aquello, y es cuando se dirige secamente a Lorenzo, resignada a no intentar una conversación. Oye, deja ya el baloncesto y quita la mesa, que yo tengo que salir ahora.

Una madre que ordena actuar, hacer esto o aquello, sobre todo no hacer. Ser solamente eso, así se siente. Una mujer disminuida por ese vacío, que ha perdido los espacios del diálogo y del juego con su hijo, como tuvo en otro tiempo. Ordenar para ordenarse, introducir algo de orden en la familia para vencer el vacío, dejar que salga la presión por la espita de la olla antes de abrirla, para que no explote y le reviente en la cara.

No soy tu puto criado, responde él sin mirarla, pero también sin gritar.

Hay que hablar de las armas. Todavía no han hablado de las armas. Él no querría, gritaría que lo dejara en paz. El puño americano y el cuchillo romperían la tranquilidad que han alcanzado comiendo. ¿Es ésa toda la calma a la que puede aspirar una en su propia casa? La palabra da vueltas con la carne en su boca, *calma, calma*, es una orden que se da a menudo, un estado al que aspira. Pero esta calma no es paz, es sólo ausencia de gritos, cobardía por no iniciar una conversación que lleva en suspenso desde la mañana de la comisaría. Se enfada entonces y eleva la voz. Eso sobra, Lorenzo, ¡así que no me vengas con historias y quita la mesa de una vez!

El tono contundente que ha empleado logra vencer la blandura que la ha dominado durante la comida. Lorenzo se levanta y comienza a quitar la mesa. Lola sube, se quita los pantalones y se tumba quince minutos en la cama, respirando con lentitud, intentando no pensar, demasiado ha pensado durante la comida, por qué será tan difícil dejar la mente en blanco, de poco le sirve el yoga que ha hecho durante estos años para que su cabeza no sea la olla a presión que sigue siendo. Después se lava la cara y los dientes, se peina y vuelve a vestirse. Lorenzo ha vuelto a meterse en su habitación y ha cerrado por dentro, confinándose otra vez como un *hikikomori*. Lola enciende un cigarrillo del paquete que esconde en el dormitorio y baja las escaleras echando humo, pensando en todas esas madres japonesas que soportan el aislamiento de sus hijos raros, apresados por voluntad propia entre las cuatro paredes de sus habitaciones mientras ellas les suben la comida a la puerta y sólo entran allí para limpiar, acaso intentando cada vez más débilmente que el joven abandone su aislamiento, hasta que al cabo se retraen y se resignan con estoicismo oriental ante la férrea elección de sus varones. ¡Pero yo no soy una madre japonesa!, exclama Lola en voz alta mientras coge el bolso, se pone la gabardina y evita su imagen en el espejo del mueble aparatoso del recibidor, mueble regalado por su suegra, que nunca le ha gustado y venderá cualquier día. ¡Yo soy una madre española y no quiero un puto *hikikomori* en mi casa! ¿Te enteras?, dice gritando, para que Lorenzo la escuche, y se dispone a salir.

Suena el teléfono fijo cuando ella ya está abriendo la puerta de la calle. La voz de una mujer joven solicita su colaboración para una encuesta. Serán solamente unas cuantas preguntas, se trata de un estudio de mercado. La voz de la muchacha le recuerda la de Inés —voz de cantante de *soul*, dice su padre—, y sólo por eso decide atenderla. Después de algunas cuestiones sobre gustos

personales, frecuencia de gastos en libros, ropa, discos o viajes y casi todo aquello en que se pueda gastar dinero, la chica va mencionando una lista cerrada de categorías que contiene lo que algún cerebro lumbreras ha considerado como las prioridades en la vida de toda persona encuestada, pide que las valore en una escala de 0 a 5 y la cosa queda así, de mayor a menor: familia, trabajo, salud, amor y sexo.

Cuando cuelga el teléfono, Lola mete en el bolso las llaves de la casa y sale a la calle sin despedirse de Lorenzo.

Los semáforos se abren y se cierran a su paso con más lentitud que nunca. En la radio del coche suena la voz de Tina Turner. Lola va pensando en la mezcla de asuntos que le ha planteado la encuestadora y en la puntuación que ha dado a cada asunto, repasándolos como si fueran los resultados de un partido de fútbol.

Familia cinco - Sexo uno

Trabajo cuatro - Sexo uno

Salud tres - Sexo uno

Amor dos - Sexo uno

No sabe por qué ha dado prioridad al *amor* por encima del sexo. Supuso que la encuestadora se estaba refiriendo al amor romántico, ése cuyo espejismo comercial hace a la gente casarse o comprar cosas. Y a pesar de todo ha puesto esa entelequia por delante del sexo en su orden de prioridades. Amor cero sexo cero familia cero. Tal vez hable de eso ahora, en la terapia. ¿Para qué va allí? Lo preguntó el primer día en voz alta y se lo pregunta ahora en voz baja: para qué viene a terapia, donde a menudo pide que yo imagine que soy una escritora capaz de contar su historia, porque ella misma, dice, me imagina así cuando viene y habla. Como si me estuviera dictando algo que ha de ser escrito, dice.

Tal vez busca certezas. Tiene pocas. No querer convivir nunca más en pareja es una de sus escasas certezas. Dormir sola por las noches, lo mejor que le ha pasado en los últimos años.

No hay como llevar casada mucho tiempo, y desde muy joven, para valorar el placer de dormir sola cada noche, piensa Lola.

We don't need another hero, le responde Tina Turner desde la radio del coche.

6

Te diste cuenta desde el principio de cómo en las comidas de abogados —a las que seguías acudiendo, cada vez con menos frecuencia— podía pasar cualquier cosa sorprendente para ti, *normal* para el resto. Cualquier día, por ejemplo, alguien podría preguntarte si *creías* en el *sexo sin amor*, tras haberse afirmado que nunca las mujeres, solamente los hombres...

Se iba a celebrar el 25 aniversario del bufete, junto con algunos éxitos, clientes nuevos y *acuerdos* que habían dejado mucho dinero. Me gustaría que vinieras a esto conmigo, Lola, hace mucho que no me acompañas, había insistido Rodrigo cariñosamente dos noches antes, cogiéndote por la cintura y pegándose a tu culo mientras metías platos en el lavavajillas, después de haber cenado los cuatro juntos en una armonía que ya era poco habitual. Hubo risas en esa cena donde Rodrigo bromeó con Lorenzo tanto como con Inés. Eso te hacía mucho más feliz que los dineros del bufete. Respondiste: Vale, iré, pero no me voy a comprar un vestido para la ocasión, así que seré la única que no vaya vistiendo moda de temporada, te lo advierto. En esas condiciones epidérmicas parecía concentrarse toda tu rebeldía. Sólo espero que sepas qué ponerte, dijo Rodrigo riendo; mejor si abandonas un rato tu desaliño indumentario de escritora, que tiene su encanto, pero no allí.

Acudís pues a La Bota, el mismo restaurante del banquete de boda, propiedad de un socio del abogado padre, donde han hecho la reserva, a comer y a beber con socios y clientes, sus cónyuges respectivos y alguna secretaria o concejala que lo mirará arrobada. Rodrigo las arroba. Si vengo es porque quiero, te has dicho antes de entrar. Efluvios de perfumes franceses anticipan a la entrada lo que va a suceder. Participarás de esa mariscada donde va a correr el vino, y cuanto más corra el vino más correrán luego las conversaciones de la sobremesa por cauces trillados, todos los comensales ya bastante borrachos, traspasando la línea formal que separa una comida de abogados de una *botellona* de alumnado de instituto en fin de curso, moviendo ahora los hielos en las copas después del café y el dulce, dispuesto alegremente cada miembro del grupo a declararse no racista después de hacer un chiste racista y no machista después de lanzar cualquier chiste o comentario machista. Te has sentado entre Ramiro, el más veterano y bebedor, de mirada bovina, y Patricia, a la que incluso ellos llaman *pija*. Está bien, no pasa nada, calma, venías ya preparada para eventualidades como ésta. Has tragado ahí sentada mucho marisco y vino, como el resto, unas quince personas, concejala incluida. Ramiro tiene ya la cara encendida y los ojos acuosos, y te ha puesto la mano sobre el muslo derecho lamentando las pocas veces que te dejas ver en esas reuniones. Después ha afirmado en voz baja, sólo para ti, que *aunque hayas tenido hijos* él te ve como el primer día, cuando Rodrigo te presentó. Bueno, pero menos tímida, porque ya has pasado *de niña a mujer*. Te hace un guiño y tararea con aliento de coñac esa canción de Julio Iglesias,

añadiendo que todavía se acuerda de aquel día.

Yo también me acuerdo, como si fuera ayer, venga Ramiro, le has dicho retirando su mano de tu muslo, sin miramientos ni timideces.

Patricia, a tu izquierda, apenas habla contigo sino con las que hay sentadas al otro lado. Ya lo habéis intentado en otras ocasiones haciendo ambas un esfuerzo, pero es inútil, cualquier tema se agota antes de tomar cuerpo, te rindes, carecéis en absoluto de intereses comunes. Ella tiene una *boutique* de ropa en el centro y ha intentado ser amable al principio de la comida, observando qué original es tu manera de vestir. Nunca atenta a las modas, ha dicho fijándose en tus pantalones vaqueros y tu camisa de seda negra, sin agradecer siquiera que sean de marca y vayan acompañados de unas botas de tacón. Después de todo... sencilla y personal. No has contestado a eso más que con una mueca. Cada vez te esfuerzas menos, Lola, y la gente se da cuenta, ¿o crees que no?, te ha reprochado Rodrigo en otras ocasiones. Ahora está presidiendo la mesa que han colocado en forma de U y ocupa todo el reservado del local. Muy atractivo hoy sin corbata, como le han hecho saber todas. A ti también te lo parece. Después de hablar de hoteles, aeropuertos y destinos de los viajes que todo el mundo ha realizado o se dispone a realizar, el tema ha salido de cualquiera de los cerebros que se sientan enfrente, y de un extremo a otro de la mesa ha sido bien acogido, sobrevolando las conversaciones aquí y allá, provocando carcajadas, decayendo por momentos y vuelto a retomar. Cuando te quitabas del muslo la mano de Ramiro, has escuchado afirmar ya a todas las mujeres de la mesa, y con gran énfasis a la secretaria que se tira a Rodrigo, que *por supuesto que no creen* en el sexo sin amor, algo que califican ellas como *vacío, hueco*. Inconsistente, o tal *vezinconsciente*, dice Patricia a tu lado, y casi te dan ganas de aplaudir. Ramiro entonces ha preguntado: Y tú Lola qué dices, que estás muy calladita.

Y tú dices que sí.

Yo sí, dices.

Cuando te miren incluso quienes no estaban pendientes de tu respuesta a esa pregunta absurda, todavía no adornarás el *Sí* con un razonamiento, no les darás la triste convención de una risa con la que consolarse, haciendo ver que es broma lo que has dicho. ¡Coño, Rodrigo, vas a tener que atar en corto a tu mujer!, se oye exclamar a uno de los socios. Tampoco añadirás que al fin y al cabo es ahora, de tu vida, lo más gratificante en lo que puedes creer. Dejarás que se asusten. Si no queréis asustaros no preguntéis idioteces, pensarás desafiando a Rodrigo con la mirada, mientras él sigue sonriendo por fuera pero ha dejado ya de sonreír por dentro. Y dirás en voz alta, dirigiéndote a todas: ¡Estáis preguntando si creemos en el sexo sin amor, no si lo practicamos! ¿Es que creéis que no existe el sexo sin amor?

Luego sí sonreirás entre las otras risas. Volverás a mirarlo. Pedirás otra copa.

Nunca adivinarás por dónde va a llegar aquello que no has buscado ni esperas. Sabes ya que no cuesta un gran esfuerzo mantener a raya el instinto: llevas ejercitándote en esa contención desde que torciste por el camino del matrimonio, al fondo a la derecha. Habías dejado de contemplar la posibilidad de otras bifurcaciones, no era difícil ignorarlas recogida en la madriguera familiar, animal obediente, una vez y otra vez. Pero qué poco cuesta derribar esos muros y cómo el tiempo a veces va haciendo su trabajo, cancela resistencias. Sucede que conoces a alguien por un motivo ajeno a lo que ha de llegar, trabajo, vida exterior, universidad o supermercado, parque o concierto. Comienzas a prestar atención a señales que lanza, acaso sin saberlo, esa persona que ha aparecido, como dicen otras, *por casualidad*, atención a qué dice o a cómo gestiona los silencios. Y es entonces. Dependiendo del peso que éstos tengan, imaginas quizá con qué clase de estruendos

podría caer ese muro. Caerá con un estrépito, aunque se deje guiar desde la lentitud la destrucción que esperas. Cuando la espera empieza a acomodarse en tus cuatro paredes, en el tiempo blindado que tenías, fuera de los espacios de la casualidad, ya ha empezado a caer. Sientes el rumor sordo de lo que se aproxima y va a llegar muy pronto. Lo escuchas en penumbra o a plena luz del día, fijado el pensamiento en quien ahora está ausente. Ese tiempo de espera. Renunciar a otros cuerpos suele ser comprendido como señal que indica que eres civilizada. O es la prueba terrible de estar asilvestrándote, ciega, muda, hasta sorda, prefiriendo las rutinas fangosas de una unión que elegiste demasiado temprano a las lluvias livianas que han de purificarte.

No es ya un color de ojos como pudo ser antes, al principio de todo. Los signos exteriores dejan de interesarte como te interesaban, la implosión viene dada por aquello invisible, llega sin envoltorios la manera de hablar, de creer o descreer: se ha despojado ya de aquellos trajes. Puedes ver al trasluz de la palabra escogida entre muchas palabras como ves al trasluz del cristal de una copa. Por el cristal se esparcen los caminos vinosos después del primer trago en casa, atrincherada. Fuera: cafeterías bañadas en una luz de invierno, y un hombre que pregunta sobre asuntos que a otros nunca han interesado. Tu mano izquierda juega con los azucarillos mientras él pide saber, que le cuentes aquello. Nada de esto sucede por amistad, como parecería a los ojos de alguien que casualmente mire.

Lola y el hombre están sentados a la luz de la última ventana. Él es un profesor de filología que ha querido conversar con ella sobre sus poemas y cuentos infantiles, eso dijo en el primer email, le interesaba especialmente la saga de *Valentina*, pero también el absurdo de *Planeta Girasol*. Explicó que fue la editora quien le facilitó la dirección de su correo electrónico, que estaba haciendo un trabajo de investigación sobre literatura infantil y le interesaba el tratamiento de la dislexia en los cuentos de Valentina. Al principio la propuesta disgustó a Lola. Lo primero que hizo fue llamar a Gloria, enfadada por no haberla avisado. Ya había hablado de *Valentina*, una saga que se empeñó en lanzar bajo seudónimo hasta que, nueve libros y algunas ediciones más tarde, Gloria la convenciera para que abandonara el anonimato. Ya es hora de conceder alguna entrevista, Lola, hay curiosidad, los libros se venden mucho, tienes que ceder en esto. Lo único bueno de ceder en eso habían sido algunos encuentros con niñas y niños en colegios, con adolescentes en institutos. Pero contestar a preguntas de periodistas sobre cómo y por qué se escribe, qué se quiere transmitir, qué se pretende... ¿Qué quería ella contestar a eso? ¡Nada! ¿Qué aportaba al cuento ya publicado tener que explicarlo, cuando el cuento estaba ahí explicándose a sí mismo? Ella sólo había empezado a contar y a dibujar para Inés, había seguido contando y dibujando para Lorenzo, y esos dibujos y juegos de palabras habían cristalizado en cuentos de papel. Sentía que *Valentina* había nacido sola, sin esfuerzo ni mérito por su parte, y tuvo la suerte de ser bien acogida. Eso era todo. ¿A quién podría importarle lo que ella hubiera leído, por qué tenía que contestar preguntas como cuáles eran sus influencias? ¿Quién puede saber eso, qué nos ha influido exactamente para escribir así y no de otra manera? Le parecía además que las lecturas propias son como sudores, risas y lágrimas privadas. De niña, cuando no quería salir a jugar con las otras, su madre le decía que se iba a *poner tonta* de tanto leer. Debía de tener veinte años cuando el marido y la madre estuvieron un buen rato haciendo bromas hirientes sobre su afición a la lectura, durante una cena. Se había pasado la tarde cocinando para ellos. Fue en esa ocasión cuando su madre le dijo que no le gustaba que ella escribiera. Estás con la cabeza en las nubes y eso no es bueno cuando tienes que cuidar de un bebé, así que déjate de tantas tonterías. Aquello le dolió. Ahora considera una suerte no haber dado apenas entrevistas, que los periodistas no se

hayan detenido demasiado en ella. *Valentina* seguiría caminando sola, no necesitaba que nadie la empujase.

Sin embargo aquí está, en el café de invierno, a pesar de haber contestado a aquel primer email con muchas precauciones tras discutir con Gloria y haber pedido detalles sobre la investigación de aquel profesor extraño que venía a pedirle eso. Después de haber advertido ella que la palabra dislexia no se menciona en sus cuentos, el profesor contestó que sin embargo se intuía, dijo que conocía bien esos cuentos, admiraba la fuerza de la loca y absurda *Valentina*. Le gustó *loca y absurda* mucho más que *dislexia*, y accedió a dejarse entrevistar. Él dijo: Cuando usted quiera, como a usted le venga bien. Ahora ya están aquí, pasando por encima de influencias literarias, más bien siguiendo juntos el rastro de una niña a quien, como a *Valentina*, empujaron a entrar en lo que más amaba, escribir en papel, no de cualquier manera: justo de la manera que le era más difícil. Habla Lola. Te entra con sangre, y más tarde escribirás con sangre. O tal vez haya sido: Te entrará con sangre para que más tarde escribas con sangre. Los párpados del hombre, más joven de lo esperado, al que ella ha pedido que elimine el *usted*, pestañean lentamente detrás de sus gafas, acompañando el tiempo tranquilo de la escucha. Ha confesado pronto que es zurda contrariada, por qué lo ha hecho, no pensará en ello hasta mucho después. Ha sido el primer paso para una inexplicable, rápida cercanía, la mano masculina que mueve diestra y lenta el café con azúcar mientras ella vomita nuevas nubes calientes. Él va a preguntar más. A veces se suceden los silencios como si ya se hubieran compartido intimidades que no han llegado aún. Algo está comenzando antes de comenzar.

Y al final: Te habrán dicho ya que te pareces a Ingrid Bergman.

No soy yo, es mi madre. Otro día te lo cuento.

Dicen que te pareces a tu madre, pero nunca te has peinado igual que Ingrid Bergman en *Casablanca*, como ha hecho ella de joven, y sabes que llegarás a tu propia sonata de otoño más gorda que tu madre y que Ingrid Bergman.

Ese muro, que parece lejano todavía, va a caer en un hotel, aquella misma noche, después de preparar una tortilla de espinacas para Inés y Lorenzo, recibir otra llamada del profesor que insiste y llamar a la cuidadora sin previo aviso. Por favor, Aurora, me ha surgido un encuentro con unos periodistas que están de visita y creo que pasaré la noche fuera, en casa de Gloria, te agradeceré que hagas el esfuerzo, mejor si puede ser a las ocho y media... No he podido avisarte antes, lo siento... Gracias, gracias Aurora.

Un encuentro, en realidad, con un solo profesor es lo que te ha surgido. Baños de niña y niño, ducha, cambio de ropa, algo de maquillaje, Lorenzo anda y se mete debajo de los muebles, Inés quiere ponerse el disfraz de princesa que le trajo su padre del último viaje. Te llevas meses yendo como una autómatas de casa al trabajo y del trabajo a casa, los fines de semana viajas como una autómatas, Rodrigo es una losa que está hoy durmiendo lejos, qué alivio empieza a ser que esté durmiendo lejos. Cuanto más lejos él, tú más te creces. Vas por tanto a la cena con ese profesor con el que has navegado por tus meandros de zurda contrariada aquella misma tarde, habiendo permitido que use una grabadora. Te pidió algunas fechas, le dijiste tu edad, preguntaste la suya, pregunta inconveniente que ha quedado grabada, es seis años más joven, vestía jersey azul, vaqueros desgastados, parecía sentirse cómodo en su moderado sobrepeso, lo que ayudó a que tú te sintieras más cómoda en el tuyo frente a la barba oscura, el pelo negro, la vitalidad. La curiosidad. Te va a asombrar ahora no estar en la antesala de la culpa sino más bien corriendo hacia alguien que te espera. Se interesa por ti, consigue un espacio propio, ajeno al de las miradas

desentendidas, domésticas. Rodrigo apenas ha leído la mitad de lo escrito. Lo prefieres así, que todo sea para él una más de tus rarezas. Y ahora un desconocido que quiere comprender a base de leerte. Ese interés diluye timideces, despierta vanidades que te hacen cosquillas interiores. Vámonos a mi hotel y me sigues contando. Comienza pronto así a derrumbarse el muro, tras la cena. Todavía estás a tiempo de escapar, si no fuera porque la ropa que has tardado media hora en elegir ha dejado de importarte, destinada ya a caer antes de lo que esperabas, descubriéndote sola, mostrándote sin filtros, no madre de alguien, no hija y tampoco esposa ahora de alguien.

Has hecho caer los muros con estruendo ante ti, derrumbarse paredes que te parecían sólidas, y aquello no ha llegado con señales previstas ahí fuera por los otros. No fue buscado y luego no fue convencional. Esta mujer casada elige sus rodeos por senderos inhóspitos, sacar los pies del plato es abrir las compuertas de muchas cafeteras, romper tiempos cerrados al vacío, sentir violentamente la implosión bajo el peso de aquello que sucede ahora que saboreas el vino en otra boca: puertas y piernas se abren y se cierran lejos de tus cuatro paredes, luego un adiós sin lástima, otro café quizá, salir sabiendo que seguirás escribiendo con un impulso nuevo y te sentirás limpia cuando llegues a casa, desatascados por una temporada los canales oxidados de la rutina.

Y luego un gilipollas te pregunta que si crees en el sexo sin amor.

Pues claro que crees en el sexo sin amor.

7

¿Dislexia? No creo, no lo sé, mi padre era médico y no recuerdo que me detectase nada parecido.

En este punto de la grabación, la entrevistada, *Liuva*, es decir Lola, lleva ya un rato hablando como si quisiera acabar pronto pero a la vez necesitara contar aquello. Antes ha confesado que está haciendo terapia y que solamente con su terapeuta ha hablado de esto, porque es un asunto que no suele importar a nadie más. A mí me importa y ella lo sabe ya, ahí. Me importó entonces y me ha seguido importando, como para haber escuchado esta entrevista más veces de las necesarias.

Al principio opuso resistencia a dejarse entrevistar. Me hicieron falta algunos emails. Cuando por fin nos citamos, me di cuenta de que no estaba acostumbrada a hablar de su obra publicada, no le gustaba hacerlo, quizá no la valoraba lo suficiente.

Una vez realizadas las transcripciones, terminado y publicado ya el estudio, he regresado al material recogido en el trabajo de campo, algo que no suelo hacer, solamente para oír el timbre de su voz, a ratos pausada, a ratos vehemente, frente a la mía que interrogaba, esa primera vez, en el café. Yo no podía saber por qué sus ojos, a veces todo el cuerpo, desprendían una sensación de orfandad que parecía desarmarla.

La mayor dificultad que tuve fue con la ese y con la zeta. Yo me recuerdo sola, en el despacho de mi padre cuando él estaba de guardia en el hospital, escribiendo palabras con ese y con zeta. Ya había dominado la mano derecha, pero esas dos letras se pisaban en los dictados de la escuela, me salían del revés y hacían que me sintiera muy torpe. En lugar de *seta* ponía *zeta*, en lugar de *zapato* ponía *sapato*, y escribía *caza* en vez de *casa*. ¿Qué hice? Ser tozuda y constante, ponerme mis propios deberes, repetir una y otra vez sobre el papel palabras que contuvieran alguna de esas dos letras, *cazar cazar cazar, asustar asustar asustar, asiento asiento, zumo zumo zumo zumo, trozo trozo*. Mi caligrafía cada vez era mejor, llegó a ser mucho mejor que cuando escribía de corrido con la mano izquierda. Este callo que tengo en el dedo corazón de la mano derecha comenzó a formarse ahí, cuando me esmeraba en coger bien el lápiz y lo apretaba más de la cuenta, como si el lápiz quisiera abandonarme y yo intentara dominarlo para que no huyera, para que me ayudara a ser una niña normal, para que volviera la paz a mi casa.

Respeto su silencio, no pregunto ahora, me limito a cruzar y descruzar los brazos, asegurándome de que la grabadora, que me ha dado permiso para usar, lo recoge todo.

Mi madre cambió a mejor cuando vio que escribía y me tomaba la sopa con la mano derecha. Creo que desde una edad, más o menos los siete años, hasta los dieciséis, hubo una especie de tregua, un período tranquilo entre nosotras gracias a esa renuncia que yo hice. También entre mi

padre y ella. Porque la reacción de mi padre ante las exigencias de las maestras había sido... No sé cómo llamarla... Agresiva, sí, bastante agresiva, incluso violenta, porque al principio él se negó en redondo a que yo cogiera el lápiz con la mano derecha. Quería sacarme de esa escuela, quería llevarme a un colegio mixto de jesuitas que a mi madre le horrorizaba, y ella gritaba, decía que había renunciado a las monjas para complacerlo a él, pero que ese colegio no lo iba a consentir para una de sus hijas de ninguna manera, aunque fueran curas, le daba igual, eran curas comunistas, ¡pues claro que allí escribían con la mano que les diera la gana, si aquello era un *sindiós*! Niños y niñas juntos, métodos raros que tenían mala fama en su círculo de amistades, ¡curas comunistas, curas comunistas! Y mi padre empezó a hablarle como nunca le había hablado, la llamaba ignorante, se iba de casa dando portazos, se quedaba a dormir en el hospital, perdía la paciencia. Yo me sentía culpable por verlos así de mal a causa de mi zurdera, era... Era como si cada cual estuviera tirando de uno de mis dos brazos, de mis manos, uno de la izquierda hacia la izquierda, la otra de la derecha hacia la derecha, dos fuerzas contrarias tirando de mí hacia lados contrarios. Sentía un dolor casi físico, como si estuvieran a punto de desmembrarme, ¿sabes? Y empecé a pedirle a mi padre que me dejara escribir con la mano derecha.

Esta vez pregunto, para recuperarla de un silencio más largo de lo habitual, que a qué edad entró en la escuela.

Pues al final entré en la escuela poco antes de cumplir seis años, sí. En el 69. En eso prevaleció la opinión de mi padre. O sea, que cuando entré en la escuela de niñas yo llevaba ya un año dibujando y escribiendo en casa con la mano izquierda. Las niñas solían aprender allí, en el aula, pero yo entré sabiendo escribir, porque mi padre me había enseñado, como te he dicho antes. Creo que eso tampoco gustó a las maestras. No era solamente que fuera zurda, aunque esto era lo peor. Es que además sabía escribir ya, llegaba con unos conocimientos que me hacían parecer sospechosa de algo. Me repetían allí que mi hermana María del Pilar había aprendido a escribir en la escuela, como todas, y con la mano que hay que usar para escribir. Yo ya sabía por mi madre que María del Pilar hacía las cosas como dios mandaba, y yo no. No era nuevo para mí, así que no me afectaba demasiado. Mi padre estaba ahí para decir, cuando ellas no escuchaban, que yo era más inteligente que María del Pilar. Mi padre me llamaba su *cerebro gris*. Una vez me llevó con él al hospital y me presentó ante una enfermera y un médico como *Mi hija Lola, mi cerebro gris*. Era el único que me llamaba Lola. Las maestras me decían María Dolores. Las amigas de mi madre me llamaban Dolorcitas. Mi madre fue sustituyendo el María Dolores de cuando yo era zurda total por el Dolorcitas de cuando empecé a escribir con la derecha. Era una manera muy suya de mostrarme cariño, de agradecer el esfuerzo. En la adolescencia, después de la tregua, volvió al María Dolores, y hasta hoy. Nunca me ha llamado Lola, mi madre.

A veces la escritora guarda hasta un minuto de silencio. Para hacerla hablar, si veo que se alarga mucho sin decir, es suficiente con preguntas cortas.

¿Fue difícil?

Al principio fue difícil, sí. Porque en mi casa yo había tenido la defensa de mi padre para seguir escribiendo con la mano izquierda, pero en la escuela no tenía defensa alguna, sentía una indefensión grande. Empezaron con palmetazos, ya sabes, extiende la mano, niña, y si no la extendías la maestra te la agarraba y ¡zas!, mano izquierda caliente, mano derecha fresquita y lápiz colocado por ella en la mano derecha. El método pedagógico era así de simple, no creas que se complicaban con mayores sutilezas —aquí se ríe, nos reímos—. Y lloraba, claro, pero luego me calmaba y podía quedarme ya durante toda esa mañana con el lápiz en la derecha, haciendo

garabatos en el cuaderno. Yo me distraía mucho, más bien me abstraía en medio de las clases, me quedaba mirando las manos y los pies del cristo clavados al crucifijo, y no atendía las explicaciones de la maestra. Después, en mi casa, leía muchos cuentos y apenas tenía amigas, ni salía a jugar a la calle con María del Pilar. Pero yo regresaba a la escuela, cada día, conforme con mi mundo, porque a lo mejor había pasado la tarde anterior en el río, o el domingo habíamos ido al cine con mi padre, y veía en la televisión películas con las que después soñaba, me acuerdo de algunas actrices, Ana Belén, Marisol, y de que lloré con *Doctor Zhivago* sin comprenderla bien. Me acuerdo de *Piel de Asno*. No sé si conoces esa película. Cuando salimos del cine me preguntó mi padre por qué había llorado tanto, y no supe responder. Estaba deslumbrada y a la vez perturbada todavía ante la idea de que un padre, el rey, quisiera casarse con su hija, la princesa, de la negativa de ésta, que la condena a una vida miserable, del sacrificio del pobre asno, al fin y al cabo inútil. No me afectó casi nada el final feliz. Toda la película irradiaba una luz azulada y misteriosa, que ayudó a situar mis sueños en esa atmósfera durante muchas noches. El día en que cumplí siete años mi padre me regaló el cuento de Charles Perrault con ilustraciones. Volvía a sentir esa perturbación cada vez que leía *Piel de asno*, pero nada era comparable a la música, los colores y la belleza de la princesa, interpretada por Catherine Deneuve, que me habían deslumbrado en la película. Fue como un fogonazo que me estimuló para empezar a escribir cuentos. Escribí el primer cuento a los ocho o nueve años, con la mano derecha, y se lo regalé a mi padre para agradecerle que me hubiera permitido el cambio de mano. Cuando pienso en esas películas, que solíamos ver en invierno, siempre, no sé por qué, me acuerdo de mañanas de verano caminando con mi padre por la playa.

Asiento con la cabeza y espero a que continúe. He decidido que no voy a ceñirme al guión: daré a la escritora la libertad que parece necesitar para desvelarse. *Piel de Asno*. Conozco el cuento, pero desconocía la película. Me gusta lo que sucede en sus ojos al nombrarla. Puede que ella me esté confundiendo con su terapeuta. Entonces, de acuerdo: seré su terapeuta.

Así que yo me despertaba pensando en eso, durante el desayuno le contaba la película de *Piel de Asno* o cualquier otra a mi tata Adela, tomándome el *colacao* en la mesa de la cocina, y después ella nos llevaba a mi hermana y a mí a la escuela de niñas, donde rezaba yo con las demás el padrenuestro, hasta que tomaba posesión de mi pupitre, sacaba mi estuche nuevo y mi cuaderno, que me hacían bastante feliz, y antes de darme cuenta ya estaba otra vez cogiendo el lápiz con la izquierda.

O sea, que se te olvidaba, lo hacías sin darte cuenta.

Sí, sí, claro. Por eso tuvieron que atarme la mano. Eso fue mucho peor que los palmetazos, porque palmetazos nos daban a todas por el motivo que fuera, ya sabes, reírse demasiado, haberse meado encima, llorar sin venir a cuento, tirarnos de los pelos. Pero que te ataran la mano a la silla era más humillante. En aquella clase eso solamente me lo hacían a mí. No recuerdo mayor humillación que ésa en mi infancia, que me ataran la mano izquierda a la silla, o a las patas del pupitre, con una cuerda corta que raspaba y me hacía daño. Ahí creo yo que salía mi orgullo a relucir. Cuando me ataban la mano yo no lloraba, las lágrimas me las tragaba, porque veía reírse a algunas niñas y no estaba dispuesta a dar un espectáculo mayor que ese que me estaban obligando a dar. Era como decir: vale, me han atado la mano y os hace mucha gracia, pero no vais a verme llorar, no vais a verme llorar, cabronas.

Me gusta su risa. Yo también me río. Pido otros dos cafés al camarero sin interrumpir la

grabación.

Hacía tiempo que no me acordaba de todo esto, ¿sabes? Lo borré de mi memoria, aunque me doy cuenta de que sigue ahí bien claro, como si lo acabara de vivir. En cuanto rebusco un poco, como estoy haciendo ahora aquí contigo, o he hecho algunas veces en la terapia, vuelve sin esfuerzo. En fin, creo que ya te he contado todo lo que querías saber, ¿no? Si tienes alguna pregunta más...

Tengo una pregunta más: ¿Te han dicho ya que te pareces a Ingrid Bergman?

Con esta gilipollez mía termina la grabación.

8

Con los ojos todavía hinchados, a pesar de haberse lavado la cara con mucha agua fría, Lola busca las llaves del coche. Lorenzo lleva tres noches sin dormir en casa, y su teléfono móvil está apagado o fuera de cobertura. Ya otras veces se ha quedado por ahí sin avisar, pero no más de dos noches, y ni siquiera con una se siente ella tranquila. Inés está segura de que no ha pasado nada. Cómo puede estar tan segura. Desde casa de Margarita, donde están preparando juntas un examen, ha llamado para saber si el *niñato* había llegado ya y le ha dicho que no se le ocurra salir a buscarlo, que espere a que ella llegue porque juntas decidirán mejor qué hacer: si es preciso llamarán a la policía. La determinación de su hija ha servido para cortar en seco el ataque de llanto. Ya está bien de llorar, parezco una histérica, se ha dicho después de colgar. Llorar es estéril; y a qué conduce, a nada, me he metido en internet con la tele encendida, después he abierto dos libros, primero uno, veinte páginas, luego otro, siete páginas, tengo que actuar, no voy a esperarte, Inés, no voy a quedarme aquí esperando que vengas a tranquilizarme, siempre tú tan segura de lo que debo hacer. Venga, calma, mucha calma y agua fría, puerta y a la calle.

Anochece. No sabe bien a dónde se dirige, va a dar una vuelta, eso es, e intenta imaginar por qué zonas se mueve Lorenzo cuando sale, pero no es que pretenda ir a buscarlo. Lo que ella quiere es encontrarlo, no buscarlo. Ésa es la idea. Mientras conduce va pensando en la secuencia de los acontecimientos desde la otra mañana en comisaría. Ha habido cierta calma en Lorenzo mientras el ojo se curaba, sin intención aparente de querer pisar la calle. Hasta que ellas han sacado el tema de las armas. Poco más de una semana han tardado. ¿Y qué creía él, que ése era un tema menor, por el que su hermana y su madre no iban a atreverse a preguntar? Tiene razón Inés al llamarlo *niñato*, el *niñato* no sabe con quién vive ni quiere enterarse de la fuerza que ellas pueden tener. O a lo mejor sí lo sabe y por eso se va.

Hay gente en la calle. Es viernes. Para qué tanta terapia. Puede que para esto, sí, para dejar de llorar como una tonta y actuar como una madre a punto de cumplir cuarenta años, dar los rodeos que tenga que dar. Si no lo encuentra, entonces volverá a casa. Ya estará Inés, le ha dejado una nota: *Me voy a dar una vuelta con el coche para airearme un poco. Estoy bien, no te preocupes. Luego te llamo. Besos.* Tampoco va a hacer siempre lo que le diga Inés, por muy madura que sea. La madurez de Inés se le hace agotadora. Al final, aunque sea por diferentes caminos, uno y otra la quieren siempre en casa, calladita, inmóvil y acatando sus exigencias hasta la inacción. No busques. No salgas. No llores. No preguntes. ¡No fumes!

Frenazo en un semáforo que ha cambiado a rojo. Se está acercando al centro de la ciudad.

Mientras la gente cruza el paso de peatones, saca de la guantera un CD de música clásica y lo mete en el reproductor. *Variaciones*, eso también podría haberlo escrito mal entonces, aunque la *c* no fuera una de las letras que entraban en conflicto dentro de su pequeño cerebro contrariado, *variaziones, variaciones, variaciones, variaciones, variaciones*, comienza a sonar el piano bajo las manos de Glenn Gould y Lola vuelve a pensar que hay que estar loco para tocar así. Esa música últimamente recuperada del olvido no la tranquiliza, la conduce a un lugar inconcreto de imágenes borrosas, a un punto de tibieza al lado de su padre, que no es calma, se trata de un templado desorden que a pesar de todo la reconforta, ayudándola ahora a respirar profundo, abrir y cerrar los ojos varias veces antes de que se abra el semáforo, destensar las mandíbulas tras una mueca de bostezo. Después acelera el coche con suavidad. De vez en cuando encuentra esa suavidad. Sintiendo más fuerte enfila la avenida para abandonarla en una bocacalle que lleva al centro, y cuando se está demorando por las callejas piensa que todavía es temprano para que Lorenzo ande por allí. Pequeñas tiendas de ropa cara o de cosméticos, muy iluminadas, a punto de cerrar, y mujeres que salen de ellas con bolsas o se detienen frente a los escaparates, le recuerdan que no es la hora de las copas todavía. Mejor salir de allí, retomar la avenida hacia el extrarradio. Él tiene amigos que viven en el extrarradio pobre, se ha ido a buscar esos amigos a la parte opuesta de la ciudad. No le queda ninguno de la infancia, de los niños del Barrio Alto. Cuando ella le pregunta por alguno de los que tuvo en la escuela, solamente consigue muestras de desprecio. El *pringao* ese, y qué coño quieres que haga yo con esa gente, eso quisieras tú, que yo fuera un *pringao* como éstos, como tú y como mi padre.

Poco a poco habría ido rompiendo con los que ahora llama *pringaos*. Parecía como si hubiera salido disparado del grupo, algo le atraería más en otro lugar. De alguna forma tuvo que ser reclutado por gente distinta a la que había conocido hasta entonces, con la promesa de un nuevo orden, que no era en realidad más que un caos diferente, impuesto por consignas y símbolos extremos en los que de algún modo querría verse reflejado. Lo marcial, lo suburbial..., quién sabe. ¿Cómo podía saberlo? Ella, su madre, ni siquiera se dio cuenta. El padre tampoco.

Esos *pringaos* están estudiando o aprendiendo oficios, y tú te crees más chulo y más listo que ellos sin dar palo al agua, juntándote con esa pandilla de vagos que sólo tienen mierda en la cabeza. Todo eso le dijo Lola el martes. Ya sabía que la discusión a cuenta de las armas iba a ser fuerte. Inés y ella se mantuvieron firmes, querían saber, preguntaron juntas. Lorenzo se vio obligado a cambiar su actitud indolente por otra más agresiva, aunque dio explicaciones que Lola creyó, asegurando que las armas no eran suyas, que las trajo el *Loco* y él no tenía ni puta idea de dónde las había sacado. Intentó salir del salón más de una vez, irse como hace siempre que le preguntan cosas incómodas, pero ellas se lo impidieron turnándose en la puerta, hasta que Lorenzo retiró con fuerza a Inés agarrándola del brazo, subió corriendo a recoger algo de su habitación y se marchó, dejando abierta la puerta de la calle.

Aquella discusión significó quedarse otra vez con las manos vacías, igual que se ha sentido esta semana, como si no le quedara nada más por ofrecer. Sucedió el martes por la tarde. Ahora comienza la cuarta noche. Las farolas proyectan luz amarilla sobre el asfalto. Lola sigue sin rumbo por la carretera. Cuando han quedado atrás las fachadas señoriales y los comercios, la gran avenida se ensancha en una prolongación de sí misma sin personalidad, escoltada a cada lado por esos bloques altos de latas de sardinas, como dice su madre: *Gente que vive en latas de sardinas, apiñadas, cómo pueden*. Ha olvidado su madre que ella vivió de niña en otra lata de sardinas,

aunque fuera la casita de un pueblo, de donde la sacó el médico joven que apenas se fijó en nada más allá de su belleza. Bueno. A lo mejor por eso se ha afanado tanto en conservarla. Esta certeza parece llegar del exterior y atraviesa el parabrisas como una revelación que casi entenece a Lola. Conforme pasan los años, cada vez que ve a su madre, más sabe valorar Lola que sea tan bella, que sea como era Ingrid Bergman y haya sido como Ingrid Bergman en cada una de sus edades, consiguiendo envejecer igual. El parecido asombroso con esa actriz ha sido mil veces celebrado por la gente y por eso quizá sobrevalorado, conservado por su madre. Tal vez haya sido injusto no valorar ese esfuerzo, después de todo siempre ha disfrutado Lola de la elegancia de su madre, sus maneras, la belleza. Entre María del Pilar y ella han ido regalándole toda la filmografía de Ingrid Bergman: un motivo de unión ha sido ver junto a ellas cualquiera de esas películas. Pueden, pueden, mamá. Hay luces tras las ventanas, hay gente bajo esas luces y la gente vive ahí, claro que pueden, mamá. *Variaciones, variaciones, variaciones.*

Vistos desde fuera, los barrios parecen iguales. No sabe si aventurarse por la desviación que lleva al Barrio Uno o llegar más allá, al Dos o al Tres. Encontrar a Lorenzo en los bajos de cualquiera de los bloques de cualquiera de esos barrios y después decirle qué, hacer qué, alejarse de allí sin que la vea, sabiendo que está vivo, conformarse con eso. Va despacio. Aminora más la marcha decidiendo si virar hacia el Barrio Uno, pero sigue adelante. Pronto llegarán los descampados donde la ciudad termina. Por aquí la gente como ella pasa solamente para entrar o salir de la ciudad. Pasaban su marido y ella con la niña y el niño para hacer escapadas de unos días, las *escapadas*, como decía Rodrigo. Tengo el fin de semana, o tengo un puente, decía, y sólo quería escaparse, se le venía la casa encima. De qué quería escapar éste siempre, se pregunta Lola. Y por qué se plegaba ella, cómo no le extrañaba ese peso constante de la casa sobre el cogote del marido, siempre agotado, el adjetivo preferido de los Gómez-Frías, agotado de reuniones, agotado de viajar por asuntos de trabajo, que no es lo mismo que hacer una escapada en familia después de un día agotador. Sesiones agotadoras con clientes agotadores.

Se gana mucho dinero pero es agotador, decía el hijo.

Es agotador pero se gana mucho dinero, decía el padre con su humor agotante y atronador, predisuesto siempre a esos agotamientos si había pasta de por medio.

Ella llegó a ver al hijo abogado como víctima del padre abogado, dejándose arrastrar a esas escapadas que no le apetecían, después de haber estado yendo y viniendo de casa a la universidad durante la semana, o estudiando en la biblioteca. Aunque tenía a la asistente de los Gómez-Frías para limpiar una vez a la semana, y a Aurora, contratada por horas para ayudarla de vez en cuando con los bebés, no dejaba tampoco de trabajar dentro, tenía que estudiar y escribir, quería quedarse en casa los fines de semana. No le gustaba viajar. Ha tardado años en reconocerlo. ¡No me gusta viajar, no me gusta, joder!, dice ahora en voz muy alta, y luego tararea un momento de las *Variaciones*, animada por este desahogo.

Pero lo que decía débilmente era: Es que tengo examen, Rodrigo, la semana que viene. O: Estoy terminando un cuento que quiero presentar a...

Pues te llevas los apuntes. Pues escribes allí, o sigues cuando volvamos, así sales y te relajas, mujer, zanjaba él, desinteresado siempre de los trabajos de Lola.

Después de nacer Inés y completar el tercer curso a lo largo de dos años, Lola decidió seguir con la carrera hasta licenciarse. Cuando llegó Lorenzo, siguió intentando completar el doctorado. Para qué tanto esfuerzo, si no lo necesitas, si gano yo una pasta, decía él.

Preparar aquellos equipajes de bebés con carritos, pañales y accesorios aparatosos, a veces cunas plegables para llevar a hoteles de costa o de montaña, propiedades de clientes de Rodrigo, o ir a una ciudad grande, Madrid o Barcelona, para visitar los zoos o cualquier parque temático, era para ella lo opuesto a la relajación. Cómo ha odiado los zoos y los parques temáticos, y no le queda uno sin visitar varias veces. Ha llegado a aborrecer las fotos de los cuatro en esos parques. Fotografías de los años vacíos. Le duele pensar en las infancias de Inés y de Lorenzo como sus años vacíos.

Pero qué son unas horas de viaje, Lola. Con este coche nos plantamos cómodamente donde queramos, decía Rodrigo. Yo me ocupo de todo, me encanta conducir, ya lo sabes. Ocuparse de todo lo referente a conducir, quería decir Rodrigo, y solamente de eso. Claro que lo sabía. Un coche nuevo cada cuánto, dos años, tres años como mucho, a cuál más grande y más aparatoso, como este BMW 4 × 4 que le correspondió en la separación y ella está pensando en vender o cambiar por uno más pequeño. Cuando lo veía conducir sus automóviles nuevos le parecía estar dentro de uno de esos anuncios de coches en los que el hombre toma posesión del asiento del conductor ante la mirada del vecindario, despertando su envidia y la de quienes vayan a verlo pasar por delante: se siente poderoso, le gusta conducir, conducir su automóvil es conducir su vida, ella y los niños cantan, o bien duermen y ella sustituye al marido para que él pueda descansar un rato, son una familia guapa, no tienen problemas económicos. Lola y Rodrigo, con Lorenzo e Inés, eran una familia de diseño como las de esos anuncios, iban en sus grandes coches de escapada en escapada, de un agotamiento a otro. Lola se sentía embridada a un coche último modelo, embridada a la ropa de marca, a infinidad de mercancías, pues ni siquiera pudo aprovechar la cuna ni el carrito de Inés para Lorenzo como hubiera querido, asediada por regalos de las dos familias y por compras de su propio marido para el niño, nuevos modelos de cunas y cochecitos y bañeritas que habían salido en esos cuatro años, con colores azules, para que el niño estrene, que no hay necesidad de heredar tantas cosas, mujer, como decían. Por qué no había sido capaz de decir que no, de no recibir aquello con cara de agradecimiento para no parecer un bicho raro, si de todos modos ya lo era a ojos de las dos familias. Para qué evitar conflictos con esas sonrisas falsas, cuando esos regalos le quemaban la cabeza. Qué gesto tan hermoso y tan liberador habría sido negarse. Acelera sin darse cuenta al recordar cuando una de sus cuñadas le dijo que vendiera lo de Inés como algo usado, *para los pobres*. A eso sí se negó. Regaló lo de Inés a Aurora, la estudiante que la ayudaba a cuidar de la niña y más tarde de Lorenzo, cuya hermana tenía dos hijas pequeñas y un marido que había perdido su empleo.

Algunas noches, siendo Lorenzo un bebé, escribía poemas en la casa silenciosa, mientras dormían. Se acuerda de esa necesidad de escribir, que se agudizó cuando Rodrigo comenzó a pasar más noches fuera de casa. Ahora le sorprende haber escrito y roto aquellos poemas tan poco infantiles, recuerda versos desordenados.

Las mercancías comienzan a parecerme inútiles... No tengas tanta prisa...

No tengas tanta prisa. Desacelera. Son las 21:30. Una parada de autobús vacía. Apenas se ven personas por aquí, salvo algunas figuras grises y delgadas, que asoman o se escurren por los márgenes de la carretera con pasos cortos, rápidos. Empieza a llover. Otra parada de autobús vacía. *Mercansías, mercancías, mercanzías*. A la izquierda, luces débiles de un polígono industrial, a la derecha los bloques han cambiado a casas bajas, esa zona de Las Casitas es la de peor fama en la ciudad, no cree ella que Lorenzo se acerque por ahí. En la última glorieta dará la

vuelta, cambiará de dirección y si acaso entrará en las calles del Barrio Uno más pegadas a la ciudad o seguirá hacia el centro, no sabe, lo decidirá sobre la marcha. Tantos años viviendo en la ciudad y nunca ha cruzado esas calles, qué va su hijo a buscar en ellas. Se lo imagina durmiendo en una de esas latas de sardinas, prefiere cualquiera de esas latas a su casa cómoda del otro extremo, en el Barrio Alto, difícil comprender eso, a lo mejor tiene ella que hacer un esfuerzo mayor por comprender. Imagina que tendrán cerca de allí un local lleno de banderas y símbolos donde se reúnen con quienes los hayan reclutado. Cuando llega a la glorieta, la lluvia golpea con fuerza las vallas publicitarias que blindan las naves de los polígonos. Seguro que hay gente detrás con más experiencia que ellos, algunos cerebros más organizados. Y ella pensando siempre en *descerebrados*, olvidando los motivos políticos que tiene que haber detrás. Activa el limpiaparabrisas y da la vuelta para retomar la dirección al centro. Ha leído en alguna parte que los mayores se autoproclaman revolucionarios y antisistema para manipular a los más jóvenes, y éstos se lo creen. La primera parada de autobús está vacía. Ha leído en alguna parte que cuentan con apoyos en el aparato del Estado. En la segunda parada, pasadas ya Las Casitas, hay una mujer sola que se refugia de la lluvia bajo el metacrilato. Está fumando, de pie, y lleva una bolsa de plástico en la otra mano. Parece incómoda porque asoma la cabeza, mira al cielo lluvioso y vuelve a refugiarse. La ha visto hacer dos veces ese gesto y luego subirse la cremallera del anorak corto sin dejar de mirar al coche, que se acerca reduciendo la velocidad. Ahora la mujer hace con la cabeza una señal de reconocimiento, pero Lola sólo la reconoce cuando ya ha dejado atrás la parada de autobús: entonces frena y retrocede lentamente hasta ella, abriendo la puerta del asiento contiguo al suyo.

¡Sube, que te vas a mojar y hace frío! ¡Vamos, te llevo adonde quieras!

La mujer, sin dudarlo, da una última calada al cigarrillo, lo tira antes de subir al coche, se sienta y cierra la puerta, soltando el humo dentro. Bajo el anorak negro lleva el mismo chándal que en la comisaría, pero esta vez calza zapatos deportivos. Lola baja el volumen de las *Variaciones Goldberg*.

Qué pasa. Ya decía yo que este coche me sonaba. La madre del *Loren*, ¿no?, dice la mujer, mientras se pone el cinturón de seguridad y alarga su mano derecha hacia Lola.

Lola le da la mano y se acerca para darle también dos besos de saludo, a los que la otra mujer, desprevenida, responde con cierta brusquedad, que hace que choquen los pómulos de una y otra.

Sí. ¡Estoy... asombrada! No creo mucho en las casualidades, pero qué casualidad ha sido encontrarte aquí, dice, mirando nerviosa a la mujer. Me llamo Lola. Disculpa, el otro día no me presenté. Tú eres...

Maru, la madre del *Loco*. Ya. Como para presentaciones estábamos, ¿no? ¿Y qué hace usted por estos andurriales, con la que está cayendo?

Eso mismo iba a preguntarte yo, dice Lola mientras pone el coche en marcha, qué haces por aquí y sin paraguas. Qué sorpresa verte, de verdad, Maru. ¿Y tu coche?

Es normal, yo estoy en mi lugar; vamos, que paso por aquí casi todos los días. Salgo ahora de un trabajo que tengo en ese polígono, limpiando unas oficinas. El coche me lo están arreglando otra vez, está dando ya las boqueadas. Ojalá tuviera yo un cacharro como éste. Entonces no me iba a ver usted en la parada de Las Casitas.

Es la primera vez que Lola ve reír a Maru. No es una risa que busque compañía. Lola no la acompaña.

No me hables de usted, por favor. ¿O es que quieres que yo también te hable de usted?

Maru responde negando con la cabeza y encogiéndose de hombros.

La verdad es que no sé por qué he llegado aquí, estaba dando vueltas sin tener claro a dónde iba, no te imaginas cuánto me gusta encontrarte, de verdad, Maru. Estas cosas... Siento que si te he encontrado es porque eres la persona a la que yo tenía que encontrar hoy. Esto tiene mucho sentido para mí. Ya veo que conoces a mi hijo. Lo has llamado *Loren*.

Como lo llama el mío. Es un buen chaval su hijo... Tu hijo. Se le respeta. Ojalá mi *Loco* se juntara más con él. El otro día en la comisaría te lo quería decir, pero no me salían las palabras del cuerpo.

Lola no sabe si ese *se le respeta* es algo que deba alegrarla. Le pregunta dónde vive y ella indica que en el Barrio Uno, pero que le vale con que la deje en la primera desviación, al lado de los bloques. No hace falta que te metas en el barrio, que a mí la lluvia no me asusta pero a ti el barrio sí que te puede asustar.

Ríe otra vez Maru mientras Lola sigue conduciendo atenta al exterior, vuelve a reducir la velocidad y mira a ambos lados con la inquietud de quien ha de improvisar una decisión en medio del tráfico y la lluvia.

No, si meterme en el barrio no me importa. Es que se me está ocurriendo... No sé si podrás, o te apetececerá...

Pone el intermitente de la derecha, se aparta del tráfico y para en el arcén, junto a la entrada del barrio que le había indicado Maru. La mira sin soltar el volante todavía. Otra vez no, ahora no, se dice cuando las lágrimas le están subiendo. Maru hace ya un ademán de despedida y se dispone a abrir la puerta pero, cuando ve la cara de Lola, rectifica y se queda mirando al frente, sin hablar. Parece extrañada. Parece cansada. Sus manos sujetan la bolsa de plástico blanco, translúcido, encima de las piernas. En una mirada rápida, Lola adivina cosas que ésta contiene: guantes de goma, un uniforme de trabajo, algunos rollos de papel higiénico, un bote de lejía.

Pensaba que..., logra decir entonces, pero es como si una piedra se le hubiera atascado en la garganta. Maru la mira sin hablar, esperando a que ella diga lo que tenga que decir. Observa que Lola tampoco tiene anillos y también parece cansada, pero no de limpiar oficinas. Es un cansancio de otra clase.

Joder, perdona, lo siento, es que estoy...

Frotándose los ojos, Lola decide que tiene que tragarse esa piedra y seguir hablando, decir cualquier cosa con tal de no echarse a llorar del todo. Maru, qué te parece si vamos a tomar algo juntas. Te invito a cenar por ahí, ¿te apetece?, propone Lola alternando la mirada entre la cara de Maru y sus propias piernas.

Maru abre mucho sus ojos verdes, grandes, maquillados con rímel.

¡A cenar por ahí! A mí nadie me invita a cenar por ahí. ¿Pero tú te has fijado en las pintas que llevo? Y encima tú llorando, ¡vaya dos! Anda ya, mujer, qué cosas se te ocurren.

Por primera vez ríen juntas, Lola con otra lágrima cayendo por la mejilla, que retira con la mano, avergonzada por llorar delante de esa mujer. Saca un paquete de tabaco de la guantera y le ofrece un cigarrillo. Comienzan a fumar. Maru, mi hijo Lorenzo lleva cuatro días y tres noches sin venir a casa. Estoy... preocupada, muy preocupada. Y quemada, ¿sabes? Me harás un gran favor si te vienes a tomar algo conmigo y charlamos un rato. A lo mejor también te viene bien a ti. Yo te llevo y te traigo en este... ¿cómo lo has llamado?

Cacharro, ¡pedazo de cacharro!, responde Maru con una risa corta y un poco escandalosa, su

mirada alternando entre las luces rojas del panel de mandos y los detalles del salpicadero. Después habla, mirando muy seria a Lola. Tú lo que quieres saber es si yo sé algo del Loren. Para eso no hace falta que me invites a cenar. Estás dando rodeos para algo que se puede preguntar con pocas palabras. Mira: a mi casa no ha venido el Loren estos días, y no te creas que viene mucho. Tres o cuatro veces nada más habrá venido tu hijo a mi casa. Te lo digo desde ahora: no lo veo desde el día que te vi a ti.

Lola intenta disimular la sorpresa ante esa repentina situación de familiaridad entre su hijo y ésta que lo llama *Loren*. No suponía siquiera que Lorenzo hubiera ido alguna vez a casa de Maru. Así que va a casa de otras madres, va a las latas de sardinas, y nunca trae amigos a casa, desprecia su casa grande, la desprecia a ella. Lola se siente menguar delante de Maru, que va adquiriendo proporciones monstruosas mientras el *BMW-pedazo-de-cacharro*, que le quedaba grande, le queda ahora pequeño: se agiganta Maru y mengua ella, roza el techo del coche la cabeza de Maru mientras la suya apenas alcanza la altura del volante, al que se aferra tensando unos brazos minúsculos. Avanzan así un trecho todavía, asimétricas, disformes. Necesita cerrar los ojos un momento para dejar que todo recupere su magnitud, haciendo esfuerzos tras los párpados para suavizar las punzadas de celos. Son esos celos los que la han hecho empequeñecer, un sentimiento equivocado que la vuelve monstruosa a ella, no a Maru. Como si de verdad creyera que Lorenzo ha ido a esa casa con idea de cambiarla por otra, como si esa otra madre fuera culpable de las huidas. Carraspea antes de hablar, domeñando su enanismo.

No me ando con rodeos, Maru. Si sólo quisiera preguntarte eso ya te lo habría preguntado, ¿no? Anda, déjate de rollos y vamos a tomar una cervecita por ahí, y comemos algo, que seguro que las dos llevamos horas sin comer.

Maru lanza una risa corta y accede, dice que en realidad no pasa nada si llega un rato más tarde. Que se las avíen sin ella, pero tiene que avisar.

Mientras Lola saca el coche del arcén, Maru saca el teléfono móvil de su bolsillo y hace una llamada. Soy yo, que hoy tengo más tarea y voy a llegar más tarde... Sí... Bueno, pues haceros unas salchichas... Vale, vale.

Después guarda el teléfono en el bolsillo del anorak, busca dentro de la bolsa translúcida un cepillo, una pinza para el pelo y una barra de labios, abre el espejo del parasol que hay frente a ella y, cuando éste se ilumina, comienza a recogerse el cabello y a pintarse la boca con cuidado, mientras el coche se aleja en dirección al centro.

9

Me esfuerzo por comprender. Es uno de los verbos que ronda por mi cabeza a todas horas. Y cómo se hace eso. Para intentar comprender y que me comprendiera, me fumé un porro delante de mi hijo cuando él tenía catorce años. ¿Hice bien? Quién podría responder con absoluta seguridad a esta pregunta. Pedagogas, psicólogas, terapeutas, psiquiatras. No hay respuesta absoluta para esta pregunta.

Una noche de sábado entré en su habitación dispuesta a no tener la misma discusión de todos los sábados, que no has ordenado ni has puesto tus sábanas en la lavadora, que te has pasado el día sin hacer nada y no has comido con nosotras, ni te he visto estudiar. En esa época él apenas salía y yo estaba preocupada porque se relacionaba poco con gente de su edad, salvo en el instituto. Todavía no se había rapado, al revés, tenía el pelo más largo de lo normal. Lo *normal* es otra cosa que siempre estamos poniendo sobre el tapete en esta familia, pero yo, empeñada en no emitir ni recibir juicios morales, siempre he dicho, sobre todo he tenido que explicarlo en muchas ocasiones a mi madre y a mi marido, que lo normal no es que sea mejor ni peor, sólo es lo habitual. Así ya me defendía mi padre a mí por lo de la zurdera, y desde entonces ese argumento ha acompañado mi recorrido en zigzag por la línea de la norma.

Que te atasen la mano a la silla o a la pata del pupitre, era normal. Nos lo hacían a las niñas y niños que escribíamos con la mano izquierda. Eso no significa que fuera un buen método de aprendizaje. Cuántas veces le habré repetido a mi madre estas cosas. Rodrigo no veía normal que yo me esforzara tanto por terminar los estudios, por escribir, por publicar y más tarde trabajar en la editorial con Gloria, si con lo que él ganaba era más que suficiente. Me empujaba a relacionarme con las esposas de los otros abogados. Hice algunos intentos, pero pronto vi que teníamos poco en común, salvo ser esposas de abogados. Muchas de ellas gastaban grandes cantidades de dinero y energía en comprar ropa, calzado, muebles, electrodomésticos. Me instaban a ir con ellas, secundarlas en eso de las compras parecía ser una especie de rito iniciático que facilitaría que el grupo me admitiera. Pero si nunca me gustó ir de compras y ni siquiera iba con mi madre y mi hermana, de ningún modo estaba dispuesta a hacerlo con aquellas mujeres. La idea me horrorizaba. Al principio puse excusas tímidas, después tuve que explicar que no me gustaba ir de compras, hasta que dejaron de pedírmelo. No me sorprendía su estilo de vida, tan parecido al de mi madre, aunque algunas habían estudiado también y otras, las menos, trabajaban. Él quería que yo entrase en ese círculo de amistades cerrado y corporativo, como el que había tenido mi madre. Me resistí, alejándome cada vez más de esa normalidad que esperaban.

Lo normal no es lo mejor, es sólo lo más frecuente. Y sin embargo más de una vez le he

gritado a mi hijo: ¿Es que no te das cuenta de que no eres una persona normal?

O lo he llamado *anormal* en medio de una bronca.

Ese día yo estaba desesperada pensando en las malas notas de Lorenzo y las quejas de su tutora porque faltaba a clase o iba pero no estaba allí, estaba en otro sitio, decía ella. Eran los días de la separación definitiva, dados ya los pasos legales por mi parte, libradas las batallas más cruciales contra las resistencias que todavía seguían oponiendo nuestras familias, tomada en firme la decisión. Rodrigo había intentado que siguiéramos juntos, a pesar de que en los dos últimos años él hubiera consolidado una relación con otra mujer que, según dijo, me valoraba. Ella te valora, Lola, de verdad, incluso conoce tus cuentos. Intentó que yo aceptara aquello porque la concejala había leído mis cuentos. Sería una especie de *acuerdo entre tres*, dijo. Es decir, poder salir y entrar de casa a su antojo, lo que ya hacía, pero sin que yo pusiera malas caras. Ni recordaba siquiera por qué ponía en realidad esas malas caras, pues más que celos sentía un hastío pesado recorriéndome cada vez que lo veía a él. Lo de la concejala tenía mucho más sentido para Rodrigo que seguir con una mujer hastiada, entonces qué significaba eso del acuerdo entre tres. Los dos sabíamos que acuerdos parecidos sucedían en nuestro entorno, así que no habría sido el primero ni el último, si yo hubiera aceptado.

Ante aquella perspectiva, *ruptura* sonaba bien: romper, terminar, cortar, eran soplos de aire que con ser convocados en voz alta, en voz baja, caminando por la calle, andando por los pasillos o delante de un espejo, venían a socorrerme de las largas asfixias. Él, sin embargo, dispuesto a tratar el matrimonio como una mercancía más, había estado en casa la tarde anterior, se había llevado ya casi todas sus cosas y se le había ocurrido otra brillante idea: quería llevarse a Inés y dejarme a mí a Lorenzo, como si Inés y Lorenzo fueran bienes gananciales.

Irse a dónde contigo, empezaba yo a decir contra mi voluntad, torrencialmente, a ese piso donde llevas a *tus* mujeres, a ese picadero que tienes desde hace años, ahí quieres que viva la niña contigo. No lo voy a consentir. Vete y déjanos en paz, yo no voy a frenarte, sólo quiero que no jodas más a esta familia.

Muchas veces he intentado ser menos espontánea y brusca, capaz de esa contención y esas formas educadas que algunas parecen llevar grabadas en el ADN, pase lo que pase.

No son varias mujeres, ahora es una sola mujer, dijo él. Y la niña no es una niña, tiene diecisiete años, Lola.

¡Me da igual las que sean, me da igual la que sea, como sigas por ahí te voy a llevar a juicio! Pero vale, antes que nada, pregúntale a Inés. Yo sé lo que va a decirte.

Rodrigo persistió, sin la convicción de otras veces. Llevado por una rabia quizás involuntaria, lanzó algunas amenazas: *te voy a dejar sin nada, no te mereces nada*. Yo misma me daba cuenta de que no era eso lo que él quería decir.

Ya había tenido arrebatos parecidos en otras ocasiones, cuando descubrió mi encuentro luminoso con otro hombre, por ejemplo. O cuando, en medio de alguna discusión fuerte, yo me mostraba indiferente con él y valoraba en voz alta lo conseguido a lo largo de los años vacíos, criar a Inés y a Lorenzo, intentar el doctorado casi en contra de su voluntad, haber publicado algunos libros desde los veintitrés años. Una lista de logros corta pero valiosa para mí.

Tú no vas a dejarme sin nada ni vas a llevarte a Inés —respondí con la serenidad que a él le faltaba en ese momento—, porque ella no querrá ir y soy capaz de montar un escándalo que no va a gustar un pelo a tu familia ni a vuestra maldita buena reputación. Te lo advierto.

Ya no era yo aquella de los años vacíos, esforzada en que no estallase la olla a presión de esa pareja que había dejado de serlo. Cuándo y cómo exactamente dejamos de ser una pareja daba igual ahora. Diecisiete años de matrimonio con ese hombre que se había convertido en un extraño, si es que alguna vez había dejado de serlo —yo sabía que había dejado de serlo, pero quería olvidar a toda costa la verdad de una convivencia que tuvo, era cierto, etapas felices—, me parecían más que suficientes. Después del tiempo que perdí llorando, ya estaba bien. Muchas veces lloré o creí que lloraba por la niña y el niño, por no haber sido yo capaz de construir o mantener para ellos un hogar *normal*. Más tarde empecé a llorar por mí, a saber que lloraba por mí, y ahí quizás empecé a comprender que necesitaba llevar otra vida, sola, fuera de una pareja.

Mi frase de esos días era *Ya está bien*. Ése era mi motor, más simple y más potente que cualquier método de análisis. Ya está bien, ya está bien, hasta aquí hemos llegado. No había más. Sólo cabía mantenerse firme y llevar el *yaestá bien* a su última consecuencia. Ni la cocaína del padre ni los canutos del hijo iban a poder conmigo.

Yo he fumado canutos con tu padre al principio, Lorenzo, y con otros amigos que tuve antes. No mucho, alguna vez, en fiestas. Todo el mundo fumaba un poco, pero luego seguíamos con nuestras vidas, estudiando, trabajando. Y no habíamos empezado tan pronto, sino con dieciocho años o más. Catorce años es demasiado pronto. Tu coco se está formando, ¿sabes?

Le hablaba con suavidad mientras me fumaba el porro ese sábado en su habitación. Había subido a llevarle la cena. Él estaba viendo fútbol en la tele y maldijo otra vez el haber permitido que Rodrigo llenase la casa de televisores.

Como entré sin llamar y a Lorenzo se le había olvidado cerrar la puerta desde dentro, tuvo que apagar con prisas el canuto casi entero y metió el cenicero debajo de la cama, mirándome. Supongo que esperaba una bronca, porque el olor del humo lo delataba. Pero yo puse la bandeja con la tortilla de patatas encima de la mesa e inmediatamente me agaché y cogí el cenicero con el porro caliente todavía, sentándome encima de la cama con fingida frialdad, aunque hirviera por dentro. Lorenzo, de pie frente a mí, parecía no saber dónde mirar ni qué hacer con los brazos.

Vamos a ver qué tienes por aquí, qué has estado fumando, dije cogiendo su mechero y encendiendo el porro sin pensarlo dos veces. Él empezó a lanzar exclamaciones: ¡Pero, mamá, qué haces!, ¡deja eso!

Come y calla, anda. Siéntate, no te pongas nervioso. ¿No sabes que estas cosas no se fuman a solas? Hay que compartirlas.

Lorenzo permaneció de pie, mirándome con los ojos muy abiertos. Di dos caladas profundas que me marearon un poco y me hicieron toser fuerte. Cerré y abrí los ojos varias veces entre la nube de humo, mientras las sienas empezaban a latirme. Ah, ya me acuerdo de por qué dejé de fumar esta porquería, dije con lentitud, dando una tercera calada que amenazaba con bajarme de golpe la tensión. Por eso mismo: porque es una porquería. Pero estoy dispuesta a hacer una cosa: si tú sigues fumando yo volveré a fumar, y me vas a ver colocada y con los ojos rojos como los tienes tú ahora. Le alargué el canuto por si quería fumar conmigo, pero él se negó, desconcertado. ¿Y te va a gustar eso, ver a mamá colocada? Anda, ven.

Lorenzo se acercó y se sentó a mi lado, con la cabeza gacha. Volví a verlo de niño. Terco y un poco arisco, como ha sido siempre, se pegaba a mis piernas y daba pocas alegrías al padre. Los regalos costosos que éste a veces traía de sus viajes no siempre lograban anular la frialdad que

entre ellos parecía abrirse camino, la extrañeza del hijo ante un padre ausente. En aquella época yo gozaba de su preferencia, unida como estaba a él por mi presencia continua, por objetos sencillos y construcciones de palabras, lápices de colores, cuentos, preguntas absurdas.

Apagué el porro, retirando el cenicero a la mesilla de noche. Me subía por dentro la misma nube caliente de hachís que flotaba entre él y yo. La nube y yo éramos una y Lorenzo estaba allí, envuelto por nosotras, que nos disputábamos su atención. Abrí la ventana. Cariño, mírame.

Lorenzo miró mis ojos rojos con sus ojos rojos. Le acaricié la cara. Creo que lamenté en voz alta lo que estaba pasando en la familia, pero sin dramatizar. Después de haber dado ese salto en el vacío, lo que menos me pedía el cuerpo era dramatizar. Ya sabes que muchas veces las parejas se rompen. Pero esta familia no se va a romper.

Ya se ha roto. Mi padre no me quiere ni te quiere a ti, dijo Lorenzo.

Claro que te quiere, pero a su manera. Él tiene sus propias maneras de querer. ¿Y por eso fumas porros, porque crees que tu padre no te quiere? Los porros no solucionan nada, sabes... Sólo te van a traer complicaciones. Yo he conocido a gente que empezó pronto a fumar y se les fue la olla. No quiero que eso te pase a ti.

Continué diciendo que siempre había sido muy inteligente, recordé que desde pequeño le gustaba leer e incluso había escrito cuentos conmigo, se acordaría de eso, de lo bien que dibujaba y escribía. Más de una vez nos habían felicitado por él en el colegio, y yo seguía estando orgullosa de él aunque ahora no estuviera sacando tan buenas notas, porque eso no era lo más importante. Si repites no pasa nada, tenemos un mal año, pero pasará. En la vida también se puede recuperar, como en el instituto.

Notaba cómo mi voz se iba enlenteciendo. Paré un momento de hablar: me había gustado esa frase y quería recrearme en ella. *En la vida también se puede recuperar, como en el instituto.* Esperaba recordarla y aplicármela a mí misma cuando se me pasaran los efluvios del hachís. Pero ya había perdido el hilo de lo que estaba diciendo. Rondaban por ahí razonamientos inconclusos que se acababan de escapar pausadamente, como el humo dulzón se había escapado de mi garganta hacia la ventana.

Y sólo dije: ¿Te acuerdas de todo lo que hemos hecho juntos, de las adivinanzas y cuentos que inventábamos, y de que leíste *La historia interminable* cuando tenías diez años y luego fuimos al cine a ver la película?

Lorenzo asintió con la cabeza mientras a mí se me escapaba una risa estúpida que no había pedido permiso para salir. Sentí, como un golpe seco en la nuca, el peso de mi timidez y de la suya, nuestras profundas timideces intentando aplastarnos. No éramos capaces ahora de mirarnos a la cara, aunque a la vez estuviéramos cerca como pocas veces hemos vuelto a estar. Por otra parte, en las miradas que conseguía yo mantener sobre su nuca o el perfil de su rostro, Lorenzo se me estaba pareciendo peligrosamente a *Goku*. Era la época de transición entre *Goku* y Eduardo Benavente. Me acerqué a él. Abracé a mi capullo, mi *punki*, mi *hikikomori*. Lorenzo respondió a ese abrazo dejando caer su cabeza sobre uno de mis hombros, como si pesara mucho. Los brazos, también caídos, no intentaron abarcarme. Estuvimos así un rato, inmóviles y en silencio. Recuerdo algunas vívidas certezas que llegaron, aplacado ya el humo, y todavía no me han abandonado, la sensación de que ambos estábamos perdidos, una desorientación desde la que hemos seguido avanzando a ciegas.

Con la mano izquierda, supongo, le froté la espalda y le dije que lo quería.

Después me levanté para ir a vomitar. Salí despacio de la habitación, cenicero en mano, sin añadir palabras a la nube.

Me pareció que a él se le estaban saltando las lágrimas.

10

Lola ha elegido para llevar a Maru el mismo sitio al que la llevó Gloria la noche en que, horas más tarde, iban a detener a Lorenzo y al *Loco*. Llevaba meses sin salir a divertirse y tenía que hacerlo ya, había dicho Gloria el jueves. A Lola pensar en diversión se le hacía como mover un gran peso sin saber para qué, un esfuerzo inútil.

Lola, ponte guapa el sábado, que vamos a salir a divertirnos.

Divertirse es alejarse de algo. ¿De qué quieres alejarme, Gloria?

Y Gloria la miró, antes de responder a eso, por encima de las gafas de leer que usaba, gafas de pasta roja que contrastaban con su cabello blanco, irradiando luz desde la mesa de su despacho con una camiseta de algodón ecológico y colores vivos.

Tú sabrás mejor que yo de qué tienes que alejarte y, si no lo sabes, será la diversión la que te ofrezca esa sabiduría, dijo la editora sonriendo con firmeza, mientras le tendía a Lola un ejemplar de la tercera traducción de *Valentina y el gato que hacía preguntas incómodas*, esta vez al italiano. ¡Había que celebrar eso!

Muchas veces Lola se había dicho que le gustaría llegar a los sesenta años siendo tan jovial como Gloria; pero era algo imposible, pensaba, convencida de que Gloria sacaba su jovialidad de no haberse casado en un tiempo anterior al suyo, en el que todas tenían que casarse, y de no haber sido madre, de haberse construido una vida libre de esas cadenas que ella se había atado al cuello desde muy joven.

¡Ahora va a resultar que la diversión es sabiduría!

En muchos casos lo es, y más cuando no se practica habitualmente. La diversión es iluminación. Reflexión, diversión, iluminación. Esa sería la secuencia. No puedes limitarte a ir de casa al trabajo y del trabajo a casa llorando por las esquinas, porque así te saltas esa secuencia y te olvidas de sonreír. Paso a recogerme en mi coche, el sábado a las nueve.

Salir a divertirse, verse fuera de casa con la profesora que dejó la universidad para abrir una editorial en la ciudad de provincias, la temeraria editora que se convirtió en amiga y sabe todo lo que a ella le está pasando, por qué no, airearse con Gloria durante unas horas. Poco antes de las nueve de la noche del sábado rescató las botas de tacón, se maquilló un poco y hasta se alisó el pelo con la plancha de Inés.

Ahora que Maru lo mira todo con curiosidad mientras deciden en qué mesa sentarse, se acuerda de que todavía no le ha contado a Gloria lo sucedido al final de esa noche.

¿Conoces este sitio, Maru? Lo han abierto hace poco.

No le ha contado a Gloria lo de la comisaría, ni lo de las armas. A lo largo de la semana, distraídas con asuntos de trabajo, Lola ha sentido el alivio de no tener que contar. Contarlo a cualquiera está comenzando a ser un cansancio estéril, nunca un desahogo. Ante el mundo mantiene la ficción de aquello más leve que le gustaría estar viviendo, lo que la gente ve: una hija responsable que estudia una carrera universitaria y un hijo más rebelde repitiendo primero de bachillerato. Y ya está. Las otras compañeras saben que se ha divorciado del prestigioso abogado y exconcejal que se ha ido a vivir con una concejala más joven, de su mismo partido, ese que a todas les resulta tan atractivo y encantador, de los que ganan con los años, dicen, *a los que las canitas les sientan tan bien*. Lola no cree necesario que sepan más, o por lo menos no a través de ella.

Qué lo voy a conocer. Ya te digo que del barrio sólo salgo yo para limpiar, no para que nadie me invite a cenar. Es chulo, me encanta este rollo de paredes de madera, tanta madera por todas partes. Y encima tienen chimenea. Cómo se nota el calorcito nada más entrar, eh.

Se sientan en una mesa alejada de la entrada, junto a los ventanales. Sigue lloviendo fuera. Hace dos sábados fue Gloria, y ahora es ella la que está procurando algo de diversión a una mujer que también sale poco a divertirse.

Aquella noche, en la segunda copa después de la cena, Gloria volvió a proponer sin convicción que tal vez estuviera llegando el momento de que Lola firmara con su nombre, y ésta volvió a negarse a abandonar su *Liuva*, seudónimo protector. La discusión se repite por una especie de inercia a lo largo de los años. Nunca dejaré mi alias, me iba a sentir desnuda sin él: *Liuva* es mejor que Lola Rey y tú lo sabes de sobra, *Liuva* ha hecho más por tu editorial de lo que nunca podría hacer Lola, *Liuva* suena a libélula. Suena a rey godo, protesta siempre Gloria, y así agotan el tema cada vez.

Ve mirando la carta, Maru. A esto lo llaman ahora un *gastrobar*, en realidad nada nuevo, solamente un sitio donde ponen tapas más modernas y mejor presentadas. Qué bebes, ¿vino o cerveza?

Sólo habla de la verdad con Gloria cuando hay tiempo para hablar, o cuando ella le pregunta.

Soy más de cervecitas, contesta Maru animada, mientras se quita el anorak y lo deja, junto con la bolsa, en la silla de al lado. Lola dice que allí hay una gran variedad de marcas y propone tomar una alemana, para variar. Maru lo mira todo con curiosidad, afirma que le encanta conocer sitios nuevos y probar cosas nuevas, y prefiere que sea Lola quien elija. Porque a mí me gusta todo. El camarero anota cervezas alemanas de trigo, huevos de codorniz con morcilla en lecho de patatas asadas, salteado de verduras con cuscús, pimientos rellenos de bacalao y solomillo ibérico a la plancha.

Aunque siente curiosidad por la mujer sentada frente a ella, no quiere atosigarla con preguntas. De todos modos no hará falta preguntar para enterarse, mientras van probando las tapas, de que el

Loco es su hijo mayor y que tiene dos más, *todos varones*. Al *Loco* lo tuvo con diecisiete. Ella, aclara, tiene ahora treinta y seis. El padre era una buena persona, mejor que él, pero murió, ha dicho sin explicar más, pasando sin transición a un comentario sobre cuánto le gustan estos pimientos con bacalao. No queda muy claro si los hijos pequeños son de uno o de dos padres con los que, al parecer, tampoco siguió adelante. Viven en el piso familiar, con su madre viuda y con su hermano menor, que es algo mayor que el *Loco*. Lola va dando tragos a la cerveza mientras asimila toda esa información, y después pregunta a Maru que por qué lo llama *Loco*. Llamar *Loco* a un hijo es marcarlo, piensa ella, es convertirlo de verdad en loco.

Yo qué sé, la costumbre. Todo el barrio lo conoce así. Desde chico es muy nervioso, se me escapaba de la escuela, fue poco al instituto, andaba por ahí metiéndose en líos. Añade que algunas veces a ella le ha entrado también esa locura, ganas de salir corriendo de los sitios, y a lo mejor se iba y se llevaba dos o tres días fuera cuando él era un chiquillo, *hacía cosas así*. Ella era una cría a la que le vino grande lo de tener un niño tan pronto, pero su madre es *de esas que no te fallan*, siempre cuidó bien de su Manuel y además sin quejarse, vamos, disfrutando siempre a tope, dice, de los nietos. Con los otros dos ha estado ella más centrada *como madre*, se ha dejado de hombres y de *aventuras locas*.

Puede que Maru parezca añadir detalles poco fiables para adornar su relato, pero hay algo en lo que cuenta que toca de cerca a Lola. Tal vez sólo por esa espontánea confianza que ofrece, y por decirse hija de una buena madre, debería ella desvelar ahora que no sabe si podría afirmar lo mismo de la suya.

Maru dice estar harta de escuchar eso de que los hijos son una lotería, que si unos te salen buenos, que si otros te salen malos, como si fueran, qué sé yo, frutos secos o cupones de los ciegos o algo así.

Hijos como frutos secos o cupones de los ciegos. Sus comparaciones fascinan a Lola. Según la gente de mi barrio todo es cuestión de suerte, de lotería, continúa Maru. A mí me tocó la china con el *Loco*, el premio gordo. Eso piensa cualquiera de allí a quien le preguntes, pero digo yo que algo habré hecho mal con mi hijo, algo le ha tenido que pasar a él para ir tan perdido por la vida, ¿verdad, Lola?

Algo hemos tenido que hacer mal, algo hemos tenido que hacer mal. *Algo habrás hecho tú para que vaya mal*. Tener conciencia de que se ha hecho algo mal, conocer incluso qué se ha hecho mal, pero sobre todo saber qué hay que hacer ahora, cómo hacerlo bien ahora. Centrar en eso las energías. Gloria siempre le dice que mire hacia delante porque lo hecho, hecho está.

Yo creo que lo que es una lotería es lo de las madres, Lola. A una madre no hay manera de elegirla ni de educarla, y en el barrio, como en todas partes, las hay buenas y las hay malas, y las hay muy malas. Yo tengo una de las buenas. Si a mí me dieran a elegir, elegiría a la que tengo, tal como es.

Lola se sigue preguntando si ella podría decir lo mismo de la madre que le tocó en esa lotería de la que Maru habla con espuma de cerveza alrededor de la boca, aclarando, tras la huella de pintalabios fucsia en el borde de la jarra, que todavía muchas veces le dan ganas de escaparse, pero que no puede dejar a su tropa, que *lleva palante* varios trabajos de limpieza y se saca un dinero, pero sin cotizar. Con eso y la pensión de viudez de la madre, que tampoco ha cotizado ni tiene jubilación, están mejor ahora que cuando eran muchos más viviendo en el piso —*el ciento y la madre*, dice— y a su padre lo despidieron.

El ciento y la madre viviendo en una lata de sardinas, anota Lola mentalmente. Podría ser el título de uno de sus cuentos. Un cuento de terror.

Desde que nació he vivido en la misma casa y con mucho trasiego de gente, se han ido unos y han llegado otros, novios míos y de mis hermanas; después, algunos maridos y novias de mis hermanos también han vivido allí. Algunas veces pienso cómo será lo de vivir sola. Es un deseo que tengo. No es que esté rondando en eso todo el día, pero de vez en cuando lo pienso, cuando veo lo bien que viven las que han tirado por un buen trabajo antes que por un tío.

Buena frase, Maru, tirar por un buen trabajo antes que por un tío. Ojalá yo lo hubiera hecho también. Si lo hubiera hecho a lo mejor no tendría estos insomnios, no tomaría pastillas para dormir ni para estar despierta, ¿tú también tomas pastillas?

Maru responde que a ella el médico le ha recetado pastillas para la ansiedad, para la depresión, no sabe bien, para esos ataques que le dan de vez en cuando, que se pone mala de los nervios, así que también tiene *pastillas de las que te suben y pastillas de las que te bajan*, pero que no las toma a diario porque no se quiere enganchar al *pastilleo*, y en verdad deprimida ella cree que no está. El día de la comisaría sí que tuvo que tomarse algo para poder trabajar. Pero mira, Lola, yo disfruto de las cosas. Si no disfrutara me habría muerto ya o estaría tirada por las calles como más de una que conozco. Cuando mi *Loco* lleva dos o tres días sin salir de casa y sin meterse cosas raras estoy feliz, me lo como a besos y lo abrazo, a mi Manuel. Él se llama así, Manuel, como su padre.

Gloria podría entrar en cualquier momento por la puerta del *gastrobar*. Se acercaría a saludarlas. No haría falta explicar más. Gloria es intuitiva, conoce a la gente, sabría de Maru sólo con mirarla y escucharla un poco. Después se retiraría a otra mesa con discreción e imaginaría lo que está pasando pues, aunque Lola haya omitido los últimos capítulos de su telenovela melodramática, Gloria sabría de inmediato que algo no marcha bien, que algo marcha peor que de costumbre. Imaginaría el conflicto familiar desde la comisaría, la ausencia del hijo zurdo.

Entonces tienes treinta y seis años, dice Lola, y añade, como hablando para sí: Yo cumplo cuarenta dentro de dos semanas. Calcula esas cifras en voz alta, ensimismada, como si en ellas estuviera la respuesta de algo fundamental.

Pues aparentas menos, dice Maru sin mucha convicción.

Pues yo me siento como si tuviera muchos más, responde Lola seria, y decide que ya está bien de dar rodeos. Escucha, Maru: no comprendo por qué tu hijo tiene tanta influencia sobre el mío como para meterlo en un lío así, con armas. No sé si tú sabrás cuándo se conocieron, dónde. Y qué pasó exactamente la noche de la comisaría.

Justo cuando termina de decirlo piensa que ha sido demasiado brusca, pero su interlocutora no es de las que se amilanan por estar siendo invitada a cenar en un ambiente incógnito.

De lo que hace mi Manuel en la calle no sé casi nada, responde con rapidez, como si llevara tiempo esperando la pregunta. Antes le preguntaba más, pero ya estoy aburrída porque me cuenta lo que a él le da la gana, que casi nunca es la verdad. Mentiroso es como él solo. Aunque sea su madre, te lo reconozco. Así que mejor no saber. Continúa diciendo frases que Lola no escucha, hasta llegar a esto: ...que tiene mucha personalidad y siempre se ha dado traza y modo, como dice su abuela, para meter a otros en sus locuras. Pero digo yo que tu *Loren* también sabrá él solito meterse en fregados, que no hará falta que lo meta mi Manuel en nada, ¿no? Porque tonto no

parece.

Maru ha dicho eso último con la misma brusquedad con la que fue enunciada la pregunta, y ha rematado la frase terminando de un trago la cerveza que le quedaba. En vez de contestar, Lola hace un gesto con la mano al camarero de la barra y pide otras dos. Ha recibido el mensaje: cuidado con culpabilizar al *Loco* por los actos de Lorenzo. Ni su propia terapeuta lo habría expresado mejor.

Hay un silencio entre ellas hasta que una camarera trae las cervezas.

Yo lo que le digo al *Loco*, Lola, es esto: que cómo puede ir de facha por la vida viniendo de donde viene, y viviendo como vive en un barrio donde cada vez hay más gente de fuera, sabes, ¡gente como nosotros!

Como quién querrá decir, piensa Lola con una inquietud creciente que no sabe de dónde viene. Cuál es su *nosotros*, ¿ella y su hijo, ella y yo, nosotras y los dos hijos por los que estamos aquí, unidos todos y todas en nuestra españolidad?

No le dice a Maru que hay explicaciones para todo eso, que son captados y persuadidos para que obedezcan a una nueva autoridad huyendo de las autoridades conocidas.

Trato igual con las moras que con las colombianas de mi bloque, sin problema, aunque me caigan mejor las colombianas, ¿me entiendes? Lola asiente con un gesto.

Ella, la madre desautorizada, sabe que no están locos, más bien se han entregado a una violencia que a ellas les parece irracional pero obedece a una estrategia política. Sus hijos se han entregado a un supuesto orden que se construye con materiales de desecho, cascotes del caos y la desigualdad, escombros de inteligencia. Nunca se había dicho esto a sí misma con la claridad de la que es capaz ahora, no sabe bien por qué, frente a Maru, en el gastrobar que huele a madera.

Qué buenas están las verduras. Soy mucho de verduras, no quiero ponerme gorda como mis hermanas, y no es que esté a dieta, es que salgo a mi padre, que también era flaco, además lo quemo todo porque no paro, mira: ni barriga me dejan las cervezas. Maru levanta la chaqueta cerrada del chándal para mostrar un poco de su barriga lisa.

Pues a mí sí que me dejan. Levanta Lola su jersey y agita un michelín con la otra mano.

El bar se está llenando de gente. Cualquiera que las vea reír juntas podría pensar que son amigas hace tiempo. Desde una distancia media y superficial, no parecen tan distintas. Si alguien las mira ahora podrá captar la luminosidad de esos segundos en los que ninguna de ellas está pensando en sus hijos. Verá que la mujer de las uñas pintadas se quita la chaqueta del chándal sin parar de reír, dejando al descubierto una camiseta ajustada negra con el nombre de *Metallica*, el grupo que escuchaba Lorenzo con más frecuencia antes de raparse. ¿Te he dicho que me encanta este calor de chimenea, Lola? Seguro que tú tienes una en tu casa, a que sí.

Lola responde que sí, pero que apenas la usa. Tiempo atrás encendían la chimenea casi todos los días del invierno. Ella disfrutaba, mirando al fuego, de aquel calor de árbol, hipnotizada por la combustión. Al recordar aquello, le dan ganas de fumar.

Qué suerte. Yo no, pero si tuviera seguro que la usaría. Ahora que lo pienso no hay chimeneas en mi barrio, yo creo que ni una, vamos, ni en los pisos ni en ningún bar. Hay hogueras, fogatas en la calle. Pero chimeneas no.

Esa camiseta negra que le ajusta las letras rojas de *Metallica* sobre el pecho firme la hace

parecer más joven, a pesar de la piel algo seca de la cara, del maquillaje que empieza a cuartearse y, en la frente, las primeras arrugas de expresión, leves. Maru y su ropa ajustada, corta, deportiva, y sus pendientes de argollas, sus ojos de color verde aceitoso, su pintura de uñas. Maru como el precario bote salvavidas que ha aparecido en medio de una tormenta que se quería tragar a la mujer sin pintar dentro de un jersey holgado, azul marino, con una mecha canosa cruzando su media melena, que se sienta enfrente. Y tú a qué te dedicas, Lola, que yo te estoy contando mi vida pero tú no dices ni mu. Espera, déjame que lo adivine...

Lola espera de verdad saber qué imagina ella. Yo observo mucho, y sé cosas de la gente, dice Maru. Desde luego limpiadora no eres, pero tampoco eres como esas que por tener limpiadora se creen que son superiores, que a más de una así conozco yo. Trabajo para ellas, son todas iguales, visten igual, hablan igual, hasta se tiñen el pelo del mismo color, con las mismas mechas y el mismo rubio. Yo a ese color lo llamo *rubio pijo*, qué fatiga me dan. Ninguna tiene los ovarios de dejarse ese mechón canoso que tienes tú, y hasta te sienta bien. Eres de poco hablar, eso también se nota. El día que te vi en la comisaría tenías mala cara, como yo, pero llevabas unos zapatos y un abrigo de los buenos. Hoy te has dejado puesto lo de andar por casa y te has echado por encima lo primero que has pillado, una gabardina Burberry pero antigua, mira, así no desentonamos tanto. Una carrera sí que habrás estudiado, ¿verdad? Te lo digo por cómo hablas, no por cómo vistes. ¿Eres abogada? Me vendría muy bien conocer a una abogada de confianza.

Lola responde que no, aunque ha estado casada con un abogado. Ah, que estás separada tú también, dice Maru. Divorciada, aclara Lola. Ya soy soltera otra vez. Levanta sonriente la jarra de cerveza hacia Maru, en señal de brindis, y luego bebe. Maru la imita y responde, con cierto orgullo, que ella en rollos de divorcios no ha tenido que meterse, porque nunca se ha casado, porque eso de casarse, añade sin convicción, va contra sus ideas. Después sigue intentando adivinar. Tú a lo mejor eres médico de cabecera o algo así, ¿no? Lola ríe y niega con la cabeza.

Ah. Pues entonces, profesora de algo.

Médica no. Profesora, casi. Lo quise intentar, pero era difícil preparar oposiciones con dos hijos. Estudié Filología.

Ah, eso tiene que ver con profesora de literatura, ¿no?

Explicar a Maru qué es la filología. Hacer pedagogía con Maru.

Sí, algo tiene que ver. Me gusta leer y también escribo, publico cuentos. Espera, perdona...

Está vibrando el teléfono de Lola encima de la mesa. Se ve una foto en la pantalla iluminada: es Inés en invierno con la nariz roja, una bufanda de colorines enrollada al cuello, un gorro de lana azul y la torre Eiffel de fondo. Maru se vuelve a poner la chaqueta del chándal y le hace señas de que va a salir a la puerta a fumar mientras ella atiende al teléfono.

Cuando se queda sola no le cuenta a su hija que está con Maru, sino con Gloria en un *gastrobar* nuevo que han abierto, del que Inés quiere saber nombre y zona. Dice que lo conoce, alegrándose mucho de que por fin haya salido y esté acompañada, porque la imaginaba sola por ahí con sus comecocos. Se despiden pronto. Regresa Maru de la calle como un torbellino que se desprende otra vez de la chaqueta del chándal diciendo que mientras fumaba en la puerta ha estado pensando en lo que han hablado antes, porque su madre está yendo al centro de adultos desde hace dos años y también ha empezado a escribir, todavía cuentos no, pero está mejorando mucho.

Lola piensa que no ha contado a Inés una mentira sino una verdad a destiempo, la verdad de dos semanas antes que no llegó a contarle con detalle, o si lo hizo no se acuerda.

Qué bien le ha venido eso a su madre, toda la vida limpiando hasta que ella le dijo que se dejara ya de mopas y de plumeros, y cogiera los cuadernos y los lápices.

Ahora Maru da un trago, se concede una tregua mirando a la clientela que se reparte entre la barra y las mesas, como a la espera de que su interlocutora tome la palabra. Pero Lola no habla, algo paralizante la enmudece y se limita a hacer lo que hace Maru: ir del cuscús con verduras al solomillo ibérico, pasando por dos tragos de cerveza.

De educación también sabe la gente que no la ha tenido, ¿eh?, precisamente por eso, porque no la hemos tenido.

Tiene la sensación de que Maru comprende lo que le está pasando, se ha dado cuenta desde el principio, en el coche, es intuitiva como Gloria, por eso no es necesario explicar.

Mi madre ha pasado mucho, tuvo que dejar muy pronto la escuela, ha perdido dos hijos por la droga, y todos los males del mundo los achaca ella a la droga y al no estudiar.

Le hace sentirse cómoda, como si estuviera con una hermana que supiera de ella más de lo que sabe su propia hermana. Quisiera de todos modos conocer lo que calla. Con qué facilidad se ha deshecho hace un rato de la pregunta incómoda, distrayéndola en su propia biografía suburbial.

Ella es que no ve más allá de la droga, a veces le digo que está obsesionada. Y yo, a lo mejor porque he estudiado más que ella, sí veo un poco más allá, demasiadas veces me he preguntado quién trae todo eso aquí, quién deja que entre droga barata en los barrios y hace la vista gorda, a quién le viene bien. A gente de arriba, de muy arriba, ¿verdad, Lola? Manuel, el padre del *Loco*, siempre estaba dándole vueltas a esas cosas, porque había perdido también a un hermano. Él tenía muy buen coco, pensaba, se comía la cabeza, era muy protestón: en el instituto le decían *El Político*.

Lola se imagina a Maru y al *Político* evolucionando a los pies de los bloques, bebiendo de una litrona en las plazas peladas que hubiera por allí, a comienzos de los ochenta. Más de una vez acompañó ella misma a su novio Lorenzo durante sus incursiones por los barrios periféricos de la ciudad vecina, para *comprar*. Solían ir en el coche del hermano de Lorenzo, siempre rebosante de colegas del grupo. Las chicas no bajaban del coche. Uno solía quedarse con ellas mientras los demás salían a buscar a los camellos, resolvían el asunto y regresaban pronto. Se dirigían entonces a un parque del centro, sin parar más en el barrio, queriendo salir de allí cuanto antes. Desde dentro del coche, Lola observaba a la gente que se movía por plazas y esquinas. Hombres jóvenes y de mediana edad ocupaban la calle y parecían llevar la cuenta de cualquier vehículo foráneo que pasara ante ellos, observándolos. Paisajes masculinos. De fondo, desdibujadas, sin reparar en Lola ni en el resto del grupo, las Marus con los Manueles.

Después de perder a mis hermanos mayores, mi padre cayó en una depresión muy mala y casi no era capaz de levantarse, hasta que le dio el infarto y no se levantó más. ¿Qué pasó entonces en el barrio? Mi madre y yo hemos hablado mucho de esto, ella dice que fue como si pasara un huracán que se llevó a mucha gente joven. Pero es lo que te digo, Lola: que los de arriba soplaron fuerte para que pasara ese huracán.

Y ahora tú qué crees, siguen soplando o no, pregunta Lola. Maru se encoge de hombros y deja caer los párpados. ¡Ahora! Yo qué sé. Nunca han dejado de soplar, ¿verdad?, ahora nos siguen pisoteando, responde Maru.

Yo creo que siempre hay alguien que sopla para crear huracanes, dice Lola. Si no es la droga de antes es esto de ahora, Maru, lo que nos tiene aquí, esta locura de odio en la que están metidos, que parece también una droga, pero peor que los porros que hemos fumado de jóvenes.

¿Tú también, Lola?, pregunta la otra mujer levantando las cejas. Las dos se miran y esbozan muecas inseguras que acaban cuajando en risas. Maru aclara después que ella nunca ha caído en la droga dura. Sus cervecitas y sus canutos sí, *y poco más*, lo normal. Que torpe no es, que hizo todo el BUP, y el COU casi entero, y le hubiera gustado estudiar magisterio para ser maestra de infantil. A su madre y a ella les gusta ver los documentales de historia que ponen en la tele, quieren aprender, tienen ahí esos huecos grandes de no haber estudiado. Eso dice. Tendrías que leer las poesías que escribe mi madre ahora...

La interrupción de los estudios como un *hueco*, un vacío, donde nada hay. Algo que rellenar. Con qué. A Lola se le ocurre que podría enseñarle algunas cosas, pero a la vez se pregunta quién podría enseñar a quién. A ratos pierde el hilo de lo que Maru va diciendo, aunque la escucha con toda la atención de que es capaz, controlando la inquietud por no saber de Lorenzo, de las armas, de las relaciones de su hijo con un *nosotros* que no se deja asir y escapa entre sus manos como un río escurridizo de mercurio.

Yo sacaba buenas notas en el instituto, y tenía mis ideas sobre el futuro. La vida es difícil, ya lo sabrás tú también, pero mira, las tristezas hay que comérselas y luego cagarlas y a otra cosa, perdona por la expresión pero eso lo dice mi hermana y me hace mucha gracia.

Empiezan a reír tanto que a Maru se le saltan las lágrimas. Tres jóvenes que hay en la mesa de al lado se quedan mirándolas hasta que consiguen calmarse.

Mira, como es tan difícil todo, por eso precisamente yo estoy disfrutando aquí de este rato contigo, hablando y bebiendo y comiendo cosas ricas. Y ya está. Porque como estemos todo el día pensando en los niños y yendo detrás de ellos, vamos aviadas. Tenemos que vivir nosotras, Lola, y el que quiera descarriarse... Que cada palo aguante su vela. Tienes que decir eso para poder seguir.

Poder seguir así, o seguir adelante ella sola, sin Lorenzo, se le hace imposible de imaginar siquiera. Mucho tendría que cambiar la situación. Pensar esa situación es fatigoso, el futuro, lo que haya de venir, cómo tendría él que cambiar para desligarse de ella sin encadenar catástrofes.

Ya les hemos dado la teta, ¿no? Yo he dado teta, Lola, a tres. ¿Tú has dado teta?

Sí, Maru, también. Yo a dos.

Imagina catástrofes. Quién enseñaría a quién. Maru podría enseñarle, pero qué oculta Maru.

¿Y te parece poco? Ea, pues después de los quince años no hay más teta, ya está, ¡se acabó la teta, coño! Que se la busquen fuera.

Lo que sabe y no dice. Algo sobre Lorenzo. Por qué Maru habla tanto y ella tan poco, por qué no corresponde. Como una terapeuta, parece dar por hecho que Maru necesita que la escuchen, esperando en silencio a que coma un poco, o haciendo preguntas breves para tirarle de la lengua. Se ha colocado en esa posición olvidando que hace un rato estaba desesperada, que es ella quien ha pedido compañía, celosa porque Lorenzo haya ido cuatro veces a esa casa —por qué, para qué ha ido, la otra mujer le niega esa respuesta— y ahora esté fugado de la suya. La otra con su verborrea está eludiendo decir con pocas palabras alguna verdad que Lola necesita saber. Pero

ésta no se muestra ni se enfrenta, sigue menguando, rígida.

Es cuando pide dos cervezas más porque siente la piedra de antes, cuando tuvo que parar el coche, atravesada de nuevo en la garganta.

Y tiene que tragarse esa piedra.

11

No le he hablado a Maru del primer Lorenzo. Él tuvo lo que algunas llamaron mala suerte. Su madre, su hermana, sus primas. *Mala suerte*, decían todas.

El día de su entierro yo solamente podía pensar en las primeras pajas que le hice con mi mano izquierda, en las partidas de ajedrez que empezamos a jugar en el instituto, en el sexo que despertó pronto en los parques y más tarde siguió desatándose dentro del coche de su hermano, por los carriles del río. Tampoco hablé de esto a mi hija ni a mi hijo, como si alguien me hubiera enseñado que las madres no deben contar esas historias que van sedimentando dentro. A casi nadie hablé de él tampoco antes de ser madre. Mi tata Adela me guardaba el secreto mientras movía la cabeza murmurando que aquello no iba a ningún sitio, que ella conocía a la familia y eran buena gente, una buena familia a la que un buen muchacho se le estaba torciendo, y yo no iba a torcerme con él, de ninguna de las maneras, como decía. Mi madre, si supo algo, nunca nombró a Lorenzo. *Ese que te llama por teléfono*, decía al referirse a él. Lo habría incluido en el saco de los *muertos de hambre* con los que yo *tonteaba*, y de éstos no se molestaba en aprender los nombres, como sabía los nombres y apellidos todos de los hijos de médicos, arquitectos, abogados y cualquier ser vivo que tuviera un despacho con títulos colgando en la pared y fuera socio de los clubes privados de los que ella era socia.

Tenía en su frente despejada la potencia de un hombre honesto, brillaba por encima de otros de mi ciudad con los que a mi madre le hubiera gustado casarme. Esas cosas se saben así, pronto, a los dieciséis o diecisiete años, cuando una ráfaga de futuro viene a rozarnos, diciendo: esto será, si es posible. Él es la potencia de ese hombre que empieza a romper el cascarón desde dentro, y hay un lugar oscuro, subcutáneo, donde el hombre que será y la mujer que seré se encuentran antes de tiempo, puros nudos de intuiciones, galaxias encerradas que ignoran todavía si llegarán a expandirse. Está ese hueco tibio debajo de la piel. Tal vez el hombre o la mujer no lleguen, el cascarón no rompa y toda la potencia quede suspendida dentro de la mujer que hay en mi oscuridad y tampoco parece haber roto todavía.

Lo mismo pienso y sé de mi hijo zurdo. Que tiene algo diferente y propio, que llegará si quiere llegar. No a títulos ni a despachos como los de su padre y su abuelo, eso poco me importa, preferiría que nunca llegara ahí. Quisiera hablar con él de brillar en la vida, en lo que haga fuera y dentro, siempre que no sea machacar ni dejar que lo machaquen a él ni a nadie. Se lo contaría así, para que me entendiera. A veces al mirarlo tengo sueños radiantes en medio de la bruma, anticipan la luz que él podría desprender. Siento eso subcutáneo que sentía con Lorenzo, anticipándome. En la penumbra rasgada lo puedo ver creciendo hacia la intimidad que sea capaz de alcanzar, la que

sepa construirse para reposar de las luchas de fuera.

Había una vez una mamá joven que tenía una niña pequeña y acababa de tener otro bebé, al que las dos cuidaban. El bebé creció y aprendió a dibujar, le gustaba colorear con los lápices de su hermana, y un día su papá le regaló un estuche de moto con lápices nuevos para él y... ¡Y yo, y yo!, decía Lorenzo señalando su estuche de moto nuevo, excitado cuando se reconocía en los cuentos de personajes sin nombre.

Cuántas veces he deseado que enfocara toda la energía que está malgastando ahora hacia una lucha con sentido... Algo que él mismo elija sin que nadie, ni yo misma, pretenda elegir por él. Abandonar las obediencias ciegas de ahora, desgajarse de ese grupo que absorbe su voluntad. Espero que ese algo tenga un sentido cabal, que no termine en él e incluya a otros, a otras. Pero cuántas veces pienso qué extraño es que lo espere, quién soy para esperar cualquier cosa de él, qué he dado yo a mi madre de lo que ella esperaba, a mi madre o al mundo. Y rechazo esos sueños de control.

Sin embargo, vuelvo a presentirlo una y otra vez. Si es posible, pasará. Porque insistiré y habrá un momento en que su honestidad se niegue a dejarle marchar del todo, rechazará lo que hay de deshonesto en su vida ahora. Me dolería decírselo si estuviera ahora aquí, si volviera esta noche, que su padre nunca fue honesto como el primer Lorenzo, y que yo en realidad lo supe siempre, ahí, en lo subcutáneo. Entonces, qué le he dado. Hasta dónde yo debo esperar, exigir.

Había una vez un niño que parecía japonés y era capaz de jugar solo sin aburrirse. Por las noches, ese Goku algunas veces soñaba con volar y otras veces soñaba con un robot malo... ¡Y yo!

A mucha gente le vendieron la realidad en papelas de coca y heroína. En las ciudades de provincias, en los parques y los institutos de provincias. Si le contara también que algo de lo peor probé con el otro Lorenzo, de qué serviría. Se lo tenía que haber contado hace un rato a la madre del *Loco* en vez de llegar a casa y ponerme a escribirlo, pero no he sido capaz, no he sido comunicativa como ella, que también tuvo la potencia de un hombre honesto entre sus brazos y luego tuvo un hijo equivocado y lo cuenta, lo cuenta. Cuenta sus orgullos y cuenta sus vergüenzas. La gente de los barrios sabe hacer eso. No la han ejercitado como a nosotras en ocultar las vergüenzas. Antes no he sabido cuál era su *nosotros*, pero aquí soy capaz de verme en un *nosotras*, las de los barrios altos, hijas de algunas madres o de algunos padres que apenas nos miraron de frente, atentos a las cosas, desviados de las verdades por el camino equivocado de las cosas, mercancías infinitas, objetos, ropas, títulos, propiedades reales o anheladas, nunca suficientes. Nosotras frente a ellas, las Marus desviadas también de las verdades por caminos muy otros que apenas puedo intuir. Nos creemos que escuchar es un acto de generosidad, pero sólo es cobardía cuando nada se da a cambio.

Yo no le veía sentido a esnifarme la realidad, mientras que Lorenzo se la siguió metiendo por la nariz, por la vena más tarde, y desde la vena, ese camino que nos alejaba, nos vimos menos porque él empezó a cambiar deprisa. Fueron años de muertes agresivas, tempranas. Podría decir al menos cinco nombres de chicos y dos de chicas de mi ciudad que me vienen de pronto a la cabeza, cuando pienso en mi novio. Se fueron casi juntos, como si se hubieran puesto de acuerdo. Yo llegué a estar segura de que tampoco iba a llegar nunca a los veinticinco, frontera lejana. Apenas les dio tiempo a darse cuenta de algo, eso pienso ahora, pero entonces me parecía que sabían lo que estaban haciendo, que eran valientes. Porque también sentí yo que me quería morir

cuando murió mi padre, pero me lo impidió la cobardía. Sobrevivir, seguir, por pura cobardía. Pensamientos borrosos que se quedan grabados con la contundencia de un tatuaje, ahí, detrás de la frente. Y a Lorenzo, a pesar de su mente de estrategia cuando jugaba al ajedrez, no le dio por pensar que él fuera solo un peón en un tablero más grande donde otros movían las piezas y decidían por él. En lugar de rebelarse se metió de cabeza en ese agujero que otros abrían desde arriba, como ha dicho Maru, para que cayera. Se dejó llevar por ese huracán del que habla la madre de Maru, sin intentar meterse siquiera algunas piedras en los bolsillos, agarrarse a algo, tirar el rey antes de que la partida hubiera concluido. Así que también su muerte fue un acto de ignorancia y de cobardía. La cobardía mueve el mundo. Me duele reconocerlo. Llegué a pensar que yo tenía que haber hecho como ellas, seguir a mi novio y metérmelo todo con él, no dejar solo a Lorenzo, haberme quitado pronto de en medio. Lo que hice fue apartarme, tener miedo de los ojos cristalizados y de los cuerpos que cambiaban velozmente, cada una de esas miradas suspendidas en puntos que sólo ellas alcanzaban a ver. Lozanías evaporadas, fulminadas. Y Lola, la hija del médico, quedándose hasta tarde en el parque con aquel chaval que fumaba porros, al principio, y perdiéndose después por los carriles del campo dentro de un coche, con él. Y las habladurías, y todo lo demás hasta su muerte.

Mi hijo me defraudó la otra mañana. No fue por haber tenido que ir a recogerlo a una comisaría. He estado rebuscando esta semana en mi cabeza la razón de la decepción honda que sentí cuando superé el susto del ojo y de las armas encima de la mesa de la comisaría. Había algo más traspasando aquella luz helada. Lo descubrí la otra tarde en la cocina, tomando un té de chocolate. Volví a repasar el paréntesis de tiempo entre el concierto de *La Guerra Civil* y la comisaría. Algo más de un mes, como he vuelto a comprobar en Facebook. Estaba mejorando durante ese mes, y no se trata de la percepción de una madre desesperada: es que de verdad algo se estaba moviendo que me hizo alternar entre la desesperanza que últimamente suele vencerme y la confianza firme en su recuperación. Hubo señales, indicios, tiempo pasado en casa, días sin beber y apenas sin fumar. En las grandes resacas eso lo hace un día o como mucho dos. Esta vez parecía diferente. Lorenzo —lo he recordado esta noche, cuando volvía de dejar a Maru en el portal de su bloque—, pidiéndome que si llamaban al hijo preguntando por él, fuera quien fuera, dijera que no estaba. Y así lo hice. Dos veces. La voz de un mismo chaval, o eso me pareció. Puede que fuera *El Loco*. Qué pasó en aquel concierto del que llegó tan alterado, cuando rompió aquel jarrón. No era sólo el alcohol: había algo más. Entre aquello y esto último de la comisaría hubo una especie de tregua, un período tranquilo en la familia. Incluso se prestó al juego de las preguntas absurdas, después de tanto tiempo sin que jugáramos a eso. Lancé yo la pregunta una tarde que entré en su habitación, después de llamar a la puerta. Supongo que él esperaba algo más convencional: ¿Por qué no sales ahora? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me pides que diga que no estás en casa? Lo acababa de llamar ese chaval y yo había dicho que no estaba, pero en vez de contárselo me senté en la cama, miré el fondo no enrojecido de sus ojos oscuros y pregunté, tras comprobar de reojo que tenía en la mesa su libro de Historia de primero de Bachillerato junto a un cuaderno abierto: ¿Quieres llamarte Rodrigo?

Esperaba cualquier respuesta despectiva: A dónde vas, vieja, aquello ya pasó. O: Ya no juego contigo a esas gilipolleces. Pero, en vez de eso, respondió siguiendo las reglas no escritas de nuestro juego, sin manifestar asombro ni desviar la mirada: Me ha estado doliendo mucho la cabeza y prefiero comprarme un tablero de ajedrez.

La rapidez de su respuesta me llenó de entusiasmo. Entonces ya sabrás que la Historia es una mentira escrita en letras mayúsculas, dije sin vacilar, y señalé su libro.

Sólo un tonto querría llamarse Rodrigo a estas alturas de la película, respondió de nuevo sin haberlo dudado, aunque alejándose algo del absurdo total que yo esperaba. Aquello me hizo reír. Creí ver también en su cara un amago espontáneo de sonrisa. Si quisieras que yo me llamara Atenea, podrías cambiarme el nombre, dije. Sería aconsejable un gambito de dama, respondió él. ¿Quieres llamarte Kasparov?, volví a preguntar. Me pica demasiado el pie derecho como para pensar en poesía, dijo Lorenzo.

Suficiente, pensé. No sería necesaria otra vuelta de tuerca. Quería quedarme así, al calor conocido, tras haber invocado los juegos del refugio. Tomé su mano izquierda entre mis dos manos, la besé sin que opusiera resistencia y después salí de la habitación impulsada por el recuerdo del otro Lorenzo, verdadero inventor del juego de las preguntas absurdas. Poco faltó aquel día para que volviera a entrar y le hablara de él, pues la conversación a la que acababa de prestarse era la prueba de afecto más rotunda que me había dado en el último año, pero sé que no conviene estirar sus afectos.

No tenía que haberle preguntado si quería llamarse con el nombre de su padre. Tenía que haberle dicho: ¿Quieres llamarte Lorenzo? Ésa tenía que haber sido la pregunta. Cuántas veces tuve la absurda fantasía, estando embarazada de este hijo, de pensar que era hijo de Lorenzo, y que yo lo cuidaría como no pude cuidar de él, años atrás. Nadie sabe cuándo las vivencias regresarán como un *boomerang*. Puede que a Lorenzo también le esté pasando, que tenga ya vivencias que vuelven a él como un *boomerang*, y por eso va dando tumbos sin encontrar su lugar. Casi nadie lo encuentra a su edad, solamente los agregados mansos del rebaño. Él siempre ha cuestionado, muy pronto comenzó a preguntar por la muerte, a querer saber por qué había niños que morían de hambre. Pero ahora no pregunta ni quiere responder, parece haber ahogado su curiosidad, no habla conmigo, apenas conversamos. Parece que ha olvidado las tardes que pasábamos juntos. Fueron anchas y profundas las tardes extendidas ante él y yo como si aquello no fuera a terminarse. Quisiera que jugara a tratarme como si fuera a morirme mañana de una sobredosis, como murieron en los años ochenta aquellas jóvenes que acompañaron a sus novios hasta la vena, hasta el final.

Me gustaría que me tratase como si de verdad viviera fuera de esta casa y ya sólo viniera de visita porque tiene ahí fuera una intimidad brillante. Y eso sucederá, lo sé en lo oscuro, debajo de esta piel de casi cuarenta años. Algunas noches entro en su habitación y con la mano izquierda le toco la frente mientras duerme, y sin hablar le pido: Déjame volver a aquellas tardes contigo, sentirme bien tratada por ti. Déjame vivir eso, dame aunque sólo sea un rato más de eso. Deja que piense que aquella fantasía de que venías de otro no pudo hacerte daño, que perdonas el padre que elegí para ti. Yo conseguí quererlo porque quise quererlo. Eso es lo poco que puedo ofrecer yo, haberlo querido, haberme esforzado por querer a tu padre y por defender una idea inocente de familia. Déjame creer que supe salvar aquello guiando tu mano izquierda con mi mano izquierda, atravesando juntos las edades de un país en una sola tarde, desde mi mano de niña atada a un pupitre a tu mano de héroe japonés volando en libertad sobre aquellos dibujos, después de haberme enfrentado a toda una dinastía de abogados idos a más y de mujeres elegantes para llamarte Lorenzo.

Y jamás conté a nadie que ése era el nombre del padre que tenía que haber sido.

Ni que ésa iba a ser mi victoria secreta sobre su muerte.

12

Hace dos meses asistí a un congreso sobre literatura infantil y juvenil en Madrid, donde antes compré un disco de Batallón Panzer, uno de esos grupos que escucha mi hijo. Llevaba escrita una lista con grupos de música, *Oi!* y *RAC*, creyéndome muy capaz de distinguir una música de la otra. No era *RAC* de *racista* como creí al principio: se trataba de las iniciales de *Rock Against Communism*. Sabía esto por haberlo buscado en internet. Comunista es una de las palabras que Lorenzo emplea contra mí, no sólo cuando ha bebido. Cualquiera de mis opiniones contra la violencia que reciben las mujeres, las personas sin recursos y las que vienen de otros países para intentar vivir en el nuestro, lo remiten a él a ese comunismo mío que no puede soportar. Me llama comunista y luego se mete en su habitación a escuchar rock contra el comunismo. Que yo colabore como voluntaria, junto a Gloria, con una asociación que atiende a mujeres que sufren violencias varias, parece disgustarle tanto como a su padre. Me informé por internet de cómo se llamaba esa música y del origen de los grupos que sonaban detrás de la puerta de la habitación de Lorenzo, Batallón Panzer, Brigada Polizei, Estirpe Blanca y otros cuyos estúpidos nombres no recuerdo, todos formados por hombres jóvenes y blancos, de clase trabajadora. Los había buscado antes, cándidamente, en la sección de música de El Corte Inglés de aquí, teniendo que superar cierta vergüenza para preguntar por ellos a una dependienta que me miró como si le estuviera hablando en una lengua desconocida, aunque sin abandonar la cortesía propia de los grandes almacenes. Tampoco los encontré en dos tiendas especializadas de música.

Hice el viaje a Madrid sola, antes que Gloria: le dije que necesitaba un día para mí porque me vendría bien para pensar, y quería hacer algunas compras. Era cierto, aunque ella puso cara de creer que le estaba ocultando algo.

En cuanto llegué a Madrid y dejé el equipaje en el hotel, llamé a Inés. Mi hija me animó a que me divirtiera procurando olvidarme por unos días de ella y de Lorenzo. Por aquí todo bien, mamá: estoy en la facultad y él en el instituto, hoy cenaremos juntos, encargaré una pizza, no hace falta que llames más, nos vemos cuando vuelvas.

Más tarde fui a buscar y encontré bastante material en una tienda pequeña del Rastro llamada Tribu Fanática, donde escogí dos *cedés* que solían rondar por la mesa de la habitación de Lorenzo, titulados *Véncelos en la calle*, de Batallón Panzer, y *A las armas*, de Estirpe Blanca. El chaval que me los vendió era escuálido y no muy alto, cabeza afeitada al uno, varios *piercings* con argollas y cruces en unas orejas muy despegadas, botas negras de cordones, altas y pesadas, como las *Doc Martens* de mi hijo, con pantalones vaqueros ajustados y metidos por dentro, y por arriba una camiseta oscura con un escudo central que contenía los colores de la bandera de España detrás de una cruz gamada. Pensé que llevaba encima un confuso gazpacho *skin*. Me miraba

extrañado mientras yo daba vueltas por la tienda observando las mercancías que ofrecían allí, pero al atenderme fue casi tan amable como la dependiente de El Corte Inglés. Supongo que le gustaría el blanco de mi piel y sobre todo la determinación que vio en mí de no irme de la tienda sin comprar algo. Además de los discos, compré para Lorenzo una cazadora corta de color gris militar. Salí un poco asqueada por haber gastado dinero en todo eso. Sabía que muchos de los músicos que formaban esos grupos estaban o habían estado imputados y arrestados por diversos delitos contra el orden público, provocación al odio y a la discriminación. Cuando salían de las prisiones grababan un disco y venían a organizar, en los parques forestales de las capitales de provincias, festivales de música con comida campestre incorporada, que sumarían a su aura de exconvictos cierto candor bucólico. Todo habría sido así de fácil. El público asistente llegaría a sentir un gran hermanamiento en aquel contexto que yo me imaginaba como las fiestas campestres de los comienzos del partido nazi alemán, según el cine nos lo ha contado, y donde se intercambiaban, vendían y compraban mercancías que ya me eran familiares, esas camisetas que usan con escudos o nombres de grupos musicales, banderas para colgar en las paredes de sus habitaciones ante la impotencia o la indiferencia de las madres, *cedés* nuevos pero también discos usados de vinilo, botas de *hooligans*.

Entre canciones llenas de ira a veces alguien subía al escenario y daba un discurso que hablaba de pureza, de odio. Un comunicador influye sobre su audiencia, algo se pone en marcha en esos cerebros a medio hacer. Invitaban a líderes *skinheads* de otros países, cuyas arengas eran celebradas. En alguno de esos festivales habían captado al Lorenzo de quince años, ya alejado de mí, perdido de su padre. La propaganda actuó con firmeza sobre Lorenzo, como sobre otros jóvenes frustrados que a partir de ahora creían poder sentirse superiores. Poco importa de dónde proceda la frustración de cada uno, después de todo quién no ha sentido frustración a los catorce o quince años, ricos y pobres, hijos de familias caóticas o capaces de cierto equilibrio, qué importaba. Tenía que haber estrategias bien medidas para el hermanamiento, la pertenencia al grupo. Compré aquel disco sabiendo que Batallón Panzer era un grupo que se había formado en la cárcel de Alcalá-Meco, mientras el cantante cumplía condena por haber asesinado con arma blanca a un joven homosexual de dieciocho años en el barrio de ambos, Moratalaz. Comí patatas bravas con dos cervezas Mahou en una taberna cercana a la tienda de los *skins*, sintiendo latir con violencia aquellas mercancías dentro de la bolsa de plástico donde me las dieron. Al llegar al hotel, puse en mi ordenador portátil *Véncelos en la calle*. Mientras me cambiaba de ropa para irme a caminar por el parque del Retiro, grabé el disco en el MP4 como me había enseñado Inés, y por primera vez salí a andar impulsándome en el ritmo machacón de esa música que me llegaba a través de los auriculares, como después, durante estos dos meses, he vuelto a hacer por las calles del Barrio Alto, por los parques de mi ciudad.

Soy la mujer de mediana edad que sale con ropa deportiva y va sola, esquivando a la gente, fustigándose con el volumen de esas canciones cuyas letras enaltecen la pasión por España, el orgullo de ser español, la llamada a la *tolerancia cero*, a la deportación de inmigrantes, al encarcelamiento de comunistas y putos demócratas a los que les gusta ver a gente de color por la calle y apoyan que el estado subvencione a los *guarros* que manchan nuestras ciudades de colores apestosos. Mensajes simples envueltos en una estética contundente y excluyente que parece muy capaz de anular las cobardías. Voy pensando en mi hijo. Comienzo a andar a ritmo rápido, impulsada por la rabia que pone música a su rabia y me llega a través de los auriculares. Quiero acercarme a él a través de esa rabia. Los gritos malsonantes y las metáforas oscuras consiguen que

acelere el ritmo de mi marcha hasta sudar, hasta casi correr, como si quisiera escapar de ellas. La música llamada *Oi!* es descrita como *punk* de garaje. En momentos de mi corta juventud también escuché música *punk*, de otros grupos con los que al parecer hicieron la mezcla para llegar al *Oi!*: The Clash, Sex Pistols, Ramones. El otro Lorenzo me grababa esas cintas. Solíamos escucharlas en el coche de su hermano o en su habitación, cuando me iba a pasar algunas tardes — a veces días enteros— en su casa, huyendo de la mía.

Ni siquiera me fijo ahora en los árboles de la Chopera: el paseo veloz por los senderos más despoblados del Retiro me va llenando de rabia. La rabia que ha movido a los dos Lorenzos hacia sus propios destinos elegidos con prisa, la que yo siento por haber perdido a uno y estar perdiendo al otro. Termino muy cansada y tengo que pararme en la última glorieta, frente a la fuente del Ángel Caído. Hay jóvenes patinando alrededor de la escultura del ángel que fue arrojado con rabia a los infiernos. Lo miro desde abajo, a ras de los demonios que escupen agua y furia, desde mi propio infierno, al que Batallón Panzer sigue insuflando furia por los auriculares. Veo su figura retorciéndose contra el cielo crepuscular de Madrid, queriendo liberarse de las serpientes que, enroscadas en sus piernas, tiran de él hacia el averno.

Dicen los magos que en El Retiro, junto a la fuente del Ángel Caído, se dan cita por la noche algunos espíritus inquietos cuyas voces pueden ser recogidas por grabadoras que nos devuelven la impaciencia eterna de los muertos.

Así comenzaba un relato de fantasmas que escribí hace años y quedó finalista de un concurso convocado en Madrid. Fui lo bastante inocente como para idear un cuento de fantasmas cuando ya lo estaba pasando mal, aunque no todavía por un hijo. No es lo mismo sentirse expulsada al caos por el marido en vez de por el hijo. Infiernos diferentes. Cuando quedé finalista en ese concurso yo parecía ser más frágil que ahora y quizá más ingenua: pensaba que los demonios que tiraban de mí podrían ser un buen motor para vencer, escribiendo, mi propia voz infantil.

Los magos que trabajan junto al lago adivinando el futuro cuentan oscuras historias acerca de la zona más descuidada y desierta del parque, La Chopera, que se extiende alrededor de la fuente del Ángel Caído. Ahí se desarrollaba mi cuento de fantasmas. Leí para su escritura fragmentos de la Biblia y *El paraíso perdido*. El poemario de Milton lo había leído al principio de una vez y después seguí visitándolo por partes. Llegué a memorizar los versos que eligieron para presentar la escultura de Ricardo Bellver ante la ciudad de Madrid:

Por su orgullo cae arrojado del cielo con toda su hueste de ángeles rebeldes para no volver a él jamás. Agita en derredor sus miradas, y blasfemo las fija en el empíreo, reflejándose en ellas el dolor más hondo, la consternación más grande, la soberbia más funesta y el odio más obstinado.

Esos versos recargados y barrocos alcanzan significados nuevos cuando siento percudir los alaridos del Batallón Panzer dentro de mi cabeza, intuyendo oscuramente esas otras presencias que tiran de mi hijo hacia algún sitio perdido del que sólo sé que debo rescatarlo, pero no sé cómo, no sé cómo hacerlo.

En torno a la presencia de aquella escultura, los adivinos dicen haber captado voces de otros tiempos, cantos rituales y atormentadas voces de niños, mujeres y hombres pidiendo

auxilio, tramando inútiles venganzas, amenazando o quejándose como suelen hacerlo aquellos que han quedado atrapados en el tiempo y son incorpóreos.

La primera vez que vi la escultura del Ángel Caído yo era una niña de la mano de su padre. Ya habían sucedido los cambios de orientación en mi cerebro, se había aplacado el conflicto familiar, yo escribía con la derecha, mi madre me llamaba Dolorcitas, debía de tener diez años y era sensitiva, muy influenciada por el olor del campo y los jardines en las distintas estaciones, amante de los árboles, como mi padre. El parque del Retiro, hermosa cicatriz verde en medio de la gran ciudad, me impresionó tanto la primera vez que pedí volver a visitarlo al día siguiente. Lo hicimos él y yo juntos, mientras mi madre se iba de compras con mi hermana, una tarde de invierno. El día anterior nos habíamos montado los cuatro en una barca, remamos por el lago y merendamos en un kiosco que había cerca.

Los ángeles caen después de haber librado batallas duras y agresivas, como se cuenta en el libro del Apocalipsis. Todo está en la Biblia, ese libro tan violento: la Serpiente, la Bestia, el Dragón y los ángeles precipitados con él a los infiernos, el Bien y el Mal con todos sus números y sus nombres y sus ambigüedades.

Hubo una batalla en el cielo: Miguel y sus hombres peleaban con el dragón, y peleó el dragón y sus ángeles no pudieron triunfar ni fue hallado su lugar en el cielo. Fue arrojado el dragón grande, la antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás, que extravía a toda la redondez de la tierra, y sus ángeles fueron con él precipitados.

A veces se me olvida que, a pesar de las diferencias, éramos al fin y al cabo una familia unida, que sólo se rompió por la muerte prematura de mi padre. Aquella tarde él me llevó por derroteros del parque que no habíamos recorrido antes, hasta una zona mal iluminada, poblada de leyendas, apenas frecuentada por la gente, poco cuidada. Me recuerdo hipnotizada frente a la estatua mientras él contaba con solemnidad que teníamos delante de nosotros el único monumento al diablo erigido en el parque de una ciudad europea. Después supe que había otro dedicado a Lucifer en la plaza Statuto de Turín. Lo visité con Rodrigo e Inés durante nuestro primer viaje por Italia, cuando ella era todavía demasiado pequeña como para que yo pudiera contarle mis obsesiones.

La Potestad suprema le arrojó de cabeza, envuelto en llamas, desde la bóveda etérea, repugnante y ardiendo, cayó en el abismo sin fondo de la perdición para permanecer allí cargado de cadenas de diamante, en el fuego que castiga; él, que había osado desafiar las armas del Todopoderoso, permaneció tendido y revolcándose en el abismo ardiente, juntamente con su banda infernal, nueve veces el espacio de tiempo que miden el día y la noche entre los mortales, conservando, empero, su inmortalidad.

He vuelto a este Ángel Caído en muchas de mis edades, sola y acompañada, cada vez que he venido a Madrid, cuando me escapé con el primer Lorenzo para ver un concierto de Leño, más tarde con amigas de la universidad. También con Gloria, a quien conté mi relación con el ángel caído. Cada vez vuelvo a ser la niña cogida de la mano de su padre, mirando desde abajo del

pedestal al ángel expulsado. Alrededor de su figura todo lo que conozco puede distorsionarse o por el contrario recuperar sus dimensiones exactas.

Las luces de Madrid se van encendiendo bajo un cielo lleno de vetas cárdenas cuando enfilo el camino de regreso al hotel y el ángel se va empequeñeciendo detrás de mí y ha cesado ya la música de la banda infernal. Voy empujada por el barroquismo maldito de Milton hacia el sonido del tráfico, a la ciudad que sigue funcionando a su ritmo sin necesidad de que yo intervenga. Dónde están esos magos con sus máquinas que graban el pasado y a los muertos, por qué no ahora y aquí, grabando los escandalosos susurros del presente, capturando el grito de la vida presente. Mi padre ha muerto. Tengo una hija y un hijo. Estoy sola en el mundo. La figura no ha variado un milímetro su orientación, su gesto. No ha pestañeado el ángel. Acaso se ha captado en las bóvedas de la fuente una mayor profusión de cánticos rituales, han registrado los magos en sus máquinas aullidos más profundos, sollozos más frecuentes, voces más atormentadas de lo habitual. Se han agitado conmigo en estos días locos.

Vanidad de vanidades: todo es vanidad.

Ya en la habitación del hotel tiro sobre la cama el MP4, me desnudo y me meto debajo de la ducha, dejando que me golpee con fuerza el agua más caliente de lo habitual. Comienzo esa ducha desesperada, sin fin, como las que se daba Rodrigo. Cuántas noches pasé sola en la cama, joven y hambrienta todavía, después de haber estado con Inés y Lorenzo horas y horas. Podían pasar días enteros sin que yo hablara con ninguna persona adulta, infantilizándome. Cómo no escribir luego esos cuentos inspirados en los que había inventado en voz alta para él y para ella durante nuestros juegos de improvisaciones, preguntas y respuestas absurdas. Era algo inevitable. No digo que aquello no me gustara, que no lo aceptara entonces, pues lo cierto es que los tres disfrutábamos de aquellos juegos inventados, pero me veía abocada a escribir esos cuentos, con la imaginación constreñida intentaba novelas que se acababan torciendo bajo esa voz infantil que me reconcomía. ¿Y pretenden que una autora de cuentos infantiles vaya a contar algo así a cualquier periodista?

Mientras tanto quería a Rodrigo, a mi manera, y Rodrigo parecía quererme a la suya. Durante algunos años seguimos manteniendo una vida sexual. Estiramos aquello como un chicle doméstico que iba perdiendo el sabor. En el tramo final, tal vez dos años, tres, por temporadas, él había intentado recuperar un sexo adolescente entre nosotros. Pero ya sabíamos que aquello no iba a volver. En el hotel de Madrid vuelvo a precipitarme por los abismos donde se retuercen quienes desafían a los todopoderosos, mientras me restriego con las manos la piel, el pelo, la cara, los recovecos del cuerpo. Después permanezco inmóvil bajo el agua hasta que retomo otra vez los frotamientos, cada vez sus viajes eran más, y más largos, cada vez más reuniones, mis primeros insomnios, esperar a oscuras, escuchar en medio de las duermevelas el coche que llegaba de madrugada, despertarme del todo con el tintineo de las llaves, oír con qué fuerza caía el agua de esas duchas sobre él, como ésta cae ahora sobre mí y me golpea. Sentirlo aislado bajo el chorro de agua, limpiándose de lo que quiera que lo hubiera ensuciado fuera. Cojo una esponja dura, vierto algo de jabón líquido, vuelvo a frotar, quiero borrar con jabón la suciedad de la música que acabo de escuchar y se ha encostrado en la piel, borrar también aquellas otras duchas que se han colado aquí, al principio eran cortas y las seguía un abrazo a mi cuerpo adormilado, que siempre respondía, hasta que las duchas empezaron a alargarse, seguidas de una densa nube de vapor que salía tras él por la puerta del baño y traía frío a la cama, cuando se acostaba con cuidado de no

despertarme y yo permanecía inmóvil, haciéndome la dormida hasta que lo vencía el sueño. Aquellos cansancios llegan ahora de lejos, me tumban de golpe y hacen que me siente en la bañera debajo del chorro, quemándome. Sentada cierro el grifo y lloro y me canso de llorar, y luego abro el agua fría y es así como intento conseguir algo de calma, exponiéndome a estas temperaturas extremas.

Salgo de la bañera con el cuerpo enrojecido, la cabeza helada y una larga secuencia de batería de *RAC* latiéndome en las sienes. Lo que veo de mí en el espejo ahumado es sólo una sombra de vapor y luz que no capta mi atención, pero soy capaz luego de volver a mirarme mientras me seco el pelo y lo aliso con un cepillo. Me hidrato la cara, me doy brillo en los labios, elijo un jersey muy suave de angorina blanca para cubrirme la piel maltratada, vistiéndome como si Gloria ya hubiera llegado y me estuviera esperando para ir a cenar juntas por Madrid. Al salir del hotel vuelvo a sentirme joven, y extrañada o culpable por ese sentimiento. Debería estar hundida en una depresión que me llevase a no querer vivir y sin embargo puedo, me veo capaz de recorrer el camino que tengo por delante, sea cual sea, sacando fuerzas de lugares interiores que ignoro, inexplorados. La noche de Madrid me da en la cara, un aire frío que ayuda a respirar. Me alegro de estar sola en el otoño olvidando las veces anteriores, los viajes de casada con bebés, niña, niño, hombre activo, agotado. Todo se lo ha llevado el agua de la ducha por el sumidero y eso me hace flotar, pesar mucho menos de lo que pesaba hace un rato frente al Ángel Caído. Ligerá, liberada de la gravedad metálica que me inmovilizó delante de la fuente, avanzo por la calle como si estuviera suspendida unos centímetros por encima del asfalto, sin llegar a rozarlo. Avanzo en el otoño, despojándolo de relojes y responsabilidades, un otoño que busca y desnuda de golpe aquellos otros brazos. Dónde están. Ventrán a rescatarme de este paisaje plano, poblado por gente gregaria que vive vidas ordenadas y nunca se acuesta con desconocidos y sabe siempre el día que marca el calendario, sabe cuándo comienzan y terminan las semanas, los años, los trabajos, los coitos, dónde acaba el deseo y comienza el amor como si no formase todo parte de una misma locura, de un mismo desorden. Hay tantos agregados mansos de ese rebaño. He visto cómo comen y beben y ríen y lloran en tiempos prefijados: creen en el matrimonio, en las opiniones ajenas que escuchan por la radio, en la democracia, en las elecciones, en la televisión y el sueldo fijo, creen en sus coches, en sus propiedades, y se asocian entre sí según la profesión o la riqueza o las ideas políticas y todo lo hacen para defenderse de sí mismos, para huir del miedo. Ahora, no sé por qué, regresa la punzada del encuentro con un hombre que no me parecía un agregado manso. Bajo el resplandor anaranjado y bullicioso de las luces empiezo a tener hambre. Decido entrar en un asador que huele desde fuera a horno de leña, lleno de gente, muy cerca del hotel. Vino tinto, un poco de carne asada con guarnición de verduras. Setas. Cuánto tiempo llevaba sin viajar, y mucho menos sola. El camarero se acerca con la botella de vino. Cuándo he viajado sola, en realidad. Una escapada hice a Barcelona antes de la separación definitiva, calculo mientras pruebo y apruebo el vino. El calor tinto penetra en la garganta como aquel hombre amable. No afable o complaciente: digno de ser amado por encima de cualquier estado civil, de cualquier idea convencional de amor. Al tiempo que el calor del vino va haciendo su trabajo me lo encuentro, como me encontraré un día que no está lejos con una Maru sola bajo la lluvia inhóspita, en un lugar inhóspito que apenas se transita. Seres que se presienten, salidos de un subsuelo donde hemos habitado alguna vez, remoto.

Más bien es él quien me ha encontrado: se acerca reconociéndome desde el otro extremo, donde estaba sentado con un grupo de gente, lo veo venir como veo a cualquiera de los que me

rodean, como he estado mirando distraída a la pareja que cena junto a mi mesa y a la reunión de gente ruidosa en otra mesa cercana. Al principio no imagino que ese desconocido se esté acercando a mí recordando mi nombre ni que me esté dirigiendo una sonrisa, hasta que avanza más y me doy cuenta. Durante el viaje en tren, esta mañana, pensé que era posible que nos viéramos, había leído su estudio hace unos años, fantaseé con la idea de encontrarme en el congreso con aquel profesor joven, pero luego me aplastó el Batallón Panzer y me olvidé, como supongo que la gente olvida sus infancias y amores cuando caen bombas de verdad alrededor. Apenas voy a congresos, apenas veo películas románticas. Me hacen sentirme idiota las dos cosas. No espero demasiado: el calor de este vino, la presencia amigable de mucha gente extraña, la textura casi humana que adquieren las setas frescas bajo su barniz de huevo. Por eso necesito algo de tiempo para tragarme el asombro ante el que sabe mi nombre y pronuncia palabras familiares delante de mi mesa, *Lola, La niña zurda, Ingrid*. Soy ahora esa ciudad bombardeada que requiere de tiempo para recuperarse de las pocas palabras que ha retenido, dichas por el hombre al que reconozco como el extranjero que una vez vino a poner algo de orden en mis ruinas. Entonces no eran tantas como ahora. Seguramente él lo está viendo en mis ojos. Conoció las ruinas incipientes de antes, cuando había comenzado el desengaño conyugal pero todavía tenía un hijo que me llamaba *mamá* y me abrazaba al llegar a casa, y estará adivinando la destrucción de ahora que me levanto de la silla y devuelvo dos besos sonrientes de saludo, como los que daré a cualquiera de las pocas personas conocidas con las que vaya a encontrarme en este congreso. Seguro que esas batallas se me han quedado en los ojos, por más que yo esté continuamente intentando ocultarlas. La agitación de intensos bombardeos.

Es curioso sentir cómo te elevan de golpe hilos que diste por rotos y se tensan ahora, tras la rabia. Con qué facilidad se recompone a veces lo rasgado. Dejas que vuelva aquello que pasó *sin amor* pero sí con ternura, con una contundencia que nunca se alejó de la ternura, qué es ya el amor de un hombre sino eso para ti, de aquel que te elevó a un lugar que sigues recordando y luego apareció a veces en tus sueños, disfrazándose. El consuelo que dejó un hombre bueno entre las piernas de la memoria regresa años más tarde, en esta calidez de horno de leña. La bondad intuida en aquel que escuchaba qué pasó en la cabeza contrariada de una niña zurda, con qué contundencia le agredió la escuela, la intimidadalzada casi al primer momento, su movimiento en mí, los precipicios nuevos. La potencia sexual de la bondad no está lo suficientemente ponderada, aunque sea muy capaz de vencer ariscas resistencias, permanecer, crecer incluso en la distancia. Creo estar viviendo algo tremendamente erótico, que no esperaba y viene a perturbarme.

¿Qué es, pues, lo que temo? ¿Acaso sé lo que debo hacer en la ignorancia en que me encuentro del bien y del mal, de Dios o de la muerte, de la ley o del castigo? Aquí crece el remedio de todo; ese fruto divino, de aspecto agradable, que halaga el apetito y cuya virtud comunica la sabiduría. ¿Quién me impide, pues, que lo coja y alimente a la vez el cuerpo y el alma?

Dejaré que se siente a la mesa conmigo, al principio hablaremos un poco de trabajo y de algún que otro tema intrascendente, el congreso, ponencias, nada muy personal, no va a necesitar contarme su vida ni esperará que yo le cuente la mía, bastará con saber que nos hemos recordado, le diré que leí aquel estudio —gracias por enviármelo—, él sabe manejarse en el silencio, siempre agradezco el arte de saber elegir las palabras precisas para decirlo todo, desconocer

detalles prescindibles, familias o dineros, detalles cotidianos que deben apresarlo como a todo el mundo, nombres y horarios y costumbres que no serían capaces de resistir la velocidad muda que alcanzamos cuando estamos a solas. Sabré pronto que luego, en el hotel, arriba, nos precipitaremos como ángeles caídos con todo nuestro ejército de espíritus rebeldes.

Como los troncos curvos de las encinas consumen su parte cóncava en el fuego de la chimenea, así yo me consumo sin prisas, plegándome en calor, cada vez que regreso a ese encuentro reciente. Revivo los deseos de continuar callada, de guardar en silencio la hecatombe.

A mi vuelta Lorenzo se dejó besar como si me hubiera echado de menos, recibiendo con interés la cazadora militar que le había traído de Tribu Fanática.

Después vendrían los cruces de llamadas perdidas, yo fui quien propuso esa idea ridícula que el hombre decidió cumplir sin cuestionar.

Y nadie ha sabido que compré esos discos, ni todo lo demás aquella noche.

13

El teléfono suena poco antes de las seis de la mañana del sábado en que hace cuatro noches que Lola no sabe nada de su hijo. Sucede después de haber cenado esa noche con Maru, después de haber tenido sueños de lagos negros que la llamaban y de levantarse en los ratos de vigilia para escribir en el cuaderno de los desahogos.

He soñado que descuidaba a mi bebé. Lo dejaba solo por la noche, desatendido, y me iba a caminar por una ciudad que no es la mía, llena de fogatas y aguas negras en las aceras. Volví por la mañana y me apenó verlo solo en una cuna blanca, despierto, tranquilo, ensayando sílabas entre sábanas revueltas. Lo cogí en brazos, lo abracé. Tenía los pañales empapados, y en el sueño pensé que sonreía como un huérfano. Me daba pena de él, pero no sentía culpa. Como si descuidarlo hubiera sido algo inevitable. Ahora mismo no sé si ha sido solamente un sueño o si sucedió algún día, como si se tratase de un recuerdo antes borrado, arrojado al abismo de las imágenes que no se pueden soportar. Lo he abrazado en el sueño con una lástima infinita. A veces, en la confusión del insomnio interrumpido, en las largas duermevelas, no distingo bien los sueños de los recuerdos oscuros.

Una vez escrito lo anterior, se acostó otra vez sin querer mirar la hora, durmió todavía un poco y ahora vuelve a estar despierta en la cama, pensando si debe levantarse ya para ir a denunciar la desaparición en comisaría. Es cuando escucha la llamada del teléfono móvil encima de la mesa que hay junto a la ventana, donde suele escribir. Enciende la luz y casi corre a cogerlo, saltando de la cama sin soltar los pañuelos de papel, sus apéndices en los últimos días. Le tiembla tanto la mano al ver en la pantalla iluminada la foto de Lorenzo que el teléfono vibrante está a punto de saltar y caer al suelo, como si tuviera vida propia. En esa foto él no mira a la cámara, indiferente ante la madre que lo fotografía en el jardín, el contorno del rostro y de la cresta leve en primer plano, sobre el fondo verde de los setos, y los ojos oscuros en medio de la piel pálida, hermosa.

Cuando al fin lo consigue, le sorprende escuchar la voz de una mujer joven:

¿Es usted... la madre de Lorenzo?

Sí, soy yo, quién eres, ¿qué ha pasado?

Perdone que la moleste a esta hora. Yo... soy... una amiga de Lorenzo.

Lola no sabía que Lorenzo tuviera amigas. La sorpresa interrumpe definitivamente el llanto. Las ha tenido antes, pero desde hace casi dos años su mundo parece reducirse a un territorio de testosterona cerrado a las mujeres, aunque algunas habrá, claro, tan descerebradas como ellos, que accedan de vez en cuando, y ésta debe de ser una de ellas. Siempre ha pensado en rapados, nunca

en rapadas, ¿existen? ¿Se les llamará también así, *rapadas*? ¿Por qué no sigue hablando? Su silencio irrita e impacienta a Lola. ¡Habla, por favor! ¿Está Lorenzo contigo? ¿Por qué me estás llamando desde su teléfono?

Al otro lado se oye sollozar a la chica, que por fin consigue hablar. Lorenzo... Sí, está conmigo, está en mi casa. Es que él está..., está herido. No puedo contarle más ahora. Tiene usted que venir. Creo que deberíamos llevarlo a un hospital, dice. A continuación apenas puede pronunciar el nombre de una calle y un número, colgando antes de que Lola responda.

Mientras busca la ropa con un dolor repentino que sube desde la nuca, Lola repite en voz alta esa calle y ese número, piensa atropelladamente, parece que le va a reventar la cabeza, *calle del Almendro*, buscará en un callejero antes de coger el coche, *calle del Almendro*, pantalones vaqueros, *número catorce*, camiseta roja, *número catorce*, *calle del Almendro número catorce*, forro polar negro, *atorce*, por qué lloraba la chica, *número catorce*, *número catorce*. Está calzándose las botas y se ordena parar, *calma*, *calma*, *respira*, *te ha subido la tensión*, *tómate la pastilla*, *no hay tiempo para más*. Corre a orinar y a lavarse la cara, y es mientras se peina cuando se da cuenta de que no va a necesitar mirar el callejero, porque esa calle no está en el Barrio Uno ni en el Dos, ni en Las Casitas: está allí, en el Barrio Alto, en su mismo barrio, unas cuantas calles más allá de la suya. Entonces baja corriendo las escaleras, en la cocina se toma la pastilla de la tensión con un vaso de agua y decide de todos modos coger el coche, porque la chica ha dicho que hay que llevarlo al hospital.

El número catorce es el único de la calle del Almendro que tiene la luz del porche encendida. Lola llama al timbre y al momento se abre la puerta que da al jardín. Allí está la muchacha. No es una cara desconocida para ella, Lola la ha visto antes, pues aunque no conozca a todo el vecindario suelen verse las caras al entrar y al salir, o en la tienda de Encarna los fines de semana.

¿Dónde está?, pregunta Lola.

Arriba, dice la chica, haciendo una señal para que la siga.

Suben con rapidez las escaleras hasta uno de los dormitorios. Lorenzo está en la única cama y parece dormir, más pálido que nunca, con una toallita blanca doblada sobre la frente. La luz es débil, se percibe un olor ácido. La muchacha enciende ahora la lámpara del techo, Lorenzo frunce los ojos.

Lleva aquí desde anoche, hace unas horas. Mis padres no están. Es que... Bueno, lo trajeron en un coche y lo dejaron en la esquina... Antes me había llamado él.

Mientras oye esas frases deshilvanadas, Lola va levantando el edredón gris claro, con algunas manchas de sangre seca, que cubre el cuerpo de Lorenzo, desnudo, solamente un vendaje bien hecho en el hombro izquierdo. Le dije que podía venir porque mis padres no están, pero como se enteren de esto, como se enteren, yo...

La chica habla a trompicones. Como estoy haciendo ya las prácticas de Enfermería me pidió que lo curara yo misma y que no lo llevara a un hospital, ¡ya sé que tenía que haberlo llevado! Tenía que haberlo llevado, pero se puso... Estaba... Lloro otra vez.

Al retirar del todo el edredón, Lola descubre también algunas rozaduras en las piernas, curadas con un antiséptico que ha dejado manchas yodadas en la piel. De madrugada le han dado escalofríos y ha estado delirando, la nombraba a usted, le puse el termómetro y tenía más de 39, pude cargar su móvil con mi cargador y allí busqué su número.

Lola retira la toalla húmeda y toca la frente del hijo, que arde bajo la frialdad de su mano izquierda. Qué le ha pasado en el hombro, pregunta a la muchacha sin dejar de mirarlo a él.

Es una herida de arma blanca, pero no me pareció demasiado profunda, yo..., ¡Lo siento mucho, de verdad!

Por favor no llores más, ni que lo hubieras apuñalado tú. Cómo te llamas.

Es ahora cuando Lola vuelve la cabeza y la mira.

Gema, responde la muchacha.

Muy bien, Gema. Quiero hacerte muchas preguntas, pero no hay tiempo. Vamos a espabilar a Lorenzo y lo vamos a meter en el coche. Necesito tu ayuda para vestirlo y bajar las escaleras. Yo misma lo llevaré a un hospital. Tú te quedas aquí, ventilas la habitación, lavas estas sábanas manchadas y procuras olvidar lo que ha pasado, ¿de acuerdo?

¡Olvidarlo! Y cómo voy a olvidar esto, además para qué. No quiero, no quiero. La chica dice esto último como para sí misma, mientras le tiende a Lola unos calzoncillos limpios. Son suyos, dice. Los he lavado y secado en la secadora. Y el resto de la ropa también. Aquí está su cartera con el DNI, pero sin dinero. Y el teléfono móvil.

Mételo todo en una bolsa, por favor. ¿Tienes por ahí un pantalón de pijama o algo parecido? Lorenzo, despiértate, cariño, venga, que nos vamos, consigue decir Lola sin que se le quiebre la voz, decidida a mantener la firmeza necesaria, aunque sienta latir el corazón entre la nuca y las sienes. Gema sale del cuarto y vuelve a entrar, le tiende un pantalón de pijama que debe de ser suyo, muy usado, de color celeste.

Mete la ropa y las botas en una bolsa, por favor, dame solamente los calcetines y la camiseta, dice Lola.

Aquí están, la camiseta todavía tiene manchas, aunque la he lavado también, y está rota, por el cuchillo que...

No importa, no importa. Casi todas lo están.

Mamá..., dice Lorenzo, que se deja manipular por ambas hasta entrar en el pantalón del pijama y colarse los calcetines.

Incorpórate más, ordena Lola, con firmeza pero sin poder impedir que le resbale una lágrima. Hacía tiempo que Lorenzo no la llamaba *mamá*. Vamos a bajar al coche, venga. Gema y yo te ayudamos.

Se hace interminable la bajada del tramo de escaleras con un Lorenzo tambaleante entre ambas. Han de parar varias veces. Cuando llegan al coche, la chica ya se ha puesto un abrigo y ha cerrado la puerta con llave. Se niega en redondo a quedarse en casa. Lola se da cuenta ahora de que, desde que le abrió la puerta, ella ya estaba vestida con ropa de calle, dispuesta para salir en cualquier momento. Consiguen tumbar a Lorenzo en el asiento trasero. Están todavía de pie, fuera del coche. Lola se resiste a llevarla, y vuelve a repetir que debería volver a entrar y ventilarlo todo. Pero lo que dice Gema rompe su negativa, hace que Lola entre y le abra, sin más discusión, la puerta del asiento contiguo al suyo, fijando su mirada, mientras pone el coche en marcha, en el pelo rizado y la boca grande, los ojos verdosos y la piel mulata de Gema.

No quiero olvidar esto, ¿sabe usted? Porque quiero a Lorenzo. Soy su novia.

14

A veces he pensado que casarme fue una claudicación demasiado rápida, parecida a la de escribir con la mano derecha. Claudiqué otra vez para ser *normal*. Podría no haberlo hecho y asumir las consecuencias manteniendo mi territorio propio, aunque aquello me alejara de mi madre para siempre. Pero estaban los ojos azules de Rodrigo, veteados por líneas grises, enmarcados por cejas que firmaban la amplitud de una frente despejada; estaban su ingenio al hablar y el cuerpo atlético que cubría con vaqueros y camisetas desgastadas fuera del horario del bufete, cuando venía a verme, además de su aparente oposición hacia causas demasiado materialistas con las que más pronto que tarde comenzaría a comulgar. Que él fuera comulgando con eso era algo lógico, casi genético, viniendo de una familia que tanto comulgaba. Debían de llevar siglos, varias generaciones. Yo no analicé aquello ni supe adivinarlo. Falta de sagacidad, quizá incluso de tiempo. A veces me acuerdo de las risas con Rodrigo, del sentido del humor que compartimos y fue desapareciendo debajo de las mentiras y las corbatas y esa proyección suya cada vez más pública, las apariciones en la prensa local con socios y clientes muy conocidos, más tarde su afiliación al recién creado partido liberal, Lorenzo cinco años, Inés ocho, ahí tendría yo que haber tomado decisiones, pero todavía quedaba mucho más, la década en que el dinero fue llegando a casa de manera creciente y la verdad entre nosotros terminó. O me fui dando cuenta, con una lentitud que ahora me irrita, de que había terminado. Cuanto más seductor comenzaba a ser Rodrigo para la ciudad, más dejaba de serlo para mí. En esos días sucedió el encuentro luminoso. Y comencé a ser arisca con él, igual que el niño.

Ahora veo todo aquello como si fuera la escena de una película que sucede a cámara rápida, cuando en realidad pasó a cámara muy lenta esa sucesión de escenas largas, ahora difuminadas, huidizas, difíciles de rescatar.

La intuición de la niña Inés, cuyas miradas parecían pedirme paciencia cuando yo me manifestaba demasiado rebelde, o rebeldía cuando aguantaba y era demasiado paciente, aquel arqueado leve de cejas hacia arriba no lo recogí a tiempo. No lo atendí, ocupada en cuidar de ella y de su hermano y en continuar mis estudios, estirando aquella vida creo que por comodidad, por falta de valentía. Los alargaba, escogía sólo unas pocas asignaturas, pero no quería interrumpirlos. Conocía a gente en la universidad y seguía participando en actos de protesta contra leyes de educación, no estaba aislada del todo.

Como esposa de abogado fui dócil al principio, formé parte de esas cenas, comidas y viajes, intentando socializar y acercarme a las esposas de los otros, cumplir con aquello que se esperaba de mí. Tanto ellos como ellas me trataban de forma paternalista, como a una niña inexperta que había llegado de la ciudad vecina para quedarse en ésta junto a uno de sus abogados más

prometedores, esposa joven a la que abrían su círculo. Y desde luego que nunca le costó prometer, lanzar promesas dentro y fuera de casa con una soltura capaz de convencer al mundo: siempre te querré, haremos grandes cosas.

Hay gente que confunde la timidez de una mujer joven con estupidez. Ante la timidez, pantalla opaca, proyectan la estupidez de sus propios cerebros. Así que no era solamente la edad lo que me separaba de aquel grupo. Al principio pensé que debería intentar adaptarme, pero pronto ese pensamiento me horrorizó, porque adaptarme suponía llegar a ser como ellas, verme toda la vida sin salir de ese círculo de fuego, viajando a los mismos sitios, hablando igual, pues sobre todo sus maneras de hablar me molestaban, vistiendo la misma ropa, viviendo como había vivido mi madre.

Fui una tonta dejándome sorprender como si aquello hubiera salido de la nada, pero más o menos sucedió así. Antes de la boda él estaba descontextualizado todavía, yo sólo lo veía en los bares de gente universitaria que él frecuentaba después del trabajo, las alumnas más pijas se lo rifaban, incluso muchas que no lo eran. Quizá por eso no me llamaba demasiado la atención, pero yo a él sí, acaso por percibirme más arisca y esquiva que las otras, hasta que un día con más copas de la cuenta y algún que otro canuto empezamos a despeñarnos juntos. Pero antes de la boda no me asomé con él todavía a la profundidad del círculo cerrado, ese pozo. Albergaba yo una ilusión indefinida y borrosa acerca de lo que iba a ser mi vida inmediata en la casa con jardín comprada por mi suegro, donde yo desarrollaría una especie de mundo propio, confuso, entre anarquista y burgués, abstraído de todo lo demás, olvidando la desconocida pero ya sospechosa procedencia del dinero con que había pagado al contado ese escenario en el que yo iba a evolucionar como esposa y madre y estudiante universitaria y escritora de cuentos infantiles. Un mundo que no pensaba en absoluto tener que abandonar para ir a actos sociales corporativos y familiares, como empezó a exigirme mi esposo con sus bufidos de bufete, hasta que dejó de exigírmelo porque fui yo la que empezó a bufar. Pero eso vino después de todo lo demás.

A veces me siento torpe ante mi terapeuta, no consigo encontrar las palabras exactas, fantaseo con que sea ella quien las encuentre y alguna vez escriba el relato que a mí me cuesta escribir. Se me desbordan las confesiones, en vez de desnudarme suman nudos internos, y al regresar a casa repaso dentro del coche todo aquello como si fuera el testimonio de una mujer ajena que hubiera hablado de mí, siendo capaz de alcanzar la claridad sólo unas pocas veces.

Los ojos de Rodrigo eran claros y sinceros. Por ejemplo, eso digo. O que no supe verlas venir. Y luego me pregunto en la calle si es cierto, y si no fuera cierto por qué lo he dicho, por qué no escoger con más cuidado las palabras para volcar mejor los hechos durante esa hora escasa, esos sesenta euros. Si de verdad es importante aquello que acabo de nombrar, si de verdad creo que mi mano izquierda y la mano izquierda de Lorenzo tienen alguna trascendencia para el mundo, y no sería mejor estar volcando estas contrariedades en algo constructivo para otras, niñas desprotegidas ahora como yo no lo estuve entonces, mujeres desprotegidas más allá de lo que yo haya podido estarlo nunca en mi casa comfortable, dentro de mi políticamente correcto matrimonio, hijos perdidos. O en apoyar de alguna forma útil a una mujer como Maru y a su madre, que ha tenido que levantarse de las muertes cercanas porque estaban las hijas con sus vidas torcidas y llegaban los nietos.

Maru había dicho que su padre no fue capaz de encajar lo de sus hermanos porque siempre quiso que fueran obreros especializados como él, torneros fresadores, fontaneros, electricistas o

carpinteros. Ésos eran los sueños de su padre. Mira qué poca cosa, tener hijos obreros, dijo Maru. Que antes no era como ahora, que la gente ni se atreve a pensar en el futuro de los hijos, o les desean futuros de películas americanas, *famoseos*, dijo Maru. Antes, en los años sesenta y setenta, le cuenta su madre que una todavía podía hacer planes para los hijos, y que un chaval, si quería ser tornero fresador y se preparaba, iba a ser tornero fresador, iba a ganarse bien la vida. Pero llegó la droga y se acabó todo.

Así es como cuenta ella la historia, y mi Manuel, como le ha escuchado eso a su abuela muchas veces y es un animalito que no sabe razonar, empezó a juntarse con esos nazis o lo que sean, que me da igual lo que sean, para decir que con Franco se vivía mejor, y te hace un gazpacho político que no hay por dónde cogerlo, Lola, que se pone por ahí a hacer pintadas con ellos diciendo que Viva Franco, que Arriba España y que fuera los putos moros que nos quitan el trabajo, ya ves, se salta a la torera lo antifranquista que fue mi padre, que era sindicalista de los peleones, y se queda con lo del trabajo. ¡Y todo esto como si él estuviera sufriendo por no trabajar, que es que ni siquiera lo intenta! Yo le digo: ¿Pero qué moro te ha quitado a ti un trabajo, desgraciado, si tú en tu vida has trabajado ni has estudiado ni has buscado un empleo? ¡La madre que lo parió!, dijo Maru.

No le conté que también a nuestra casa empezó a llegar la droga, en este caso de altos vuelos, y yo no quise enterarme, hasta que una tarde oscura de invierno sorprendí a Rodrigo esnifando en el baño de nuestro dormitorio antes de volver a salir hacia una de sus agotadoras cenas con clientes. Lorenzo tendría meses todavía. Recuerdo el pelo recién engominado y el olor a perfume masculino de Adolfo Domínguez flotando en el baño.

Esto no tiene importancia, lo hago por agotamiento, no te preocupes, dijo él.

Creo que lo haces desde hace tiempo, dije yo.

Por alguno de sus gestos, tal vez la familiaridad con que se sacudió sobre la palma de la mano el tirador plateado antes de guardarlo en el bolsillo interior de la chaqueta, sin evitar chupar los restos de coca en la mano, supe que no era algo aislado, ni sería la última vez.

Qué pequeña me sentí la otra noche ante Maru, como si ella fuera ganando altura a medida que hablaba del padre del *Loco*, el *Político* del instituto. Él y yo nos íbamos a una plaza sin árboles y a lo mejor sí, nos fumábamos un porro o dos, para qué voy a negártelo, pero después de ese porro él lo que hacía era pensar, ¿sabes? Nunca le daba por pelearse con otros ni por hacer daño a nadie. Parecía que el hachís le ayudaba a pensar, era un tío muy pacífico.

Comprendí que esa raya que acababa de esnifarse contenía con efectos retroactivos los sudores de invierno, los largos y vehementes monólogos sobre trabajo y gente *importante* que tuve que tragarme sin que me preguntara siquiera cómo vas con los exámenes, has terminado el cuento que estabas escribiendo, qué puedo hacer por ti. O algunos raptos de ira que tuvo cuando el niño lloraba de noche, siendo un bebé.

Maru contó que *el político* le pedía que mirase los bloques que tenían enfrente y decía: Míralos, son como una colmena, nos tienen ahí metidos, cada uno en su rincón del panal, apiñados pero separados, los griegos decían *divide y vencerás*, ésa es la estrategia que llevan con nosotros los de arriba, y los de abajo nos dejamos dividir sin estrategia.

¿No te parece increíble que un chaval de diecinueve años viera eso con tanta claridad, Lola?

Yo asentía con la cabeza, sintiéndome miserable en mi condición de dueña de una casa con chimenea, exesposa de triunfador cocainómano, habituada yo misma a estimulantes químicos, la madre *pastillómana*, salvada de catástrofes mayores gracias a una terapia mensual. Supe entonces que pronto hablaría de Maru en la terapia, presentaría a Maru a través de la total subjetividad de mi mirada, como le presento todo, de eso trata nuestro juego.

Fíjate que de Manuel, ese hombre que murió tan joven, no por la droga dura como su hermano, sino por una mala hepatitis que se le contagió, me salió un niño como el *Loco*, mi otro Manuel, y luego, de otro loco con el que he perdido más años de la cuenta —¿pero había sido un loco o fueron dos?— tuve a mis dos más chicos, que me han salido responsables como si fueran hijos del primero. A ver cómo se explica eso, por qué ellos no se han dejado llevar por las locuras del hermano mayor.

No quise su dinero, incluso estaba dispuesta a dejar la casa, pero tampoco tenía él interés por la casa, y volvimos a ser tradicionales en la ruptura como lo habíamos sido en el matrimonio: la casa para la familia, después de todo abandonada.

Dijo Maru que algunas veces ella también lloraba, pero que a lo mejor menos que yo, y me di cuenta de cuánto habían contado de mí las lágrimas no reprimidas dentro del coche, aunque hubiera hablado poco. Dijo: Tenías que ver cómo habla y cómo razona mi Isaac, el tercero, que tiene ahora quince años y estudia como el que más.

Tal vez yo tendría que haber explicado a Maru cómo funcionaba en mi cabeza la captura de nuestros hijos por el odio políticamente dirigido, pero no lo hice. Tal vez, hablando con ella de esto en voz alta, yo podría haber resuelto dudas propias que siempre quedan sin resolver, veladas en mi permanente monólogo sobre causas que no consigo comprender del todo. Tendría que haber sabido encauzar nuestras ansiedades comunes, liberando de culpas a padres y madres, familias y barrios. Ir más allá, en compañía de Maru. Sacar juntas las cabezas de los universos asfixiantes y pequeños que parecían atenazarnos, a ver qué pasaba.

Habló Maru de algo que se decía a sí misma cuando estaba llorando sola en una habitación. Acababa diciéndose que eso de tener a una mujer metida en casa, llorando sola, seguro que beneficiaba a alguien que no la conocía ni a quien ella conocía. No sé explicarlo mejor, dijo, como si echara en falta todavía el consejo del político Manuel. Sólo digo que antes de quedarme allí y darle a alguien ese gustazo de tener a una mujer llorando metida en su casa, Lola, me voy a una manifestación, como me he ido, y me olvido de mi problema y me meto en el problema de mucha gente como yo, la gente de las colmenas, y me acuerdo del padre del *Loco* y en la calle grito con esa gente, y te juro que luego, cuando vuelvo a casa, ya no me siento tan sola, me siento mejor, más tranquila que antes, como si me hubieran dado un masaje en el corazón.

Así había hablado Maru con su camiseta ajustada de *Metallica*, entre paredes de madera, gente desconocida y cervezas alemanas: así creció ante mí y fue venciendo la distancia social de las chimeneas.

15

Están sentadas en la sala de espera de Urgencias, esperando a que examinen a Lorenzo y hagan un diagnóstico de su estado. El hospital tiene luces cenitales tan heladas como las de la comisaría, dos sábados atrás. No han dicho todavía una palabra desde que se llevaron a Lorenzo en la camilla. Resuenan sus estómagos vacíos. La gente que hay en la sala de espera es variopinta, hablan a voces o lo hacen en susurros. Se han sentado alejadas del resto, en una de las esquinas. Junto a la puerta hay una máquina expendedora de bebidas, y otra de sándwiches, galletas y dulces. Gema se levanta, atraviesa la sala y trae dos cafés con leche y dos magdalenas. Tenemos que comer algo, ¿no? Tenemos que estar fuertes. A pesar de las miradas cautas y desconfiadas que se lanzan, parecen unidas ahora por los plásticos calientes del café, por la bollería industrial.

Quién eres, cuéntamelo, pide Lola intentando una sonrisa.

Ya le he dicho mi nombre: Gema. Somos casi vecinas. Soy la novia de Lorenzo. Más de una vez le he insistido a él para que le contara que estamos juntos, pero me parece que no habla mucho con usted...

Lola niega con la cabeza, se quema un poco al probar el café de la máquina, rompe el plástico de la magdalena y pide a Gema que la tutee, volviendo a sentir punzadas en la nuca. Ésta empieza a contar que conoce a Lorenzo desde primero de la ESO, cuando ella se vino a vivir aquí con su familia. Entró en el instituto repitiendo curso, tiene dos años más que Lorenzo y llevaba uno de retraso. Soy hija adoptiva, añade, explicando que era muy rebelde, que ha vagueado bastante y llevaba ese retraso. Ese año fueron compañeros de clase, les tocó el mismo grupo, por las letras de los apellidos. Lorenzo nunca ha tenido problemas con mi color de piel. Gema sigue hablando, sin hilvanar un relato claro y lineal como el que espera Lola. Es decir, a ver... Ahora es un *skin*, ¿vale? O eso parece. Sí, ya lo sé, ya lo sé... ¡Ja! Me río por no llorar.

La risa nerviosa de Gema descubre dos hileras de dientes blancos, que después de reír por no llorar empiezan a morder la magdalena.

Pensé lo mismo cuando me dijiste que eras su novia, y tampoco me acabo de creer el supuesto racismo de Lorenzo. No lo eduqué para ser racista, sabes, pero no se me ocurre mayor idiotez que intentar eso, ser racista, qué absurdo, dice Lola. Continúa, por favor.

El dolor en la nuca suele estar provocado por su tensión arterial, que a menudo es alta y tiende a subir, quizás ahora más, desde que otra vez fuma. Cuando en las tardes bajas se mira en el espejo, presiente cataclismos. La fuerza de la gravedad se prepara para hacer con ella un trabajo contundente, está esperando su turno para iniciar el declive. Frente a la inminencia de esas ruinas que anuncia su nuca, está ahora la firmeza, simétrica y suave, del rostro de Gema. Necesita hacer

esfuerzos para no distraerse en ese rostro, porque quiere escuchar lo que dice la chica sin perder un matiz ni una sola palabra.

Está contando que Lorenzo y ella antes habían salido juntos, pero poco tiempo. Siempre había habido una atracción fuerte, dice, pero en cuarto de la ESO ella se puso las pilas, decidió que no quería repetir más, así que estudió en serio, terminó con nota el bachillerato y comenzó un ciclo de Enfermería. Mientras, Lorenzo se rapó la cabeza y se quedó estancado en primero de bachillerato. Bueno, eso ya lo sabe usted...

Lola no se molesta en asentir, le pesa demasiado la cabeza.

A mí Lorenzo seguía gustándome cuando nos veíamos, continúa Gema, pero él había cambiado, dejó de saludarme. Con esa mezcla rara que tiene a veces, mitad vergüenza, porque es muy tímido, y mitad desprecio por todo, que a mí antes me liaba pero ya más o menos sé controlar. Una tarde en un bar volvimos a vernos, él estaba solo, me acerqué y lo saludé, pasamos juntos un rato... Y hasta hoy. En resumen, algo raro sucedió, quiero decir, algo fuerte entre nosotros.

Sí, es cierto, *tiene esa mezcla* su hijo, lo ha expresado bien la chica, mitad vergüenza mitad desprecio por todo. A Lola también le gustaría *controlar* eso, como dice Gema. Mientras tanto, algo sigue presionando fuertemente por encima de su nuca. Algunas veces piensa que cualquier día inesperado a partir de los cuarenta llegará un aneurisma, un ictus cerebral o un infarto definitivo como el de su padre.

Fuerte ha tenido que ser para que a él no lo haya parado ni mi color de piel, ¿no? El problema es su grupo, son esos... Gema, que parece hablar ahora como para sí misma, se detiene intentando encontrar las palabras. Ya no sonrío. Cuenta que él lo ocultó. Lo ocultó, claro, dice. Cuenta que con ellos se veía en unos sitios y con ella en otros. Pero que esta ciudad no es muy grande y aquí se termina sabiendo todo. Parece que todo el mundo lo sabe todo. Lorenzo no es racista en verdad, dice. Ha intentado serlo por adaptarse a ellos, pero lleva un tiempo queriendo dejarlos.

De sobra sabe que una mujer de cuarenta años no es vieja, Gloria y ella se encargan de repetirlo en las reuniones grupales con mujeres de la asociación donde colaboran como voluntarias, *Amanecer*. ¿Esperan esas mujeres un nuevo amanecer?

¿De verdad? ¿Cuánto tiempo? No sé nada de eso. ¿Sabes que lo detuvieron el otro día, y que había agredido con armas a otros jóvenes?, pregunta Lola, levantándose.

Cuando Gloria, jovial, comenta en las dinámicas grupales de la asociación que ella tiene sesenta años y no está dispuesta a escuchar a tantas mujeres que rondan los cuarenta decir que son viejas, Lola suele escuchar sin mirarla, diluyéndose entonces en el grupo, una más.

Gema está explicando que las armas no eran suyas, eran del *Loco*. Asegura que Lola está equivocada, porque Lorenzo no agredió a nadie: lo agredieron a él. Ella sabe que él no ha contado esto en casa, dice que ha ido a verlo allí cuando estaba solo y le ha insistido para que hable, que le ha dicho muchas veces: Tienes que hablar con tu madre, habla con ella, seguro que quiere

escucharte y te ayudará.

¿Pero os habéis mirado bien? ¡Viejas, decís! ¡Viejas, cuando os queda toda una vida nueva por delante! Una vida que habéis empezado ya, por estar aquí ahora, en *Amanecer*, y haber dado este paso tan importante para vosotras y vuestros hijos e hijas.

Y qué contesta él a eso, pregunta Lola, sintiendo una debilidad repentina en las piernas. Gema parece no querer contestar a esa pregunta. Bueno él... Es que es muy cabezota y a veces también suelta las cosas sin pensar.

Sin rodeos, por favor. Dime qué contesta a eso.

Contesta que no puede hablar ni con su madre ni con su padre, pero no da más explicaciones, dice Gema.

Lola se vuelve a sentar, apoya los codos sobre las rodillas y se tapa la cara con las manos, quedándose inmóvil. Tranquila, Lola. Yo sé que no es así. Y él también lo sabe. A usted... A ti te quiere mucho. Lo conozco bien.

Qué poderoso vínculo surge entonces entre ella y esas mujeres que han tenido vidas más difíciles que la suya, corrientes que la hacen enmudecer, pues aunque lo intenta no es capaz de sumarse con convicción a las palabras energéticas de Gloria sobre la supuesta juventud de los cuarenta años. A menudo se ha sentido una impostora estando de ese lado de la mesa, dando la charla en vez de recibéndola, pues ella misma se siente así, a veces vieja, casi vieja, igual que esas mujeres.

Gema ha hablado en voz baja, apoyando con cierta timidez su mano sobre el hombro de Lola. Ella se vuelve y mira esos ojos que lanzan ráfagas verdes, resguardados por una espesura hormonal de pestañas. No esperaba una novia. Todas las fantasías de las últimas noches incluían la navaja, las heridas, la sangre, nubes de humo muy sucio, reyertas, borracheras, cualquier clase de drogas, puños americanos, paredes negras, motos, gritos, calles oscuras, madres que como ella lloraran las esperas en sus casas, aisladas, otros cuerpos heridos, sirenas de ambulancia, coches de policía, bares que antes de abrirse ya huelen a alcohol rancio, banderas sin sentido, la ciudad ahí abajo como un nido de jóvenes perdidos y rapados, la música violenta. No esperaba esta novia. Quiere saber ahora qué ha pasado, quién ha apuñalado a Lorenzo, pero Gema se encoge de hombros y mira hacia otra parte haciendo un gesto que igual puede indicar ignorancia que duda, incluso culpa. Amenazado por estar con ella, eso ha dicho y es mucho, no parece dispuesta a dar ahora más información, algo la frena, tal vez una vergüenza inexplicable, tal vez un asunto de lealtad a Lorenzo.

Entra en la sala un médico joven, alto, bata blanca, que pregunta por la familia de Lorenzo Gómez-Frías. Ambas se acercan.

Soy Dolores Rey, su madre, dice Lola.

Dolores: su hijo tiene una herida punzocortante provocada por arma blanca, no accidental sino intencionada, de una profundidad que no afecta a órganos vitales. Necesito saber qué ha pasado, dónde y quién le ha hecho la cura anterior.

Antes de que Gema hable, Lola afirma que no tienen ni idea, y añade que Lorenzo ha llegado

así a casa. Sabe que ha sido poco convincente, pero no se molesta en añadir detalles que intenten suavizar la expresión de sorpresa en la cara del médico de guardia. Lola espera que él no se detenga demasiado en pedir explicaciones, es demasiado tarde y no habrá dormido, hay demasiada gente, todo es urgencia aquí.

Señora, estas cosas hay que resolverlas cuanto antes y en un hospital, que para eso estamos. Esa cura se ha realizado hace horas y sin un tratamiento adecuado, tal vez sin estar del todo limpia la zona perilesional. El tiempo en estos casos es crucial para el enfermo, y aquí ha jugado en contra. Su hijo tiene dolor agudo y fiebre alta, se ha debido de complicar con un proceso infeccioso, le hemos administrado analgésicos y antibióticos por vía intravenosa, y debe permanecer en observación. ¿Sabe usted qué ha podido sucederle a su hijo? ¿Ha interpuesto denuncia?

Lola niega con la cabeza. No ha dado tiempo, dice. Pensaba poner hoy mismo una denuncia por desaparición, llevaba cuatro días sin saber de él. Se escucha decir eso a sí misma como si fuera otra quien habla, consciente de lo raro que suenan esos cuatro días con sus noches sin que una madre sepa de un menor, sin que medie una denuncia, cualquiera se preguntaría por qué ha esperado tanto y a Lola le sería difícil responder. Le sube una congoja a la garganta.

Yo... no sé nada. Perdone, estoy un poco mareada. Tengo que sentarme.

Lola se sienta, pálida, sin dejar de mirar al médico, pensando que tal vez, si hubiera puesto antes la denuncia, podría haber evitado el apuñalamiento.

Su pronóstico es reservado, pero no se preocupe, Dolores, está fuera de peligro. Lorenzo ha podido informarnos de que es menor de edad, ¿correcto?

Sí, tiene diecisiete, casi dieciocho. Los cumple este mes.

También nos ha dicho que no quiere interponer denuncia. Opino que debe hacerlo usted, y nosotros presentaremos un parte al juzgado de guardia por agresión. El médico forense tiene que valorar la herida y creo que debemos informar a la trabajadora social del centro, para que conozca esta situación.

Gema acaba de sentarse junto a ella, llorosa.

Comprenda que no es normal que un menor falte varios días de su casa y aparezca con una herida de estas características, sigue diciendo el médico. Pero iremos por partes. De momento su hijo estará en observación el tiempo que sea necesario. Le avisaremos cuando pueda entrar a verlo. Después lo subiremos a planta, y quedará ingresado hasta que los síntomas remitan.

El médico se va. Lola intenta calmar el llanto silencioso de Gema frotándole la espalda, extrañamente aliviada. No esperaba a estas alturas alguien que dijera que quiere a Lorenzo. Cuánto tiempo hace que nadie ha dicho delante de ella que quiere a Lorenzo, nadie lo verbaliza, su hermana, su padre, sus abuelas, su abuelo. Seguro que lo quieren, sí. En qué clase de soledad se ha ido instalando ella para no sentir a nadie queriendo a su hijo.

El alivio ante el llanto de la muchacha desaparece pronto. Debería llamar a Inés. A Rodrigo. Venga, cálmate, Gema, tenemos que ser fuertes —se siente consolada al incluirla en esa primera persona del plural—, tú misma me lo has dicho hace un rato, ¿verdad? Vamos, no llores, Gema.

Apuñalamiento por arma blanca. Antes de sacar el teléfono del bolso piensa en las palabras con las que despertará a Inés, tal vez sea mejor dejar que duerma un rato todavía, esperar que

llame ella. No estaba con Lorenzo en un hospital desde que él nació, cuando la primera luz cayó sobre la cabeza llena de pelo oscuro. El primer llanto de Lorenzo abajo de sus piernas, fuera ya.

Maternidad temprana. Puede que ése sea el lazo que la une a esas otras mujeres dañadas. Conocía las teorías, pero no había vivido esa verdad como ahora, aquí, en la sala de Urgencias. Una verdad que la desnuda del papel casi profesional, técnico, que adopta al dirigir con Gloria esas dinámicas grupales.

Su tensión arterial carece de importancia, el dolor hacia arriba de la nuca. Él aquí, separado por paredes de hospital que parecen un mundo, sigue siendo su zurdo querido hasta los huesos, quien se desvía como ella del camino trillado. Ya sabe que no hay que aferrarse a los hijos. Recuerda aquella carne, olor de almendra amarga rompiéndola por dentro. La primera mirada de sus ojos, perdida. Todavía siguen juntos, a pesar de todo aquello que tiende a separarlos. No es poco eso, le parece.

Maternidad precoz en una sociedad que lleva años pariendo tardías maternidades. Por qué pretende Gloria que se sientan tan jóvenes, ¿es un objetivo útil lo de sentirse joven? Tiene que hablarle de esto, decir que las comprende, confesar pronto a Gloria que es como esas mujeres que se juntan y buscan un nuevo amanecer, sintiéndose algo viejas aunque sepan que no lo son, esperando calladas el incierto momento de creerse jóvenes. Para qué.

¿Por qué nunca le habló él de la muchacha de piel oscura que sabe mirarlo sin reducirlo y no lo deja tirado en el erial de miradas romas donde todo el mundo parece abandonarlo siempre, incapaces de ver más allá del niño rapado que se droga y no sabe querer? Por eso Lola apenas habla con nadie de Lorenzo, salvando las sesiones de terapia, cuando la veo llegar cansada, hasta que habla y consigue dejar de lado la tensión de tener que esquivar esa losa plana y pesada que, tarde o temprano, cualquiera que la escuche puede dejar caer sobre su cabeza. El peso de los prejuicios, el orgullo y la vergüenza ha cavado la trinchera: a un lado el resto del mundo, al otro lado ella con el hijo zurdo, el hijo raro y rapado de esa madre un poco desequilibrada que a veces se echa a llorar en público, que se medica para poder seguir, sentenciada en el vecindario y dentro de su propia familia.

Cree verlos desde lejos, los presiente al otro lado de la zanja familiar, emitiendo veredictos. Las dos abuelas y el abuelo hace ya tiempo los emitieron, favorables para Rodrigo: la *culpa* es de la madre. Saben mucho de culpas pues se confiesan mucho. Debería, sí, llamar a Rodrigo. La inmadurez de Lola, la rebeldía de Lola que eligió estudiar y escribir en vez de dedicarse *al cien por cien* a su hijo, qué necesidad tenía de tanto leer y escribir. Las madres tienen que estar ahí para hacer funcionar lo que funciona mal, le dice a ella su madre. Con Inés tuvo suerte, *salió buena*, mientras que al niño no ha sabido llevarlo, se le fue de las manos, demasiados proyectos paralelos, pero ¿qué pretendía, por qué nunca parecía satisfecha teniendo un marido que se lo daba todo, que sólo quería hacerle la vida fácil? El bucle de culpabilidades la inmoviliza: la familia parece culpar a la madre, ella misma parece culpar al padre, y es por la herida abierta en el hombro del hijo por donde supura tanta culpa, todo ese infeccioso pus católico. Llamarlos, piensa Lola; y después qué, contestarán alarmados al teléfono, vendrán a certificar de nuevo sus fracasos, lanzarán preguntas para las que todavía no hay respuestas: quién, cuándo, por qué, cómo.

Gema ha venido a romper los horizontes ciegos. Las dos velan ahora, en la sala de urgencias. Una ha intentado curarlo y lo ha ocultado, otra no ha sabido reaccionar a tiempo, no ha ido a buscarlo el mismo día que se fue. ¿Por qué ha esperado tanto, por qué no llamó a la policía antes de la tercera noche, del arma en el hombro? Donde el resto del mundo sigue viendo un verdugo, ellas creen compartir la timidez o la cobardía del chaval que oculta a su novia, del hijo a quien la madre no ha sabido proteger. Quisiera ahora meterse en esa cama de hospital y dormirse, reposar junto al niño que de su mano orillaba el mundo por el lado infrecuente, como aquellas noches en las que Lorenzo se pasaba a su cama porque había soñado con el *robot malo*. Quién era aquel robot y qué le hacía, nunca se lo contó, sólo acudía a mamá y respiraban juntos.

Debería llamar al padre o tal vez sea mejor, después de hablar con Inés, que sea la hija quien llame. No se trata solamente de responsabilidad: le parece sentir que quiere allí a Rodrigo. Lo hará, lo llamará, tiene que calmarse, pensar tranquila o dejar de hacerlo, eso es, si pudiera dejar un rato de pensar. Nunca le habló a su hija ni a su hijo con esos términos cursis de cigüeñas y semillitas para explicar por qué habían nacido, ni siquiera recuerda cómo les contó aquello, si lo hizo alguna vez. Tiene que ser ella quien lo llame, sí, el padre ya conoce los pasos de su hijo, y aunque sea desde lejos está metido en esto, el padre aunque nunca se haya rapado la cabeza también cree que Arriba España y Viva Franco y a la mierda los putos moros y negros que ensucian las calles y las putas feministas comunistas medio locas que los defienden.

O podría contestar las llamadas perdidas de los dos últimos meses, decir *Hola, soy yo*, decir *Anoche apuñalaron a mi hijo. Pero no es grave, sobrevivirá*, y oír esa voz calmada que no oye desde la intimidad recobrada en Madrid. Sólo se han cruzado emails en los que él la emplazaba a verse pronto, por qué no en el mismo sitio, en Madrid pero esta vez sin congreso, sin gente conocida alrededor, y ella ha respondido con vaguedades, que no es fácil para ella, que su vida es un poco complicada y no quiere complicarla más, aun así agradeciendo esas llamadas perdidas que llegan y ella dice que la arropan del frío.

Es hora de que Gema intente descansar, no quiere atosigarla con preguntas, le pide que se vaya y recoja su casa. Se despiden con un abrazo en la puerta de la sala de Urgencias. Desde allí mira cómo la chica se aleja hasta ser tragada por las calles de la ciudad hostil, capaces de absorber sin derrumbarse la música machacona compuesta por asesinos que entran y salen de las prisiones, amotinando a otros, *Véncelos en la calle*, la ciudad como una cárcel abierta para el hijo zurdo, acuchillándolo, deseando aprisionarlo. Batallas que no conoce, que solamente puede imaginar. Si supiera comprenderla, comprender esa ciudad y a la vez ser comprendida ahora y aquí, en la puerta de Urgencias, ella la madre herida, la ciudad asediada, la patria al fin y al cabo violentada.

Apenas le da tiempo a apartarse de la puerta. En la esquina vomita, de unas pocas arcadas, el café y la magdalena. Sólo después aprecia el sol de invierno en el cielo seco y brillante, como si acabara de salir de un túnel. Apoyada en la pared, con los ojos cerrados, se demora en sentir el tímido calor que llega hasta su cara desde lejos, atravesando el aire de diciembre. Saca el teléfono móvil. Son las nueve y cinco de la mañana. Tiene que llamar a su hija, ella le ayudará a decidir qué hacer, ella la animará para hacer las llamadas que tengan que hacer. Cuando la herida

vaya mejorando irán a comprar juntas un pino natural, y turrón. Todavía guarda adornos, copos de nieve blanca, campanas y trineos y estrellitas de fieltro, que fabricaban juntas y Lorenzo colgaba. Y cada navidad sus cumpleaños, dos tartas poco antes de terminar un año y otro año y otro año, *Cuando él cumpla dieciocho, la mayoría de edad, yo cumpliré cuarenta, si es que llego*, éstos eran los cálculos inocentes que hacía. Y está aquí. Ya ha llegado.

Querría llamar a Maru, cómo es que todavía no ha pensado en Maru, puede que Maru sepa, Lola querría que Maru estuviera con ella, fumar con Maru aquí como dos condenadas en la puerta de la sala de Urgencias, antes de la mirada fiscalizadora de Inés. Sólo necesita unos minutos más de silencio para construir un paréntesis protector donde poder refugiarse luego, cuando tenga que enfrentarse a las mil preguntas de la parentela. Un paréntesis elástico y permeable, aquí de pie, con los brazos caídos, los ojos cerrados y las manos abiertas.

No debería morirse todavía.

Bajo el sol de invierno decide que Gloria será la elegida, la primera persona a la que va a llamar, con la que menos palabras hará falta usar para contarle.

Saca el teléfono móvil y marca el número de Gloria.

Aunque su hija ya estudie en la universidad y su hijo se junte con neonazis y por eso quizás este sentirse vieja, cuarenta años no son tantos, no son tantos, puede que incluso sean pocos para comprender, después de todo.

16

He subido al autobús número cinco. Tomé la decisión una hora antes, consultando el plano de la ciudad en la página web del ayuntamiento mientras desayunaba un té con galletas. Dejé el coche aparcado en el centro y me sumé a la gente que esperaba en la parada para aventurarse, en la velocidad agónica del bus, por estrechas avenidas que se filtran a través de estos cristales manoseados. Todo lo que antes me parecía plano adquiere aquí volumen, profundidad. Una mujer muy joven sube con un bebé, se sientan a mi lado, me da los buenos días. Desde que aprendí a conducir, después de nacer Lorenzo, apenas había vuelto a subir a un autobús urbano. Mi estómago en desorden parece rechazar lo poco que he comido estos días, pero ahora ignoro el sabor ácido en la boca y paladeo la aventura agridulce de ir a un lugar adonde nunca fui para hacer algo que nunca hice y ni siquiera sé en qué consistirá, presentarme donde nadie me espera y después qué.

Al ritmo del runrún de acelerones, frenazos, esperas y puertas automáticas que se abren y se cierran expulsando y acogiendo gente, siento la agitación de quien se dispone a quebrantar el veto de las estancias prohibidas, como cuando abría la puerta del despacho de mi padre sin pedir permiso, rodeada de personas que hablan entre sí o miran sus teléfonos, mecidas en la costumbre del transporte colectivo. Tercer día de Lorenzo en el hospital. Gema no ha vuelto ni me ha llamado. He pensado que no fue del todo sincera conmigo. Tal vez se comunica con Lorenzo por el teléfono móvil que él vuelve a tener desde ayer. Cómo voy a saberlo. No sé nada de ellos. Hemos convenido que el padre de Lorenzo se encargue de la denuncia. Cuando llegó nos dimos un abrazo espontáneo, Rodrigo y yo. Sentir que seguimos siendo diferentes pero capaces de unirnos ante el hijo herido me ayudó a calmarme. Fue como si se esfumara un largo malestar equivocado...

Lorenzo, testigo del abrazo espontáneo, lo habrá digerido a su manera. No ha querido contar nada, pidió que lo dejáramos en paz; y se recogió en su hermetismo mirando hacia el techo de la habitación sin querer hablar con nadie, pálido. Parecía atontado por los medicamentos. En el asiento de delante viaja una mujer africana con una niña dormida de algo menos de un año, el mismo pelo negro y encrespado que la madre. Puede que el hombro le duela más de lo que dice. Recuerdo estar así algunas veces, con Inés dormida sobre mi pecho, nunca en esta línea sino en la que conducía a la facultad, cuando iba con ella a buscar libros, recoger notas o intercambiar apuntes, en una de esas mochilas porteadoras de bebés que usábamos sobre todo en los viajes por ciudades lejanas, donde llegábamos a subir los cuatro juntos en transportes públicos como si se tratara de un acto de exotismo, tras haber dejado el coche en el aparcamiento del hotel, si es que no habíamos llegado en avión.

Miro con interés las calles que se despliegan en cuadrícula más allá del autobús. Me pican los

ojos. Cuanto más lejana era la ciudad, más partidario era Rodrigo de renunciar al taxi y utilizar el metro o el autobús, cediendo a los ruegos de Inés y de Lorenzo por probar lo diferente. Saco de un bolsillo las gafas de sol. Bloques de nueve alturas, algunos más bajos, seis, salpicados de plazas desaliñadas y de jardines, más frondosos y limpios los que están vallados. Jardines privados sólo para uso del vecindario de las latas de sardinas. La mitad de la noche la he pasado en un duermevela sobre el sillón plastificado del hospital, sin poder acoplarme a la respiración sosegada de Lorenzo, que dormía.

Siento que las calles me miran permitiendo mi curiosidad aunque sea desde el autobús que las bordea por la avenida, dejando que se adentre mi mirada. Eran poco más de las cuatro de la madrugada cuando se dio la vuelta bruscamente, murmuró entre sueños algo que no pude entender y al poco abrió los ojos, nos miramos, pidió agua y después me dijo que me fuera, que no hacía falta que estuviera allí, el tono de su voz domesticado por el tiempo de herida y hospital. *Latas de sardinas, gente que vive en latas de sardinas*. Me hubiera gustado creer que lo decía para que yo pudiera descansar, pero supe que era porque no quería sentirse observado por una madre loca con los ojos abiertos en la semioscuridad yodada y aséptica de la habitación. Se colaba la luz del pasillo por la puerta casi cerrada. La otra cama estaba libre, ayer dieron el alta al chaval que la ocupaba, herido por accidente de moto y al que su novia velaba por las noches. Una enfermera me había dicho, en tono cómplice, que pondría a los chicos juntos, para que Lorenzo no tuviera que estar con pacientes muy mayores que había en otras habitaciones.

Las calles se preguntan qué vengo a hacer aquí. Esta parte de la ciudad no me necesita. No hay aquí nada que pueda comprar la gente como yo. Qué podríamos consumir. Pequeños supermercados, alguna frutería. Yo también me lo pregunto. Como si sólo supiéramos movernos para comprar. Le hice caso a Lorenzo y me fui sin besarlo, accediendo a dejar el hospital por primera vez desde su ingreso. Salí enfadada: no pasaré aquí ni una noche más, si no me quiere a su lado no me va a tener, y si los demás quieren de verdad turnarse para estar con él, como han estado repitiendo sin demasiada convicción, que se turnen, que se venga el abogado al puto sillón de plástico. Qué alivio ha sido llegar a casa: todo estaba recogido en el orden esponjoso que Inés logra conseguir para que yo mantenga la cordura. No me apetecía estar sola, pensé en subir y abrazarme a ella, me hubiera gustado tener un cuerpo templado al que poder abrazarme sin hablar, pero no quería despertarla, así que bebí agua, me senté en el sofá, me quité los zapatos y me quedé dormida con una profundidad que sólo podía deberse al cansancio del paréntesis hospitalario.

He despertado casi a las doce del mediodía, cuando ella cerraba con llave la puerta de la calle desde fuera. Tardé en abrir los ojos, mantuve todavía la posición fetal, reconocí que estaba en el sofá de casa, Inés me había echado una manta limpia y suave por encima, mi cuerpo olía a sudor. Después de ducharme puse una lavadora, preparé té negro con galletas, abrí el ordenador portátil en la mesa de la cocina y busqué en la página web del ayuntamiento las líneas y los itinerarios de los autobuses urbanos hacia el extrarradio. El cinco es el que más se acerca al Barrio Uno, donde no llega a internarse, después alcanza la frontera del Barrio Dos y desde allí vuelve al centro, pasando por barriadas que tampoco he frecuentado.

La periferia siempre se extiende ante mí como un gran signo de interrogación que llama a ser explorado, las calles incógnitas, adivinadas desde los cristales del coche que a lo lejos entra o sale de la ciudad, o intuidas desde la cama en las noches de espera, cuando intento imaginar dónde estará mi hijo. Ahora, expulsada del bus con un chasquido automático de goma recalentada, me interno entre los bloques. No sé qué espero que me cuente el barrio. No llevo bolso, sólo un viejo

anorak gris con muchos bolsillos, pantalones vaqueros y botines de cuero desgastado por el uso, sin tacón. Acaso el barrio sepa lo que no sé de mi hijo. En la mano izquierda, el papel con el plano rudimentario que he dibujado para saber llegar hasta la calle Almez. No necesito mirarlo más, es difícil perderse por estas calles anchas y en cuadrícula, con nombres de árboles. En la Plaza del Olivo hay puestos callejeros de fruta, verdura y ropa, hombres de todas las edades asidos a botellines de cerveza, que se despliegan entre la puerta del bar y el kiosco, un rumor de radios y televisores con la cantinela de la lotería. Pienso que sería bueno trasladar todo eso a un mapa como el que he visto en internet.

Es el día del sorteo de la lotería de navidad. Fuera me rodean las voces de la gente. ¡Aquí no ha tocado, habrá que esperar al Niño!, le grita una mujer a otra que va por la acera de enfrente. ¡Yo llevaba poco!, contesta la otra, ¡y menos voy a llevar para el Niño, ya me puede esperar sentado el Niño! Mientras desayunaba he buscado por internet datos y noticias sobre el Barrio Uno. Se ríen las dos y continúan andando en direcciones contrarias. Población aproximada: 3.400 habitantes.

En las escasas mesas que han colocado fuera del bar, veo mujeres sentadas frente a platos de pinchitos morunos, aliños, patatas bravas y boquerones fritos, cervezas, refrescos. He leído una entrevista *onlinedonde* el presidente de una asociación de vecinos se quejaba en la prensa local de la mala fama del barrio, afirmando que aquí vive gente buena, trabajadora, *normal*. Niños y niñas corretean entre las mesas del bar de la plaza del Olivo. De vez en cuando se acercan, reciben la comida que les ofrecen las mujeres en los tenedores y otra vez se alejan corriendo, con las bocas llenas. Es una imagen de libertad. Nunca nos dejaron hacer eso a mi hermana ni a mí. También Rodrigo y yo impedimos que Inés y Lorenzo se levantaran de la mesa antes de haber terminado de comer. Seguramente sea lo correcto, pero esas energías que gastamos en normas y prohibiciones me parecen ahora mal encauzadas, inútiles. Suenan a todo volumen canciones de *Camela* desde dos altavoces sacados a la calle sobre los que han colocado espumillones dorados y rojos, en un ambiente de celebración que parece prolongarse desde hace días. A nosotros las normas tampoco nos han dado resultado. Tres niñas de no más de diez años empiezan a bailar con gran experiencia al ritmo de la tecno-rumba, y son jaleadas con palmas. *No me hace caso, y yo me muero por su amor...* El volumen es alto, pero apenas consigue superar el del entorno vociferante. *Escúchame, compréndelo, es imposible nuestro amor...*

Me paro a fumar al lado de un puesto de ropa sin poder dejar de mirarlas. Impulsan sus cuerpos púberes con sabiduría de mujeres que llevasen bailando sin parar mucho tiempo, que a lo largo de años hubieran cantado y bailado como han visto hacer antes a sus madres y abuelas. Yo también he bailado alguna vez, pero no habitualmente delante de mi hija, y hace tanto tiempo que apenas me acuerdo. Mi cuerpo empieza a adquirir la inflexibilidad de los que nunca bailan. De las cocinas de los bloques bajan a la plaza olores de salchichas y pollo frito, de guisos de pescado. Apenas recuerdo mi vida sin hijos. Fue corta. Me gustaría saber decirles a estas niñas que no dejaran nunca de bailar, pero en vez de eso me acerco al puesto de discos pirateados y compro uno de *Camela*. He pedido el mismo que está sonando. El vendedor me ha dicho que ése es de los antiguos, que de *los camelas* tiene éxitos más nuevos, pero me he mantenido firme y ha dejado de insistir.

A veces llegan ráfagas de olor a porros y a suavizante de ropa. El cielo aborregado convierte esta parte de la ciudad en el techo de una gran casa colectiva en la que he entrado sin pedir permiso. Recuerdo los otros barrios de la ciudad vecina que conoció aquella adolescente que

observaba sin bajarse de un coche a rebosar. También por aquí pasarán chicas curiosas de los barrios altos que vienen a comprar con sus novios sustancias adictivas ahora, para Navidad, sin bajar de los coches. Puede que Gema y Lorenzo... No, eso no parece encajar con Gema, pero quién sabe... Sigo sin saber. Me demoro todavía antes de dejar la plaza, mirando la carátula del disco, antes de meterlo en el bolsillo interior del anorak. Algunas mujeres me observan como si pretendieran asegurarse de que no me conocen. Les sonrío y hago un gesto leve de saludo cuando paso delante de sus mesas, casi como excusándome por no venir a ofrecerles nada útil, salvo curiosidad y desconsuelo. Atravieso los bajos comerciales que hay junto a la plaza, locales cerrados, sin uso, una frutería oscura con una anciana muy flaca en la puerta, que vestida de negro me dice *buenas tardes*, y al lado una tienda de comestibles de la que sale un grupo de jóvenes con litronas de cerveza recién compradas, frías.

El portal del bloque siete está abierto, como los que he ido dejando atrás. Todo es de fácil acceso. En el jardín de la entrada, un anciano toma el sol sentado en una silla y también dice *Buenas...* sin intentar reconocermelo. Me fijo en las macetas que hay tras él, rodeando las paredes del edificio de nueve plantas. Está pendiente de los cuatro chavales que, un poco más allá, arreglan una moto cuyo rastro de grasa mancha las losetas de la acera. Dentro del portal estrecho, limpio aunque no suficientemente ventilado, huele a pescado frito en aceite de semillas. Olores más exóticos, cordero y hierbabuena, almendras y plátanos en aceite de coco, no sé distinguir bien, tal vez comida árabe, comida colombiana, completan la mixtura que me va a acompañar durante la ascensión. Algunos de los buzones están abiertos, sin esperar carta alguna o sosteniéndolas a duras penas, como bocas desdentadas sin pudor. El de ellas no. Me aseguro del número del piso mirando el nombre, Maru Domínguez. Calle del Pino siete quinto ce, me dijo al despedirnos, después de las cervezas alemanas, y yo pensé, sabiendo que no lo olvidaría: así que allí está la casa adonde ha ido algunas veces sin que yo lo sepa, en la calle del pino siete quinto ce.

El ascensor no funciona, tengo que acceder al quinto piso subiendo las escaleras, salvar las paredes desconchadas y la mirada curiosa de una mujer que asoma por la puerta de un tercero, porque desde el comedor ha visto pasar a alguien que no es de allí. Me mira de arriba abajo, sin responder a mi saludo. De las puertas semiabiertas salen ruidos de televisores con el volumen demasiado alto, discusiones familiares y risas escandalosas.

Las calles y las casas por donde he ido pasando están habitadas por eso que mucha gente considera *escoria social*. No sólo alguna gente de los barrios altos: también, y sobre todo, los grupos de neonazis piensan eso. ¿O acaso no salen a *limpiar* las calles, como dicen, de gente como ésta? Es extraño pensar que muchos vivan aquí, junto a la escoria, creyendo haber salido de la escoria, haber sido salvados por otros que sin duda no viven aquí y mueven desde otra oscuridad más acomodada sus hilos de marionetas rapadas, haciéndoles realizar acciones que antes quizá hubieran rechazado moralmente. Siento que este paseo me está ofreciendo una sobredosis de realidad que empequeñece los sueños monstruosos de mi razón confundida, por la noche, en la cama. Ahora no me parece posible que el local donde se reúnen pueda ubicarse en un barrio como éste. En grupo no serían bienvenidos. Al *Loco* ya lo conocen y lo admiten, su madre me lo ha dicho, que le tocó la china con él, como a otras tantas de aquí les habrá tocado la china de hijos absentistas, drogadictos, vagos, medio locos aunque no se rapen las cabezas. Pero a un

grupo de *skinheads* no puedo verlo aquí, no me lo creo, ni siquiera los imagino ya fumando porros igual que el vecindario que ha quedado en la plaza donde las niñas bailan. Serán otras rutinas, serán otras sustancias.

La puerta del quinto C está cerrada. Su contrachapado, reluciente como pocos de los pisos vecinos, parece contener más orden y silencio que lo entrevisto y oído en las demás viviendas durante la ascensión. Al pulsar el timbre se oye su chicharreo retumbando dentro, y después una voz de mujer que repite *Ya va, ya va, ya va* cada vez más cerca; ya viene —suelas de goma arrastradas por el pasillo—, tarda en venir, sigue avisando de que viene hasta que al fin se asoma a la mirilla, descorre el pestillo de seguridad, gira tres veces la llave echada por dentro y, sin preguntar, abre.

La anciana me mira de arriba abajo y me descubro, quitándome las gafas de sol, para decir buenas tardes y pedir perdón por molestar a esa hora, pero me imaginé que sería más fácil encontrar a Maru a la hora de la comida. Creo verme ahora en sus ojos: una extraña algo desequilibrada que se ha aventurado para llegar aquí y lleva un rato fuera de lugar. Me oigo diciendo mi nombre, explicando que soy una amiga de Maru y que llevo tres días llamándola al móvil sin obtener respuesta.

Pase, pase, que quiero cerrar la puerta, y usted parece de fiar. Usted no es de por aquí, ¿verdad? Sólo con que sea amiga de mi Maru, ya... Entro y me detengo al lado de la puerta. Después de cerrar con dos vueltas de llave, comienza a avanzar por el pasillo pidiendo que la siga, que no me quede ahí parada. Desoye mis disculpas, arrastra pesadamente sus zapatillas nuevas de andar por casa sobre el suelo de terrazo abrillantado mientras sigo diciendo que no quiero molestarla, que si Maru no está me dice usted a qué hora llega y vuelvo más tarde, si le parece bien. Un olor remoto y familiar, de comida antigua, sale de la cocina. Molestarme no, mujer. Ya tengo hecho el guisito.

Siento en el pecho un pellizco húmedo. Llevo más de dos años leyendo habitualmente libros y artículos sobre pedagogía. Son poco operativos en lo que espero de ellos, pautas de algún adecuado comportamiento materno que pudieran darme, pero ya es tarde para que funcionen con Lorenzo. Apenas tengo presentes los conceptos, sus nombres, que unas veces encajan y otras se alejan de lo que he hecho con mi hijo. Queda una nebulosa que flota dentro de mi cabeza, zarandeándola. De ella salen ahora unas cifras que apunté y no he olvidado: el número de palabras a las que se expone un niño según el nivel educativo de la familia. Se habla en pedagogía de familias culturalmente ricas y familias culturalmente pobres. Dicen que las hijas e hijos de las primeras escuchan un promedio de 2150 palabras por hora, y los de las segundas apenas 620. La sigo por la oscuridad del pasillo hasta la cocina luminosa, haciendo cálculos. Mil quinientas palabras por hora separan a Lorenzo del Loco, mi casa de esta casa. No sé por qué me acuerdo de esto ahora, frente al microondas vapuleado por el uso y los azulejos relucientes, como la vitrocerámica. No sé por qué Lorenzo ha querido romper esa barrera de las mil quinientas palabras, igualándose por abajo, viniendo aquí para qué.

Me siento miserable por recordar diferencias de palabras por hora, de renta en realidad, frente a la desnuda hospitalidad de la mujer que pasa una bayeta por el hule de la mesa después de retirar algunos vasos, y coloca en el centro una maceta sana, bien cuidada, que reconozco en voz alta, intentando sonreír: La planta del dinero, digo. Ella asiente con un leve movimiento de cabeza, sonrío a su vez, me pide que me siente mientras se acerca para apagar el fuego. La olla expulsa los

últimos vapores olorosos por la válvula. He visto también helechos en la penumbra del recibidor. Me siento en uno de los taburetes junto a la mesa sin que ella pare de moverse: agrupa en el fregadero los utensilios que ha usado para el guiso mientras dice que no me crea yo que la planta del dinero sirve de mucho. Delantal de cuadros, pelo canoso y bien cepillado, recogido con horquillas a la altura de las sienes, piernas hinchadas, llenas de varices. El olor de la comida que nos envuelve es como volver a un sitio, inesperado asidero muy capaz de desarmarme, otro foco de calor, inesperado. Cierro un momento los ojos y le pregunto si el guiso que ha cocinado es de cazón. De cazón, de cazón es, dice ella satisfecha cuando la miro, ofreciéndome ahora nuevas arrugas sonrientes que le cruzan la cara. Con patatas y guisantes, pimiento, cebolla, un poquito de vino blanco, y pimentón, añade.

El peso de su sencillez pasa por mi garganta como si fuera un bálsamo caliente y excesivo. No venía preparada para el orden doméstico ni para la amabilidad en el Barrio Uno, en la casa del *Loco*. Intento anular el efecto que tienen sus palabras en mí, el subir de las lágrimas ahora. Tengo la sensación de estar en un momento solemne de la vida. Le pregunto su nombre. Ojos verdes o grises, todavía vivaces. Consuelo, me llamo Consuelo, soy la madre de Maru. De eso ya me había dado cuenta. Entonces me levanto para darle a destiempo dos besos espontáneos y más afectuosos de lo que cabría esperar. No parece asombrarse, pide otra vez que me siente, saca del frigorífico dos botellines de cerveza y un cuenco con aceitunas aliñadas. Acabo de apagar el fuego ahora mismito, dice. Al mirarla y oler su guiso de cazón creo comprender por qué he cruzado sin miedo las calles con olor a suavizante de ropa, humo de porros y alimentos fritos del Barrio Uno.

Cuando has llamado al timbre estaba viendo la tele en el salón, me da mucha compañía, dice la abuela del *Loco*. Lo que me gusta ver a la gente que le ha tocado la lotería, hija, sobre todo si cae algo en algún barrio pobre como éste, porque las criaturas necesitan el dinero como agua de mayo.

Donde esperaba un ambiente hostil, encuentro a esta mujer cocinando un guiso que huele exactamente igual al que hacía mi tata Adela. Está diciendo que hoy vendrán tarde a comer, si es que vienen todos... Por eso, en vez de frituras, ha hecho un guiso, que se puede calentar a la hora que sea. Al chico, dice, lo tiene acostado todavía, a ése lo deja dormir, que para eso está de vacaciones, y bastante estudia. Doy un trago largo y barriobajero al botellín de cerveza, ignorando el vaso que me ha ofrecido.

Mi Maru tiene que estar al llegar, no estoy segura de si tenía que hacer hoy una casa más o una casa menos, siempre me lío en estas fechas, cuando la gente está de vacaciones.

Me pide que pruebe las aceitunas y le hago caso, mientras me advierte que Maru a lo mejor se toma una cerveza o más de una antes de subir, porque muchas veces se encuentra con alguien y se para abajo un rato, en la plaza. En este barrio nos conocemos casi todos, son muchos años. Si tienes prisa podemos llamarla a su teléfono móvil, para que suba antes. No, no hace falta, digo, y me doy cuenta ahora de que no he preparado un relato convincente para explicar por qué estoy aquí. No quisiera mentirle ni andarme con rodeos, pero tampoco romper esta calma todavía. Calma, orden y limpieza en la casa del *Loco*. Más que en la nuestra. También habría intentado ella mantener este orden cuando vivían los hijos toxicómanos. Se escucha de fondo la voz de la presentadora del telediario. Consuelo sirve en su vaso un poco de cerveza con mucha espuma, da un sorbo y me mira a la espera de que yo diga algo, ignorando cuanto sé de ella.

Tiene mucha razón, yo debería decir algo. Vuelvo a cerrar los ojos un momento, retengo bajo los párpados su mirada interrogante y en la nariz la nube invisible del guiso de cazón entre

nosotras, que parece llevar años emanando de su piel. Yo debería decir por ejemplo que no soy exactamente una amiga de Maru, sino la madre de Lorenzo, un amigo de su nieto, tal vez ella lo conozca como *el Loren*, que ha venido algunas veces. O decir que pasaba por aquí cerca y como conozco a Maru quise entrar a saludarla, por si quería bajar a tomar algo conmigo y charlar un rato. Eso no me lo creo ni yo, y ella no se merece una mentira porque no está pidiéndome un estúpido relato: lo único que ha hecho ha sido abrir sin conocerme la puerta de su casa. Miro las babuchas nuevas, las piernas hinchadas. Decir que llevo unos cuantos días durmiendo mal porque alguien ha apuñalado a mi hijo, que está en el hospital. Romper con la verdad el orden pacífico que es capaz de conseguir la abuela de ese chaval descerebrado, viuda del obrero sindicalista que pretendió educar torneros fresadores, madre de dos hijos que murieron por la droga, alumna de la escuela de adultos que comienza a escribir sus primeros poemas.

No sé en qué momento exacto es, si tras haber cruzado más palabras, habiéndose mi cuerpo adelantado o retraído ante la mesa de la cocina, si antes o después de escuchar el sonsonete de los anuncios publicitarios que llega desde la tele del salón, cuando Consuelo me ayuda a deshacer el nudo. Ha puesto su mano encima de la mía. Me ha mirado. Todo ha sucedido sin romper el orden, la quietud doméstica. Tampoco puedo saber si lo había adivinado desde el principio o la certeza le ha llegado de manera espontánea. Estoy confundida, me he bebido de dos tragos la cerveza del botellín sin que proteste el estómago, se ha evaporado la náusea metálica que sentía en el autobús. Ella sencillamente me ha mirado y ha dicho sosegada, con su mano encima de mi mano, como procurando no asustarme:

Tú debes de ser la madre del *Loren*, ¿verdad?

No he podido responder a eso. Solamente he llorado, bajando la cabeza frente a ella.

17

Después de llevar sentado más de media hora en un banco de la plaza, intentando no pensar, se acerca al bar más cercano con unos euros sueltos en el bolsillo, para sacar tabaco de la máquina. Su vieja lleva todo el día metida en la cama. Con el viejo no habla desde hace dos meses, pero por lo menos no ha cumplido sus amenazas de cortarle el dinero. El problema es que la madre se lo administra, como si fuera un puto crío. Los demás no han llegado, tardarán todavía casi dos horas en aparecer. El punto de reunión suele ser el *Lokal*, en la acera de enfrente.

Es increíble que tu madre y tu padre crean que lo tienes todo para ser feliz y que si te repiten mil veces esa gilipollez la acabarás creyendo. Se van a cagar todos cuando cumpla los dieciocho. Lleva tiempo contando como un preso los meses que le quedan para la mayoría de edad. No soporta estos días de su madre, ser testigo otra vez de las caídas, no sabe ni le importa desde cuándo suceden, a qué vienen. Lo odian, y punto. Eso es todo, no hay más. Los dos lo odian y pasan de él. Pues no haberme tenido, joder. Da una patada a una piedra que hay cerca de la puerta, después entra en el bar y hace una señal a la camarera para que active la máquina de tabaco. No se fija en la gente que ocupa las mesas cercanas, pero se sabe observado, como de costumbre: miran su cresta, su pelo rapado y sus botas pesadas mientras introduce las monedas en la máquina con la mano izquierda y luego pulsa el botón. Ese aislamiento de la madre tras la puerta del dormitorio se le hace insoportable, es asqueroso, como si contagiara a toda la casa un olor a infección, a enfermedad. El paquete cae en la bandeja dispensadora. Casi preferiría que la vieja le dijera cualquier gilipollez, por más que cuando eso sucede tenga que repetirle que lo deje en paz. Él sí que se pone enfermo, se le calienta la cabeza, nota cómo su rechazo le golpea por dentro y entonces tiene que irse de allí, dar un portazo, cambiar de lugar. *Su tabaco, gracias*. Algunos días parece que su madre no quisiera vivir, o vivir con él. Y quién cojones soporta eso. Yo no pedí nacer, que se jodan. Cuando recoge el paquete de la máquina, una mano le toca el hombro por detrás y una voz conocida lo llama por su nombre. Se vuelve bruscamente, a la defensiva, como si lo estuvieran atacando, pero la chica sonríe, pone las dos manos sobre sus hombros, le besa una mejilla, luego la otra. ¡Qué sorpresa, cómo estás! Él se escucha decir *Hola* y se siente enrojecer. Es como cuando se miraron el primer día por los pasillos del instituto y él agachó pronto la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada llena de curiosidad, la misma que tiene ahora. Amplía ella su sonrisa como si anticipara lo que va a suceder: pagará el café que ha tomado y dejarán el bar y la plaza antes de que la gente se fije demasiado en la pareja imposible que forman, antes de que empiecen a llegar los otros y abran el *Lokal*. El coche está aparcado en la bocacalle más cercana. Lo mira atentamente desde la austeridad de su cresta, como decidiendo si quiere subir. Es un

Renault Clio blanco, pequeño, nuevo. Un coche de tía, piensa él. Joder, vas prosperando, cuánto te quieren tus papis, murmura sin mirarla, con una risa sarcástica. La chica responde —moviendo su melena de rizos oscuros mientras saca las llaves del bolso— que sus papis colaboran, pero que ha empezado a trabajar y lo va a pagar ella casi entero. Ah, ya trabajas, cuánto te mueves, joder. Le habla sin ser capaz de mirarla de frente. Claro que me muevo, siempre me he movido y me seguiré moviendo, o te crees que me voy a quedar fumando porros y mirando cómo se mueven los otros, gilipollas, dice la chica sin dejar de lado la sonrisa, mientras abre la puerta del coche y lo invita a que suba, si no tiene otra cosa mejor que hacer. Hasta dentro de un rato no tengo nada mejor, dice él. Y sube. Avanzan sin contarse qué ha sucedido durante los paréntesis, sin querer saber ella por qué el rapado *skin* ni por qué las últimas veces que él le ha negado el saludo haciéndose el ciego, cambiando de acera y mirando para otro sitio cuando se han cruzado. Lo único que ahora pregunta es cómo le va. De puta pena me va, mis padres se separaron y a mi vieja no la aguanto. Ya lo sé. Joder tú siempre lo sabes todo, qué lista eres, entonces por qué preguntas... Claro que lo sé, idiota, se habían separado ya cuando estábamos juntos, y además media ciudad lo sabe: las cosas que hacen tus padres salen en los periódicos, tío. Para el coche ante un semáforo en rojo y se queda mirando al copiloto. Sí, joder, son unos putos exhibicionistas, responde él con la vista en el semáforo. La chica ríe con ganas. No cambias, ¿eh?, pasa el tiempo y tú ahí sigues, igual que con quince años, mucho rapado y mucho tatuaje pero sigues..., bueno, sí cambias, estás peor, involucionas, es de pena, tío. Se abre el semáforo. Cállate ya y desvíate por esa calle, que no quiero que me vean contigo, dice él. ¿Quieres ver que paro aquí mismo, te mando a la puta mierda y no te hablo más?, dice la chica. Y continúa en dirección contraria a la que él ha sugerido. Conduce con destreza. La atracción ha sido siempre instintiva, química, incomprensible para ambos. Eso piensa ahora, pero también que hay algo más que eso, sentimientos, compartidos por él aunque los ahogue con todas esas marcas exteriores, tatuajes, rapado, cresta mínima, *merchandising* de *skinhead*. Morralla, todo eso es morralla, lo que lleva encima y la gente con la que va desde hace casi dos años también es morralla, piensa la chica. Él no deja de mirarla mientras conduce, al volante parece mayor. Es que es mayor, joder. Quiere saber si ha cumplido ya los veinte y si se está tirando a alguien. Ella responde que no va a consentir que le hable como a una de esas guarras a las que se tira él. Porque las llamáis *guarras*, ¿verdad? Yo no voy con guarras, dice él, añadiendo que tiene cosas más importantes que hacer. ¡Ja! No sigas, ni me quiero imaginar esas cosas importantes, de verdad, te prefería cuando tenías el pelo largo y respetabas a las mujeres y eras misterioso, cuando no eras como los demás, no te parecías a nadie ni pertenecías a ninguna tribu como ahora. Tú no eres de tribus, ¿es que no lo ves? Antes eras individual, único, cuando leías a esos filósofos. ¡Leías a Nietzsche, tío, te gustaba Nietzsche a los quince años! Y también escribías... Tengo guardadas cosas que escribías.

Guarda esos papeles en una caja, medio rotos, arrancados de cuadernos, servilletas de bares, frases espontáneas o meditadas en el silencio de una habitación sin madre.

Ahora eres tribal y seguramente ni lees. Es todo un retroceso, ¡enhorabuena!

No sé qué hago aquí. Lo he intentado todo para no estar más contigo, dice él.

El primer beso había sido anocheciendo, en el parque periurbano que bordea el Barrio Alto. Repitieron en ésa y en otras intemperies. También anochece ahora. Aparcan el coche cerca de la misma entrada del parque, en una colina desde la que se ve casi toda la ciudad. Más de una vez ha vuelto solo a ese sitio y se ha fumado un petardo allí, pensando en ella. Se quedan dentro del

coche, resguardados de la humedad exterior. Hacía tiempo que él no recibía besos suaves ni caricias. La cabeza, los brazos, los labios y el olor de ella hacen que se humedezcan los ojos de él, que mete la cara en el pelo espeso a la vez que las manos por debajo de la camiseta de la chica, con brusquedad, agarrándose a la carne oscura y tibia como un náufrago. Cuando le desabrocha el pantalón, ella se retira. Ahora sí pregunta por qué se ha metido ahí, quiere que se lo explique, no comprende cómo puede estar abrazándola ahora y luego irse con gente que podría golpearla sólo por su color. Vas listo si te crees que vamos a follar sin hablar antes de esto, ¿de qué vas por la vida, en qué piensas? Antes pensabas, sigue diciendo ella. Ahora no sé si piensas.

Preguntas, más preguntas, todo cristo le hace preguntas que él odia responder. Cuando las responde dice más de lo que hubiera querido decir. No empieces con tus comeduras de tarro, dice ahora. Yo no las tengo ya. Ahora no quiero pensar, ni en ti ni en nada. Un día cualquiera vas a dejar de importarme.

Más allá del cristal del parabrisas, la ciudad se va encendiendo. Con esa imagen vuelve la de la madre en la cama mucho antes de las luces de la noche, *empastillada*, irritantemente sola. La muchacha advierte que su pensamiento ha salido del coche hacia un lugar inconcreto. Mira el puño cerrado. Lo toma entre sus manos. Lo besa. Lo abre. Sólo después de un silencio que se prolonga desde las colinas oscuras del parque hasta las luces lejanas de la ciudad, dice él: Quiero dejarlo.

Dice que quiere dejarlo, lo dice como alguien que no confía del todo en sus posibilidades para dejar el tabaco o el alcohol, las pastillas, cualquier vicio, cualquiera de las muchas adicciones posibles. Como si odiar o hacer que se odia pudiera ser una adicción.

Qué quieres dejar, a quién quieres dejar, ¿a esos amigos gilipollas que tienes ahora? ¡Pues hazlo ya, joder!, dice la muchacha, soltando su mano y abrochándose el pantalón.

Él responde que nunca ha tenido amigos, que no encaja con nada ni con nadie, que nunca ha encajado y está decepcionado de todos y de todo.

No habrá muchas más palabras esa vez. El coche se aleja del parque y se dirige de nuevo a las inmediaciones del *Lokal*, la misma plaza.

No me dejes en la puerta, para aquí.

Ella sabe que es a eso a lo que tendrá que exponerse: encuentros a escondidas. Es libre de aceptarlo o no volver a buscarlo más. Porque no ha sido casual que él la encuentre en la cafetería de la plaza esta tarde. No es la primera vez que la muchacha va a tomar allí un café solamente para verlo, desde la media distancia, entrar o salir del antro que hay enfrente con su pandilla de subnormales, como los llama ella. Antes de bajar del coche, él le muerde los labios, le acaricia el pelo y la mira pronunciando su nombre en voz baja, con una especie de impotencia agresiva que la conmueve. Dice *Gema...*, y Gema casi puede ver esos puntos suspensivos con los que está diciendo que no va a conseguir llegar a nada con ella porque se sabe peor, o en otro mundo incompatible.

Cuando ya abre la puerta para salir del coche, Gema sólo dice: Ten cuidado, Lorenzo. Ten cuidado con ellos, pero también conmigo.

Lo mira hasta que entra en el *Lokal* y después se aleja, conduciendo en la noche.

18

Después de la lenta hospitalidad todo comienza a suceder muy rápido. Se escucha una puerta que se abre, seguramente la de un dormitorio, y otra que se cierra, la del cuarto de baño. Consuelo dice en voz baja: Ya se ha despertado el Isaac, anda, toma, sécate las lágrimas. Le extiende un pañuelo de tela, limpio, que ha sacado del bolsillo del delantal. ¿Otra cervecita? Lola siente el estómago vacío, niega con la cabeza y pide un vaso de agua. Un pañuelo como los que su tata guardaba también en los bolsillos de los delantales, trozos de tela dispuestos a consolar sus llantos escandalosos de niña zurda, los mocos que se escapaban tras los cates de la madre. Tela mil veces lavada y planchada, mimos con olor a limpio en la cocina, entre vapores de guisos que escapaban por la olla.

Ninguna de las dos habla. Todo va a romperse pronto. Se escucha la cerradura de la puerta y a Maru avanzando por el pasillo diciendo *¡Hola, mamá!* Se ve a Maru pararse bruscamente en la puerta de la cocina, cuando descubre a Lola allí. Hoy no lleva una bolsa de plástico con lejía y papel higiénico, sus mercancías precarias robadas en el sitio de trabajo, sino una mochila de tela de colores que deja colgada de la puerta, mientras mira a Lola con un gesto que la otra percibe como desafiante. La cara de Lola deja de ser la de una huésped respetuosa y adquiere un rubor súbito, más agresivo que tímido. Como tantas veces le había pasado cuando se prometía que no interrogaría al marido, que proyectaría su desprecio con el silencio y la indiferencia antes que hacer el papel de esposa traicionada, pero luego sin querer se veía a sí misma haciendo ese papel, preguntaba y lloraba y hasta llegaba a gritar, escuchándose como si escuchara a otra. Así también pierde ahora los papeles y comienza a interrogar agresivamente a Maru en su propia casa, adonde nadie la ha invitado a venir. Quiere saber, hace días que la llama y ella no ha cogido el teléfono, incluso alguna vez le ha colgado. Maru no responde, mira a Lola y luego a Consuelo, coge del frigorífico un botellín de cerveza que bebe casi de un trago. Sólo después de eso habla: quiere saber qué bicho le ha picado a Lola, a qué viene eso de recibirla así en su propia casa. Qué coño pasa, Lola. Consuelo las observa en silencio. Los nervios de Lola vencen la vergüenza y la hacen hablar desordenadamente: Qué coño me pasa, qué coño me pasa, tú sabes lo que me pasa, si hubieras cogido el teléfono..., pero no lo has cogido, tú me has colgado el teléfono porque sabes de sobra qué ha pasado, quiero que me lo cuentes ahora, tienes que contármelo tú, he venido para que me lo cuentes. ¡Ha sido tu hijo, verdad, ese hijo loco que tienes!

Un muchacho de unos catorce años, bajito y con gafas, entra en la cocina después de haberse lavado la cara. Todavía con señales de sábanas dobladas en la cara, se deja besar por la abuela y le pide que le haga un *colacao* caliente. Las tres mujeres callan mientras la abuela prepara un *colacao*, saca una caja de cereales y le ordena que se vaya al comedor. Antes de salir, el

adolescente coge una cuchara y se dirige a Lola, diciendo: La madre del *Loren*, ¿no? Después le pregunta a Maru que qué ha hecho el *Loco* esta vez. Maru le grita que se vaya al puto comedor y, cuando el chico se va, cierra la puerta de la cocina con fuerza. Entonces Consuelo decide imponerse y les habla a ambas como si fueran dos adolescentes de la misma edad que Isaac. Maru, siéntate en esa silla. Vais a explicarme ahora mismo qué está pasando aquí. Lola acepta ese tono, cree comprender que se lo ha merecido. Que te lo cuente ella, ¡que nos lo cuente a las dos, porque yo no lo sé!, dice Maru arrastrando las palabras y sentándose, extrañamente obediente. Hay algo falso en ella. Lola lo advierte, no sabe bien en qué, los gestos borrosos, los ojos huidizos. No lo había advertido con tanta claridad la otra noche, apenas algunas inexactitudes, mentiras escurridizas que parecían inocentes en el relato espontáneo de su vida. ¡Sí lo sabes!, le grita. ¡No lo sé!, dice Maru. La madre da un golpe con la mano abierta encima de la mesa y se dirige a Lola: La que no sé nada soy yo, así que cuéntamelo a mí. Cuéntame a qué has venido.

Contar a qué ha venido a las latas de sardinas, las casas proletarias, las colmenas, desde su Barrio Alto. Y qué esperaba aquí, ¿comprensión, empatía? Qué escenario había montado en su cabeza confusa, qué familia esperaba encontrar aquí conforme iba venciendo el vértigo burgués ante lo incógnito... Le cruzan por la frente pensamientos veloces elaborados con palabras que aquí no se comparten, riadas de palabras que han cavado esa zanja un año y otro año, confinando sus espacios sociales respectivos, herméticos, que solamente Consuelo se ha atrevido a explorar abriendo un espacio propio, después de muchos años, en la escuela de adultos, buscando palabras nuevas para su vocabulario, huyendo de los hijos y de los nietos perdidos, de la hija ingobernable. Le debe lo que pide. La verdad.

La cara de Consuelo cambia a un color más pálido cuando escucha que Lorenzo está en el hospital porque lo han apuñalado. Cree comprender ahora, se vuelve hacia la hija con mirada interrogante. Maru parece esforzarse por demostrar sorpresa: No me digas, ¿y cómo está? Las dos se han dado cuenta de que la cara de Maru no ha cambiado de color, ni siquiera sabe bien cómo colocar los brazos, se pasa las manos por el pelo lacio, se levanta titubeante a coger otro botellín. Ya ha debido de beberse algunos más en la calle, huele a tabaco, a cerveza, tiene los ojos enrojecidos. Tal vez hoy no ha trabajado, o ha terminado pronto, tal vez la ha visto pasar hace un rato desde dentro del bar de la Plaza del Olivo, con cualquiera de esos locos con los que suele juntarse, la ha observado adivinando qué ha ido Lola a hacer allí, así ha tenido que suceder, piensa Lola, la ha visto desde el bar y luego ha esperado un rato confiando en que ella, al no encontrarla en su casa, se habría marchado. Pero Lola no se ha ido. Aquí sigue, resistiendo en tierra hostil, temeraria, embravecida por su propia desesperación, como si el miedo hubiera quedado lejos, junto a la cama del hospital. Ahora la que mengua es Maru frente a ella: la ve pequeña, embustera, no parece aquella que se va a las manifestaciones buscando un masaje en el corazón, aunque sea la misma, esta del corazón masajeadado ahora por la cerveza o los hombres, que puede que sepa todo lo que Lola no sabe, que tiene que saberlo, seguro que lo sabe. Lola se pone de pie, las mira desde arriba, se agiganta. El padre de Lorenzo es abogado, te lo dije el otro día, y va a denunciar, también he venido a avisar de eso, dice en tono amenazante, aunque improvisando en realidad, pues al venir nunca hubiera creído que se oiría a sí misma decir algo parecido en esta casa. Ahí está la mujer del Barrio Alto, piensa, subida a las alturas que su ex le facilita, husmeando desde arriba no sólo a esas otras mujeres sino a la vez la oscuridad semitransparente de su conciencia..., *no tenía que haberlo dicho, por qué me sitúo tan alta, por encima de ellas dos, qué he venido a hacer aquí.*

No me vengas ahora con amenazas Lola, no puedes probar nada, no tienes ni idea de lo que le ha pasado a tu hijo, yo tampoco, pero vienes a mi casa a cargarme a mí con la culpa, a mí y a mi hijo, como si el tuyo fuera un santo, eres una pija que...

¡Cállate!, ordena Consuelo. Lola se dirige a ella: Usted me cree, verdad que sí, porque conoce a su nieto y sabe de qué es capaz.

No ha soltado el pañuelo de tela. Lo estruja entre las manos, más consciente ahora del olor del guiso, después de haberse sonado la nariz. Sólo quiero la verdad, dice mirando a Consuelo y sentándose otra vez. Le cuenta que Lorenzo lleva un tiempo amenazado, que ella cree que el día de la comisaría ya había sido agredido por el *Loco* pero no quiso contárselo, como ahora no quiere contar quién lo ha apuñalado. Pero lo contará, dice. Su padre conseguirá que lo cuente, no lo dudéis.

Ha ido bajando el tono de voz al ver que la abuela la está creyendo y que mira a su hija cada vez más enfadada. ¿La comisaría, Maru? No me has contado nada de eso, dice Consuelo. Maru le dirige a Lola una mirada de desprecio, apura de un trago el botellín y se aleja tambaleante, diciendo que va a mear.

¡Se acabaron las cervezas por hoy, me oyes!, grita Consuelo cuando Maru va saliendo de la cocina. Las lágrimas de Lola quieren asomar otra vez y ella las rechaza, contiene el desbordamiento como puede, se tapa la cara. ¿Desde cuándo ha llorado tanto? Muchas veces acude su pensamiento a la escuela: allí permanece intacta esa fortaleza que sucedía al asombro de las hostias en la cabeza, la mano atada, las niñas riendo, ni una sola lágrima.

Cálmate, mujer, no llores más. En esta vida todo tiene solución menos la muerte. Es la forma en que Consuelo se dirige a ella, con una fuerza igual a la de la niña zurda, pero más constante, resistente, mantenida a lo largo de un tiempo más largo, lo que transporta a Lola a las cazuelas de la memoria, Adela y sus delantales húmedos, templados, los tiempos y fuegos y aguas, los cuchillos amables. *Dios no nos manda nada que no podamos aguantar.*

La abuela del *Loco* pone una mano sobre su hombro y después comienza a moverse por la cocina. Nada parece asombrar a esta mujer demasiado. Lola no quiere añadir más miseria a su miseria, no sabe ya si quiere llorar por eso o por su hijo, puede que no interponga la denuncia, o sí, tiene que hacerlo, hablará con todos, con el hijo, con el padre, esperará aquí al *Loco* y le preguntará, si no ha sido él habrá sido otro, necesita saberlo, escuchar de su boca una explicación aunque sea mentirosa como las de su madre. Sigue con la cara tapada por las manos, Consuelo se está moviendo alrededor, arrastra las zapatillas, hace ruidos domésticos, un roce de cubiertos y de platos, la olla destapándose, el olor más presente entre ambas cuando Lola por fin se descubre la cara y abre los ojos.

Y para qué va a esperarlo, ha sido un error venir, lo que debería hacer ella es despedirse ahora dignamente, volver a cruzar la plaza del Olivo hasta el metacrilato de la parada del cinco, esperar allí, ir a casa a buscar las llaves del coche y volver al hospital conduciendo su pedazo de cacharro.

Vas a comerte conmigo un guisito de cazón, dice Consuelo mientras coloca dos manteles individuales y dos platos hondos encima de la mesa. Tu hijo es un buen muchacho, ten paciencia, verás cómo se cura. Si estás pendiente de él, se curará del hombro y de todo lo demás. A Maru no

creo que vuelvas a verla hoy, se habrá acostado a dormir la mona, es lo que tienen estas fechas navideñas, que se lían en la calle más de la cuenta, hija.

Lola la deja hablar, está debilitada, dispuesta a acatar sus mandatos, no espera ver hoy a Maru otra vez, tampoco ya resolver las incógnitas que hayan podido conducirla hasta aquí en un autobús urbano.

Por mí no te preocupes, dice Consuelo, yo aguanto lo que me echen: si ha sido mi nieto tendrá que pagar, ¡pues que pague! Nos tiene muy hartas, sabes, a su madre y a mí.

Las dos madres del *Loco*, piensa Lola, quién sabe si ha quedado una huella del padre, el político muerto.

No te enfades con ella, es una desgraciada, dice Consuelo con firmeza y sin dramatismos, construyendo para Lola ese hueco templado de verdades sencillas, enunciadas con naturalidad, algo que tal vez Lola necesitaba desde hacía tiempo, desde antes del arma blanca y de la comisaría.

Lola quiere agarrarse a ese asidero, diluirse en el paréntesis que la mujer le ofrece, el humo del cazón guisado con patatas, pimentón, vino blanco, calmarse poco a poco, respirar, dejarse servir por Consuelo, el amarillo humeante del guiso ya en su plato, los ojos cerrados un momento para percibir mejor esos hilos dorados de memoria que entran por la nariz. Un foco de calor, otro refugio precario para la bestia herida, expuesta al frío durante demasiado tiempo. Ahora vuelve a mirar a la mujer: está cortando pan del día que coloca en el centro de la mesa, antes de quitarse el delantal y sentarse enfrente, comentando, como si nada hubiera sucedido, que a lo mejor le ha salido un poco soso el guisito, porque ella tiene alta la tensión y apenas le echa sal a las comidas.

Sólo después vuelve a distinguirse el volumen alto de la televisión en el comedor del piso, las voces que bajan o suben desde las otras latas de sardinas por el patio interior, los olores mezclados de la precariedad, vapores aromáticos de esos hogares otros que se cuelan aquí, mixtura de colores flotando por el patio, toda la vida incógnita del barrio que entra por la ventana mal cerrada.

Algo habrás hecho tú para que vaya mal.

Vuelan por la memoria palabras conocidas hasta desvanecerse como humo. Lola coge la cuchara con la mano izquierda. Y después el sabor, la doméstica risa de la tata adherida al cazón y a la patatas tiernas, el paladar abierto, recuperado.

Dios no nos manda nada...

Nada hay que no podamos aguantar.

Las dos mujeres comen en silencio.

Esta edición de *El hijo zurdo*
se acabó de imprimir en Capellades
en octubre de 2019

